

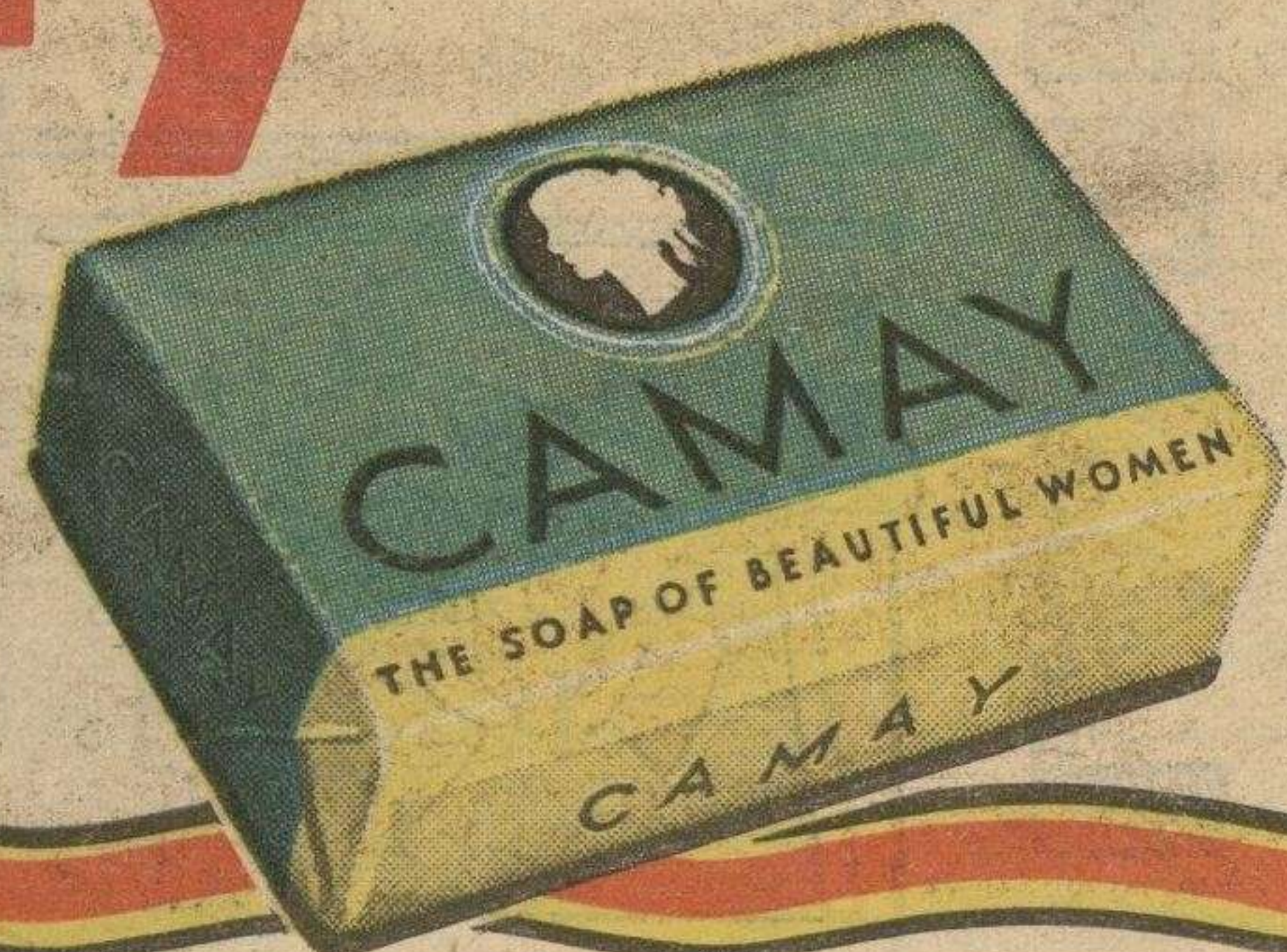
## El jabón de las bellezas

Una sola pastilla de Camay basta para convencer de que **aún** es posible conocer un jabón **nuevo**... un jabón que deje en el rostro la sensación de una delicadísima crema y en el cuerpo la fragancia de un baño de esencias. Y no obstante sus virtudes superiores, no se puede encontrar un jabón tan bueno al precio de Camay.

Todas las mujeres ambicionan un cutis y un cuerpo delicado y atrayente. Todos los hombres reciben el influjo de esta seducción. Camay ayuda a vencer. Camay contribuye a poseer esa apariencia que toda mujer desea y todo hombre admira. Camay tiene una condición aristocrática, pero se caracteriza por su precio popular. Está a la venta en todas partes. Se destaca por su original envoltura, verde y amarilla, cubierta con celofán.

# Camay

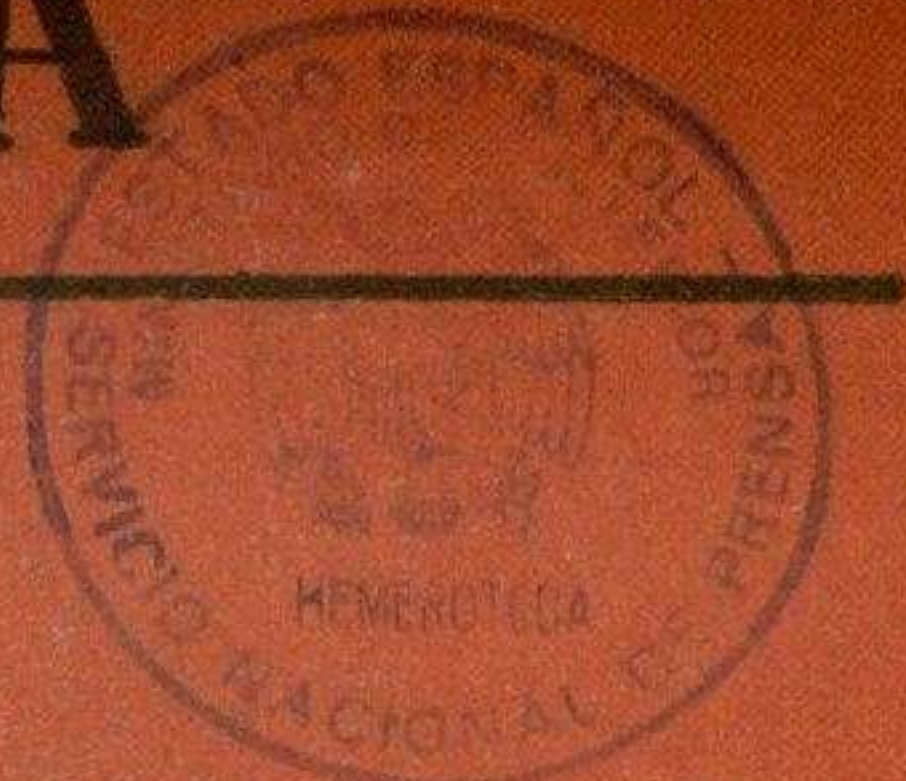
el jabón  
de las  
bellezas



# DIARIO DE LA MARINA

SUPLEMENTO DOMINICAL ILUSTRADO

LA HABANA, 22 DE MAYO, DE 1933



En Este  
Número:

★  
Las Siete  
Reglas del  
Amor

★  
Altas Son  
las Siluetas  
Modas en Colores

★  
La Cocina  
Artística  
en  
Hollywood

★  
Una Entrevista  
Con el Dibujante  
Russell Patterson

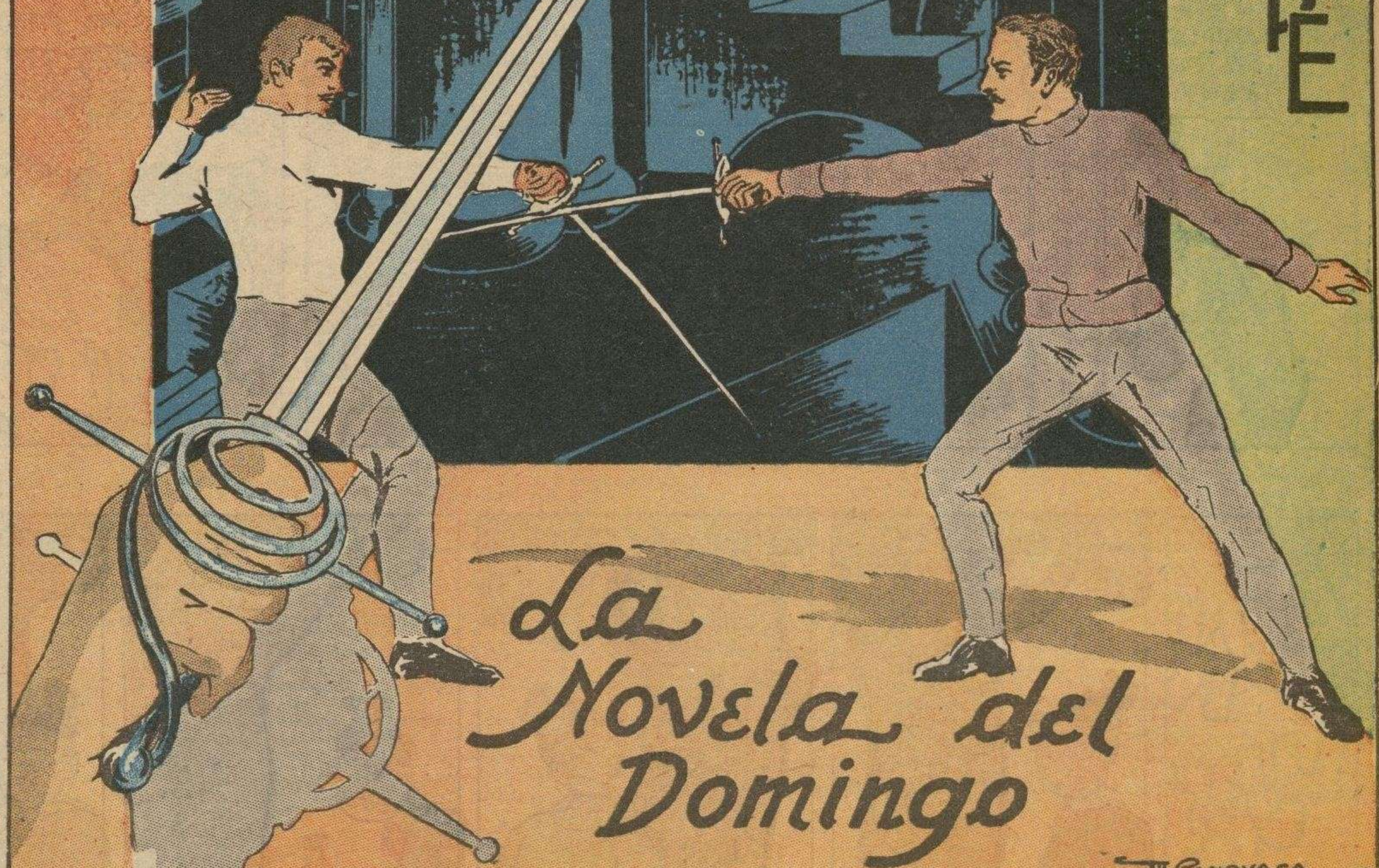
★  
La Bandera  
Cuento Breve

★  
Trucutú • Rod Rian  
Myra la Intrépida  
Los Conquistadores  
y Otras Historietas

# EL PRISIONERO DEL CASTILLO DE

# Zenda

por  
A. F. ESTE









Como pocos los grandes diaristas de América que en sus páginas abridoras por avisos internales—ospecie de una jungla bursátil y de publicación dinámica—dejen aparecer versos en sus ediciones cotidianas. De los pocos, es el DIARIO DE LA MARINA el que nunca ha quedado mal con el exigente Apolo y le rinde culto en su altar de rotativo moderno, potencial y vibrante.

Cito esta detalle para dar el contenido integral de mi acercamiento al poeta Horacio Rega Molina: el DIARIO había publicado recientemente una poesía de él titulada «Canción de cuna». Sencilla y honda, como todo lo que sale de la pluma de este mágico constructor de sueños.

Ya estoy frente al clásico poeta. Es feo y atraente hacia afuera. Dulce y sereno hacia adentro. Y él, para enredarse en la sutileza, hace pocos días, al elogiar a Lugones, dijo:

—«Lugones era feo como todo auténtico poeta...»

Rega Molina poeta ha escondido su fealdad, como podría ocultarla el mágico jardinero que, sucias sus manos, encallecidas por la azada y el pico, hace brotar en lo más alto de las ramas las más estupendas flores...

Pero esto de su «fealdad» es una antonomasia brillante: el poeta en carne se diluye como una nube y aparece el otro en espíritu como una de esas imágenes sagradas entre el vaho de mirra perfumada de hondo y sublime misticismo...

En el rincón de su hermosa casa, en lugar alto, a donde me conduce, el cielo está un poco más lejos de la tierra.

—Desde aquí—le digo—estará más cerca de las nubes...

—Sí, en verdad. Siempre lo estoy, aunque lo sea en imagen. En este rincón me suelo alejar del mundo y nada mejor que este agujero abierto cerca del cielo para elevarme en espíritu. Aquí paso parte de mi vida. Leo tres horas diarias y escribo cuatro. Ya ve que soy como un libro de mi biblioteca...

El poeta vive materialmente en una montaña de papeles. Recibe de diez a doce libros diarios, pues dirige la página bibliográfica del importante diario «El Mundo», de la empresa Haynes. Los libros están por todas partes: hasta en los cajones íntimos del «budoir» hay libros, cartas, retratos de escritores, de poetisas angustiadas por la publicidad...

Tenía 19 años cuando publicó su primer libro «La hora encantada». Me enseñó el original corregido por Lugones, el que conserva como una verdadera reliquia.

—Lugones—me dice—me recibí hoscamente, y sacando un grueso reloj del bolsillo miró la hora y me dijo secamente:

—«Vea amiguito, no son horas para leer versos...» Sin embargo los leyó, los corrigió y me dió consejos. Al correr de los años, el mismo Lugones, desde las páginas de «La Nación», reafirmando su posición estética, me dedicó un largo artículo que fué, como todos los suyos, el «espaldazo» triunfal en mi carrera literaria...

—¿Qué prepara ahora?  
—Unos largos poemas de cosas argentinas que serán para un libro de contenido humano. Ya he publicado en «La Nación» una parte que título «El pasajero de segunda clase».

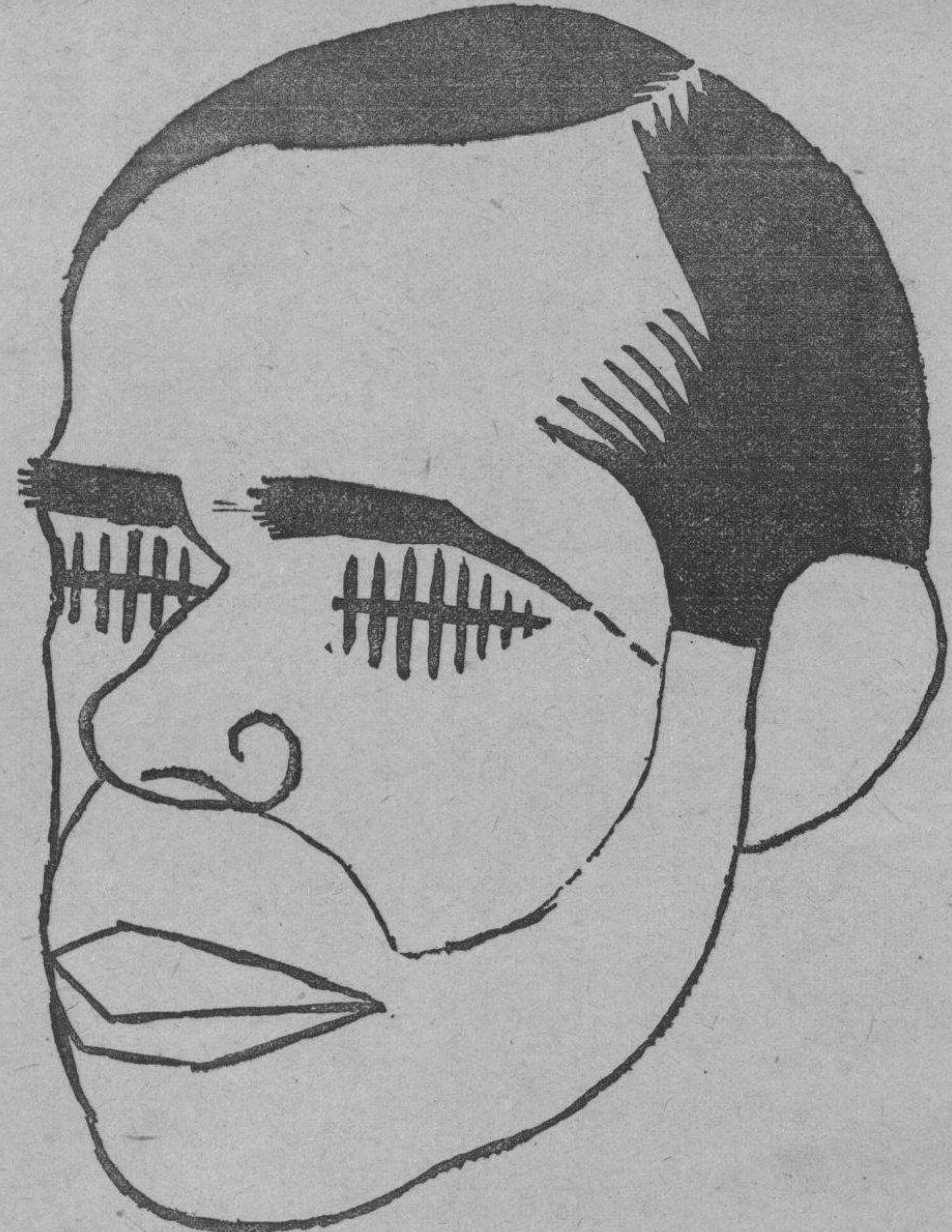
En su libro «La Víspera del Buen Amor», publicado en 1925, el poeta ha humanizado las más puras fuentes del clasicismo hispano. Rega Molina que es un escritor modernista, de afinado gusto, de penetrante sagacidad intelectual, es, sin embargo, un definido clásico esencial. En «Azul de mapas», en «Domingos dibujados desde una ventana», sobre todo en la composición «La letanía del Domingo», se advierte ese espíritu del Siglo de Oro, a lo que el gran poeta argentino rinde su más acendrado culto. De ello han dicho en voz alta, con tono consagratorio, Unamuno, Cassino Assens, Gálvez, Larreta, Zum Felde, etc.

«Poema de la lluvia», «El árbol fragante», libros de una belleza recordada, de una penetración artística delirante y de una hondura sentimental que no tiene cercos para allegarse con pureza al corazón humano.

En sus siete libros publicados, en su disciplina clásica poco común, de las letras argentinas, ya que las influencias extrañas son cada día más visibles, se han definido su modernidad de estilo y su afinación de «poeta feo, como todo auténtico poeta».

Su labor en el P.E.N. Club es de alta sinceridad y de orientación acerca de la influencia del escritor en la vida de los

## HORACIO REGA MOLINA, POETA CLASICO Y ESCRITOR MODERNO



Horacio Rega Molina, visto por Palomar.

Para el DIARIO DE LA MARINA

### EL RELOJERO

¿Cómo es que tu hábil soledad se obstina  
En la tarea minuciosa y dura,  
Mientras el cielo estampa, en su blancura  
La sombra ardiente de la golondrina?

¿Por qué la obtusa lámpara ilumina  
Los utensilios y la tabla oscura,  
Si la luz, desde el cielo, te asegura  
Su flor, más que el cristal de cristalina?

Deja la caja de artificios vanos;  
El resorte, los números romanos,  
Las manecillas, la dentada rueda.

Porque a la eternidad poco le importa  
Eso de si la vida es larga o corta;  
Las horas pasan, pero el tiempo queda.

Horacio REGA MOLINA.

pueblos libres y en los regimenes de los estados representativos.

Ha obtenido las siguientes recompensas: Premio Municipal de Poesía, Premio Nacional de Poesía, Premio Municipal de Teatro.

Este auténtico poeta es hoy uno de los máximos valores de la lírica de América. —¿Qué libro de los escritos le agrada más?  
No me responde en el acto. Se dirige a un lugar de su intimidad y al regresar me dice:  
—Estos son los dos libros de mi predilección; los cuadernos de mi hijo. Lo sigo desde los «palotes» hasta estas figuras de animales en que va afinando su espíritu...

Ahí está, pues, el poeta de «Canción de cuna» y el poeta de los «Domingos dibujados desde una ventana» y el poeta brillante de todos sus libros. No es el neoclásico que pudiera buscar en giros espasmodicos de la lírica la concurrencia

de la poesía. No, es el clásico por excelencia, bien definido y cuya afinidad hispánica ha buscado bebiendo en las fuentes más puras de aquel viejo clasicismo del siglo XV, de un marqués de Santillana, el de la «Vaquera de la Finojosa» o de Lope de Vega, el que diseñó en aguasfuentes a un Pedro el Cruel, a un Comendador de Ocaña, a un Maestro de Calatrava y que en su augusta Toledo, saturada de leyendas y de amores, su poesía vibró como una campana mayor de la liturgia apolínea de ese siglo vigoroso...

Saturado hállase el espíritu de Rega Molina de ese esplendor en el cielo máximo del lirismo clásico.  
—El que no vaya a esa fuente no sabrá vivir el momento de la poesía—me dice.

En el colegio Nacional dicta su cátedra de Castellano con el aticismo tan puro de su elevado culto al Siglo de Oro de la España inmortal.

En su obra de teatro «La posada del León»—su título está embudo de clasicismo—que es su primera obra de escenario y que fué escogida por la comisión de lectura del Teatro Nacional de la Comedia, muestra su garra lírica admirable. Fué premiada por la Municipalidad de Buenos Aires a su mérito teatral y literario. Rega Molina, al intentar el teatro, ya ha triunfado. Valor éste el suyo que cuando en una ciudad moderna reumba el enjambre de abejas que no van a las flores, él triunfa con una obra castiza que también premiaría su viejo padre espiritual, aquel rezumbón Fénix de los Ingenios, al verlo decir:

«Que bien que está la Posadera  
De la Posada del León,  
Con una mano en la cadera  
Y otra en el corazón.  
Adentro el guisote borbolla  
Resonando como un rabel  
En las paredes de la oila.  
Pero la Dueña le es infiel  
A su marido. Vieja polla  
Que lo engaña con un doncel  
Y a uno y otro le frangolla  
El picadillo del pastel  
Con el ajo y con la cebolla,  
Con la rosa y con el clavel».

Esta clásica comedia que el autor llama «Misterio dramático en tres actos y en verso», se representó en el Teatro Nacional de la Comedia, organismo oficial, el día 7 de octubre de 1936.

Actualmente tiene otra obra que titula «Del otro lado del cielo», también lírica en verso y que tal vez la represente el Teatro del Pueblo, verdadero tinglado artístico para una comedia de alto vuelo lírico.

No hay antología que no lleve el nombre de Rega Molina. La del escritor Noé, una de las más completas, lleva un contenido de la obra de este poeta que ha enaltecido a la poesía argentina.

Sus notas bibliográficas en el diario «El Mundo» son esperadas por la significación que da a los autores de los libros. Esa labor es absorbente, pues, como decía, recibe de diez a doce libros diarios que esperan su espadardazo en las prestigiosas columnas del citado diario. Lee tres horas y escribe cuatro, lo que significa hacer uso de un dinamismo extraordinario. Su conocimiento de las literaturas es completo.

Aunque modernista en su atildada elegancia de expresión, su prosa, brillante, justa, diáfana, no se aleja de los surcos en donde se sembraron las bellezas prístinas del clasicismo castellano.

Su viaje por Europa, usufructuando el premio monetario a su obra, afinó su espíritu de enamorado de las bellas formas del decir.

En la obra teatral «Del otro del cielo» seguirá con su culto a las normas seculares del idioma.

Este es, pues, Horacio Rega Molina, el que cantó «La Víspera del Buen Amor» y vio los «Domingos dibujados desde una ventana» y dió en «La Posada del León» su sello de dramaturgo novel con la prestancia de un maestro de la lírica.

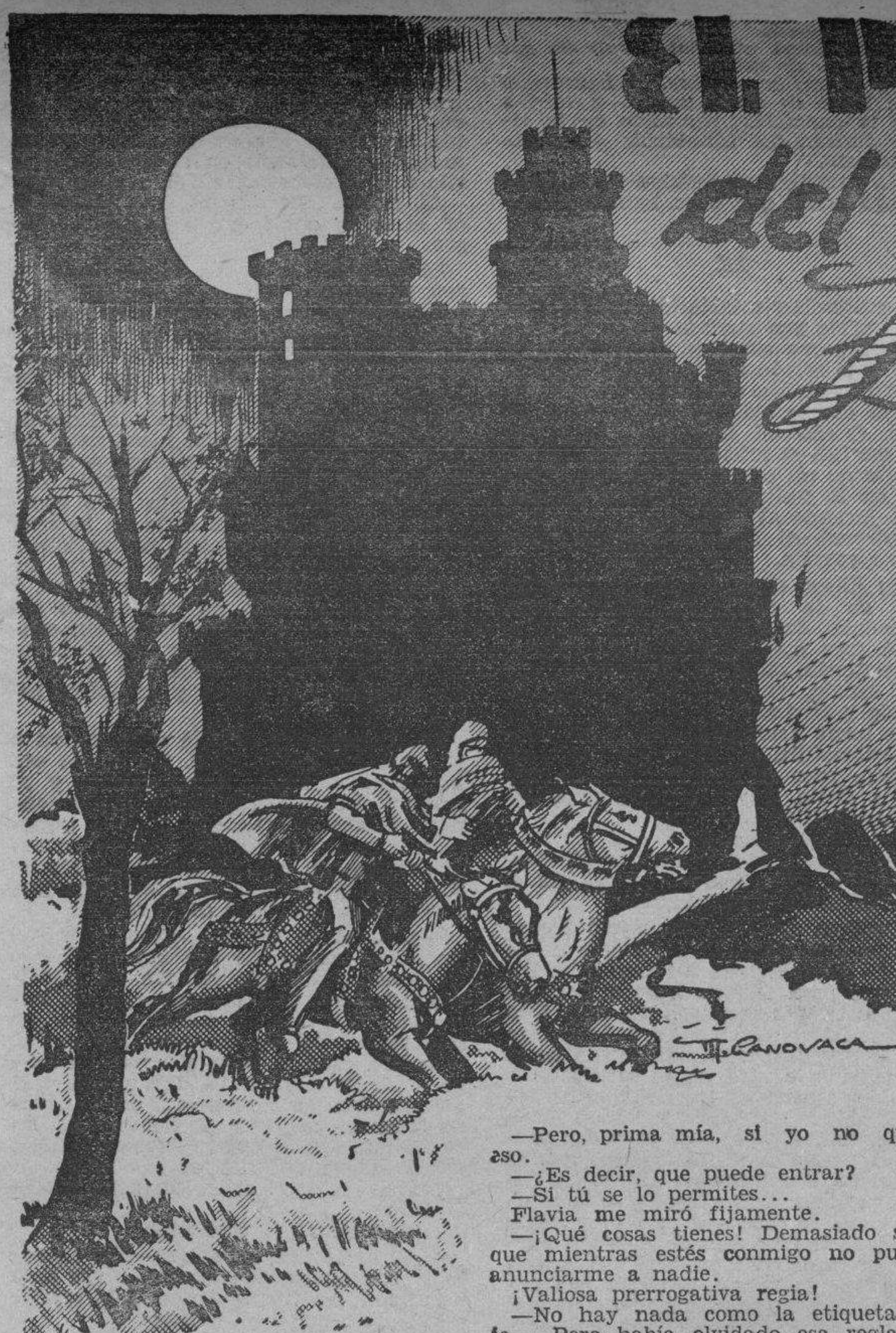
Este es el feo poeta, «como todo auténtico poeta», el constructor de rascacielos de imágenes y el que ha sembrado el cielo con las flores de su pujante imaginación. Este es el poeta que admira los dos libros en donde su hijo deja la obra de su imaginación entre los «palotes» y las primeras letras. Este es el gran imaginador milagroso que ha convertido el sueño turbio del mundo en un halo de luz sobre su cabeza de epirilvegiado.

Rega Molina nos hará mirar siempre las nubes que esconden en nuestro siglo al mismo Dios, porque son nubes de pólvora, y nos dirá en palabras que pronunció en «La Víspera del Buen Amor» todo cuanto hay de grande en la sonrisa de la vida.

Privilegio grande es para las ciudades dinámicas el tener quien cante entre el fragor de los martillazos y la vocinglería de la mecánica. Privilegio grande es para este pájaro el poder cantar así a los hombres con ese lenguaje que lleva acentos de paz, bendición de belleza y canción de cuna.

Un poeta así bien vale una misa. Pero que ésta sea en el altar mayor. Vale porque no ha llegado a su corazón de hombre el zarpazo brutal del mundo, y porque saber amar al hijo tierno, al libro, al pájaro, a la flor, a las nubes, es para pueblos elevados que no dejarán morir nunca el alma que sabe cantar el himno inmortal a la belleza eterna...

Manuel GARCIA HERNANDEZ.



## EL PRINCESA del CASTILLO de Zenda por V. A. HOPE

### Continuación

—Procurará hacerlo, estoy seguro—contesté.

—Teneroso de que Miguel dijese algo que me comprometiese, empecé a felicitarle por el marcial aspecto de su guardia, y por la lealtad que me había demostrado el día de la coronación. Hice un caloroso elogio del pabellón de caza que había puesto a mi disposición. Pero le iba faltando la paciencia, porque, levantándose de repente, se despidió en breves frases. Llegado a la puerta se detuvo para decir:

—Tres caballeros, a quienes estimo mucho, desean ser presentados a Vuestra Majestad. Esperan en la antecámara. Me llegué al duque y tomé su brazo, a pesar del gesto avinagrado que puso, y entramos en la antecámara como buenos hermanos. A una indicación de Miguel se adelantaron los tres hombres.

—Estos caballeros—dijo el duque con la más perfecta cortesía—son los más leales y adictos servidores de V. M., a la vez que fieles amigos míos.

—Esos títulos—dije—les hacen acreedores a toda mi estimación.  
—Uno tras otro se adelantaron y besaron mi mano. De Gautet, un sujeto alto, delgado, de erizados cabellos y retorcido bigote. El belga Bersonin, de treinta años, grueso, de mediana estatura y calvo. Y, por último, el inglés Decharde, de cara estrecha y larga, cabello cortado al rape y bronceado color. Tenía muy arrogante presencia y era muy ancho de hombros. «Buena espada, pero un bribón de marca»—me dije al verlo—. Le hablé en inglés, con ligero acento extranjero, y vi asomar a sus labios una sonrisa, que reprimí en seguida.

—Este—me dije—está en el secreto. Una vez libre de mi hermano y sus amigos, me volví para despedirme de mi prima. Estaba esperándome en la puerta, y al tomar su mano me dijo muy quedo:

—Sé prudente, Rodolfo. Ten cuidado...  
—¿De qué?  
—Bien lo sabes; no puedo decirlo ahora. Pero piensa en el que vale y significa tu vida para...

—¿Para qué?  
—Para Ruritania?—le pregunté dulcemente.

—Súbite rubor coloreó su hermoso rostro. —Y también para tus amigos—dijo. —¿Amigos?  
—Y para tu prima—murmuró por fin—tu amante prima.

—No pude hablar. Besé su mano y salí indignado contra mí mismo. Y Tarlein seguía muy entretenido hablando con la condesa Elga, sin cuidarse de los lacayos que le observaban.

—¡Qué diantre!—me dije—. No todo ha de ser conspirar. El amor reclama también sus derechos. —Eso mismo digo yo—contesté. Tarlein me siguió respetuosamente y partimos en seguida.

—Un día entré Sarto en la habitación donde me hallaba, y arrojándome una carta dijo:  
—«Letra de mujer, si no me engaño. Pero ante todo, tengo que darle a usted una noticia».

—¿Qué es ello?  
—El rey está en el castillo de Zenda, ¿cómo lo sabe usted?  
—Porque allí está la otra mitad de la cuadrilla de Miguel, de los Seis. Lo tengo bien averiguado: Laugrán, Crastein y el mozo Ruperto Henzar, tres bribones como no hay otros en toda Ruritania.

—¿Y bien?  
—Tarlein quiere que marche usted en seguida contra el castillo, con Infantería, Caballería y Artillería.  
—¿Para qué? ¿Para desaguar el foso de la fortaleza hasta dejarlo en seco?  
—Probablemente. Y con eso no halláramos ni aun el cadáver del rey.

—Pero usted está seguro de que tienen al rey en ese castillo?

—Lo creo muy probable. No sólo están allí esos tres bribones, sino que el puente levadizo permanece alzado día y noche y a nadie se permite entrar sin el permiso especial del joven Henzar o del mismo Miguel. Acabáremos por tener que atar a Tarlein de pies y manos.

—Pues irá a Zenda.  
—¿Está usted loco?  
—Repito que irá, algún día.  
—Lo más probable es que se quede usted allí.

—Ya lo veremos.  
—Parece que hoy está V. M. de mal humor. ¿Acaso los amores?  
—¡Silencio!

Me miré estupefacto y después encendí su pipa. Tenía razón al decir que estaba yo de un humor insufrible. —Me siguen a todas partes seis espías—dije muy furioso.

—Ya lo sé; lo he mandado yo—contestó Sarto.  
—¿Y a qué viene eso?  
—Pues a que Miguel desea la desaparición de usted. Una vez que os quitara de en medio podría él realizar la jugada que antes le echamos a perder, o por lo menos, lo intentaría.

—Yo me basto para defenderme. —De Gautet, Bersonin y Decharde están en Estrelsau; cualquiera de ellos, joven, lo degollaría a usted con tanto gusto como... como lo haría yo con Miguel Negro, por ejemplo, porque mucho más traidoramente. ¿Qué dice esa carta?

—La abrí y lei en alta voz:  
«Si el rey desea saber nuevas de gran interés para él, le bastará seguir las indicaciones contenidas en esta carta. Al fin de la Avenida Nueva hay una casa en el centro, de extenso jardín. La casa tiene un pórtico con una estatua en el centro. El jardín está rodeado de una tapia, y en esta, por la parte de atrás de la casa, hay una puertecilla. Si el rey entra por ella solo, a la media noche de hoy, verá un cenador, a veinte varas de la puerta. Suba los seis escalones que a él conducen, entre, y hallará en el cenador a una persona que le impondrá de lo que más vivamente atañe hoy a su vida y a su trono. Estas líneas están trazadas por un amigo fiel. Tiene que acudir solo. Si menosprecia este aviso pondrá en peligro su vida. No enseñe el rey esta carta a nadie; va en ella, la suerte de una mujer que le ama: Miguel el Negro no perdona».

—Y también sabe dictar cartas—advirtió Sarto.

—Tuve la misma idea, y ya iba a rasgar el anónimo, cuando noté unas líneas escritas al dorso:  
«Si el rey duda, consulte al coronel Sarto...»

—¿Eh?—dijo el veterano asombrado.— ¿Me toma por tan crédulo?  
—Continúe la lectura:  
«Pregúntele qué mujer está más dispuesta que ninguna otra a impedir el matrimonio del duque con su prima, y, por consiguiente, a impedir también que alcance la corona. Pregúntele si el nombre de esa mujer empieza con A.»

—Me puse en pie de un salto y el coronel colocó su pipa sobre la mesa.

—¿Anoneta de Mauban, como hay Dios!—exclamé.

—¿Y cómo lo sabe usted?—preguntó Sarto.

—Le dije cuanto sabía de aquella dama, y Sarto hizo un ademán de aprobación. —Lo cierto es—dijo pensativo—que ha tenido un disgusto serio con el duque. —Si quisiera podría sernos útil.

—Pero síguelo Miguel. —Pienselo lo mismo, pero quisiera saberlo, con certeza. Acudirá a la cita, Sarto. —No; yo iré. —Hasta la puertecilla del muro, no más adelante. —Iré al cenador. —¿Que me ahorquen si lo permito! —exclamé levantándome y apoyando la espalda en la repisa de la chimenea—. Sarto—añadí—me tengo confianza en esa mujer, e iré. —Pues yo no tengo fe en ninguna mujer, y no irá usted.



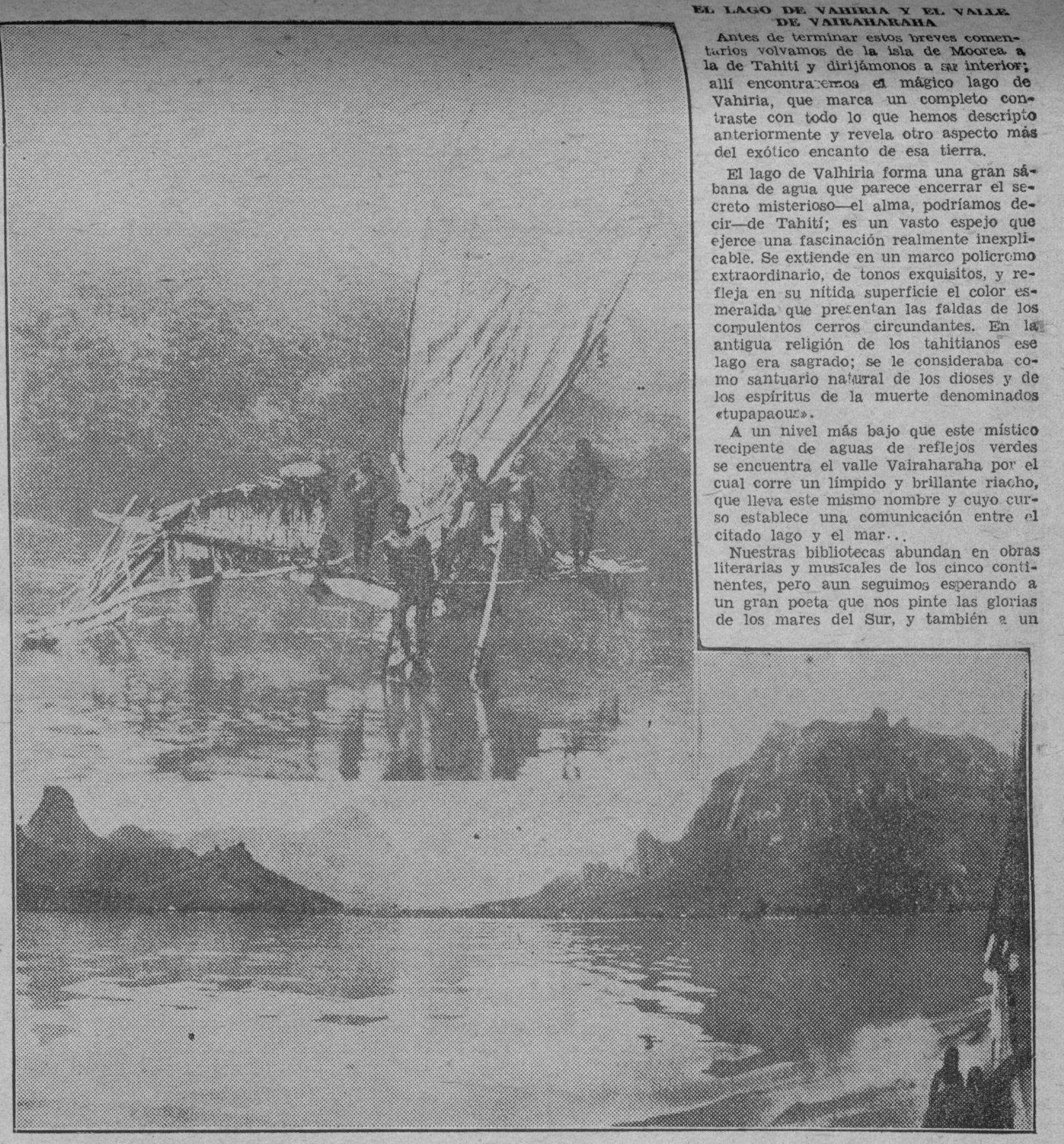
—¿Acudo a la cita, o me vuelvo a Inglaterra? le dije.  
—Esta empresa de aprender hasta dónde podía mandar y dónde y cuándo tiene que ceder y someterse.  
—Estamos tomando las cosas con sobrada calma—continuó—. Cada día que dejamos pasar sin rescatar al rey es un nuevo peligro. La prolongación de esta farsa constituye un peligro más. Sarto, ha llegado el momento de jugar el todo por el todo.  
—Sea—suspiró.  
A las once y media montamos Sarto y yo. La noche era oscurísima. Yo no llevaba espada, pero sí el revólver, un largo puñal y una linterna sorda. Llegamos a la puertecilla, desmontamos y Sarto me tendió la mano.  
—Esperaré aquí—dijo—. Si oigo un disparo me...  
—Permanezca usted aquí, como la única esperanza de salvación que le queda al rey. Si yo caigo, importa que no perezca también usted.  
—Es verdad, joven, ¡Buena suerte! Empujé la puerta, que cedió, y me hallé en un hermoso jardín. El sendero desviaba algo hacia la derecha y por él avancé cautelosamente. Mi diestra empujaba el revólver. No percibía el menor ruido. Pronto distinguí la silueta del cenador y subí. La puerta, de madera y muy curvada, se abrió en seguida y una mujer que allí esperaba se apodó vivamente de mi mano.  
—Cierre usted—murmuró.  
Obedecí y dirigí hacia ella la luz de la linterna. Llevaba vestido de corte, con ricas joyas, y su hermosa cara aparecía deslumbradora bajo la viva luz que la inundaba. El cenador no tenía más mueblaje que un par de sillas y una mesita de hierro.  
—No hable usted—me dijo—. No tenemos tiempo para ello. Límitese usted a escucharme, señor Rasendil. Escribí la carta por orden del duque.  
—Lo sospechaba—dije.  
—Dentro de veinte minutos estarán aquí tres hombres que se proponen asesinarlo a usted.  
—¿Los tres aquéllos?  
—Sí. Tiene usted que partir antes de que lleguen. De lo contrario, perecerá usted esta noche...  
—O perecerán ellos.  
—Escúcheme usted! Una vez asesinada, llevarán su cuerpo a uno de los barrios bajos de la ciudad, donde lo descubrirán. Miguel hará prender en seguida a todos los amigos de usted, Sarto y Tarlein los primeros; proclamará el estado de sitio en la capital y enviará un mensajero a Zenda. Los otros tres asesinarán al rey en el castillo y el duque se proclamará a sí mismo o a la princesa; a sí mismo, si, llegado el momento, se considera suficientemente fuerte para hacerlo. De todos modos, se casará con ella y será rey de hecho y pronto también de nombre. ¿Comprende usted?  
—No es malo el plan. Pero usted señor, ¿cómo?  
—Diga usted, si quiere, que estoy celoso. Pero, ¿puedo verlo acaso casado con ella? Y ahora retirese usted. Pero recuerde, y esto es lo que principalmente quería decirle, que nunca, ni de día ni de noche, estará usted seguro aquí. Tres personas le siguen a usted constantemente, ¿no es así? Pues a ellos los siguen y espían otros tres. Esos hombres de Miguel no se hallan nunca a más de quinientos pasos de usted. Si llega un momento en que lo hallen solo, está usted perdido. La puerta del jardín está ya cerrada y guardada por ellos. A este lado del cenador, junto a la tapia, hallará una escalera, puesta allí para salvarlo...  
—¿Y usted?  
—Yo representaré mi papel. Si el duque descubre lo que estoy haciendo, no volverá usted a verme nunca. De lo contrario, quizás yo... Pero no importa. Parta usted.  
—¿Y qué le dirá usted?  
—Que usted no acudió a la cita. Que sospechó el lazo.  
—Señora—dije, ha hecho usted un magno servicio al rey esta noche. ¿En qué lado del castillo lo tienen?  
—Al otro lado del puente levadizo—dijo bajando la voz—hay una puerta maciza, y tras ella queda... ¿Oye usted ese ruido?  
Se oían pasos fuera del cenador.  
—¡Están ahí! ¡Han anticipado su venida! ¡Dios mío!—exclamó, pálida como un cadáver.  
—No podían llegar más a tiempo—dije.  
—Oculte usted la luz de la linterna. La puerta tiene una rendija. ¿Los ve usted?  
Apliqué el ojo a la puerta y divisé vagamente tres hombres al pie de la escalinata Monté el revólver y Antonieta posó su mano sobre la mía.  
—Podrá usted matar a uno de ellos—murmuró—. ¿Y después?...  
—¡Señor Rasendil!—oímos decir en inglés y con perfecto acento.  
No contesté.  
—Desearnos hablarle. ¿Promete usted no hacer fuego hasta haberme oído?

—Tengo el gusto de hablar con el señor Dechart—preguntó.  
—No importa el nombre.  
—Pues entonces prescindan ustedes de mí.  
—Corriente. Tengo que hacerle a usted una proposición.  
Yo seguía mirando por la hendidura y vi que mis enemigos habían subido dos escalones y que tres revólveres apuntaban a la puerta.  
—¿Nos deja usted entrar? Damos nuestra palabra de honor de observar la tregua convenida.  
—No confíe usted en ellos—murmuró Antonieta.  
—Podemos hablar perfectamente sin abrir la puerta—dije.  
—Pero también puede usted abrirla cuando le parezca y disparar—repuso Dechart—; y aunque lo matáramos, siempre moriría uno de nosotros. ¿Da usted su palabra de no hacer fuego mientras hablamos?  
—Desconfíe usted—repitió Antonieta.  
Me ocurrió una idea, que juzgué practicable.  
—Prometo no disparar antes que ustedes—dije—. Pero no los dejaré entrar. Quédense donde están y hablen.  
—Aceptado—dijo Dechart.  
Los tres acabaron de subir la escalinata y se detuvieron al otro lado de la puerta. No pude oír lo que se decían, pero vi que Dechart hablaba al oído del más alto de sus compañeros, De Gautet, según creo.  
—Veamos, señores, cuáles son esas proposiciones.  
—Un salvoconducto hasta la frontera y cincuenta mil libras esterlinas.  
—No, no—murmuró Antonieta casi imperceptiblemente—. Todo es una trahición.  
—La oferta es muy generosa—dije, sin perderlos de vista un momento.  
Los tres se hallaban pegados a la puerta. Conocía bien a aquellos bandidos, y no necesitaba la advertencia de Antonieta. Lo que proyectaban era precipitarse sobre mí repentinamente durante mi conversación con ellos.  
—Déjenme ustedes meditar su propuesta unos instantes—añadí.  
—Fóngase usted ahí, contra la pared, fuera del alcance de los revólveres—murmuró, dirigiéndome a Antonieta.  
—¿Qué va usted a hacer?—preguntó alarmada.  
—Ya lo verá usted.  
Cogí la mesita de hierro por las patas y la levanté, poniéndola, ante mí, a manera de escudo, que me protegía por completo cabeza y pecho. Aunque pesaba no era mucho para hombre de mis fuerzas. Antes había colgado del cintillo la linterna y puesto el revólver en un bolsillo, bien al alcance de la mano. De repente vi que la puerta se abría algunas líneas, como movida por el viento, o impulsada quizás por una mano para probar si cedía. Retrocedí, apartándome de la puerta cuanto pude y guareciéndome tras la mesa de hierro en la posición que dejé descrita.  
—Acepto su oferta, señores—grité—confiado en su palabra de caballeros. Si se toman el trabajo de abrir la puerta...  
—¡Abrala usted!—exclamó Dechart.  
—¡Se abre hacia fuera!  
—¿Qué diantre, Bersonin!—gritó impacientemente Dechart—. ¿Tiene miedo de un hombre solo?  
Me sonreí al oírle, y en el mismo instante se abrió la puerta violentamente. La luz de una linterna me mostró a los tres rufianes agrupados en el umbral y apuntando con sus revólveres. Lancé un grito y me precipité sobre ellos a la carrera. Sonó una triple detonación y tres proyectiles se estrellaron contra mi improvisado escudo. La mesa cogida de lleno al grupo, y hombres y mesa rodamos juntos escaleras abajo, entre gritos y juramentos. Antonieta de Maubán lanzó un agudo chillido, al que yo, levantándome de un salto, contesté con una carcajada.  
De Guadet y Bersonin yacían en tierra como aturdidos. A Dechart le cayó la mesa encima, pero al incorporarse yo la eché a un lado y volvió a hacerme fuego. Levanté mi revólver y disparé, casi sin apuntar. Oí una blasfemia y apreté a correr como un gamo, sin dejar de reírme. Alguien corría también detrás de mí, y tendiendo el brazo en su dirección, soltó otro balazo al azar. Los pasos cesaron.  
—¡Con tal que halle la escalera!—pensé, porque la tapia era alta y estaba erizada de púas.  
Sí, allí estaba, y subí por ella en un abrir y cerrar de ojos. Me incliné sobre el muro y vi los caballos. Cerca de ellos sonó un tiro. Era Sarto, que habiendo oído los disparos en el jardín se desesperaba por abrir la puertecilla, y al fin la emprendía a tiros con la cerradura. Había olvidado por completo que le estaba prohibido tomar parte en la lucha. Al ver aquello volví a reírme, salté al suelo, y poniéndole a mano en el hombro, le dije:  
—En marcha. Tengo que contarle a usted la historia más graciosa que ha oído en su vida.

—Se volvió, aborrido, y exclamó, estropeando mi mano: «¿Puede decir, con toda sinceridad que hacía mal? Supongo que el rey volviere al trono, le devolveríamos la princesa. Pero ¿y si no lo gramos liberarlo? Punto era éste del cual no habíamos hablado nunca. Yo tenía la idea de que en tal caso Sarto se proponía instalarme en el trono de Ruritanía y sostenerme en él toda la vida. Al mismo Satanás hubiera puesto él en el trono antes que a Miguel el Negro.»  
El balle fué suntuoso. Lo inauguré yo con la princesa Flavia y con ella bailé también después, seguidos ambos por las miradas y los comentarios de la brillante concurrencia. Llegó la hora de la cena y en medio de ella me puse en pie, enloquecido por las miradas de mi prima, y quitándome el collar de la Rosa de Oro se lo puse al cuello. Aquel acto fué acogido con unánimes aplausos, y vi que Sarto se sonreía satisfecho. Tarlein, con sombría expresión, mirábase todo como disunguido. Pasamos el resto de la cena en silencio; ni Flavia ni yo podíamos hablar. Por fin, a una señal de Tarlein, me levanté ofrecí mi brazo a la princesa, y recorriendo el salón de uno a otro extremo la conduje a una habitación contigua más pequeña, donde nos sirvieron el café. Las damas y caballeros de nuestro séquito se retiraron y quedamos solos.  
Los balcones de aquella pieza daban a los jardines del palacio. La noche era hermosísima. Flavia tomó asiento y yo permanecí en pie ante ella. Luchaba conmigo mismo y creo que hubiera triunfado si en aquel momento no me hubiese dirigido ella una mirada breve, repentina, que equivalía a una interrogación; mirada a la que siguió fugaz rubor:  
—¡Ah, si la hubiese visto en aquel instante! Me olvidé del rey prisionero en Zenda y del que reinaba en Estrelsau. Ella era una princesa, yo un impudor. Pero ¿cómo pensé en ello un solo momento? Lo que hice fué doblar la rodilla ante la bella y tomar su mano entre las mías. Nada dije. ¿Para qué? Me bastaban los suaves rumores de aquella hermosa noche y el perfume de las flores que nos rodeaban, únicos testigos del beso que deposité en sus labios.  
Flavia me rechazó dulcemente, exclamando:  
—¡Ah! Pero ¿es verdad?...  
—¿Si es verdad, mi amor?—dije en voz baja, con apasionado acento—. ¡Te amo más que a mi vida. Más que a la verdad misma, más que a mí mismo!  
No pareció dar a mis palabras otro valor que el de una de tantas exageraciones del lenguaje de los enamorados.  
—¡Oh, si no fueses rey! ¡Entonces podría demostrarte cuánto te amo! ¿Por qué te quiero tanto ahora, Rodolfo?  
—¡Ahora?  
—Sí, últimamente. Antes... antes no era así.  
El orgullo del triunfo embargó mi ánimo. ¿Era yo, Rodolfo Rasendil, quien la había conquistado!  
—¡No me amabas antes?—pregunté. Me miró sonriendo y dijo:  
—¿Será tu corona? Este nuevo sentimiento se despertó en mí el día de la coronación.  
—¿Pero antes no?—le pregunté ansioso.  
Déjome oír su argentina risa y contestó:  
—Hablas como si desearas oírme repetir que no te amaba cuando no eras rey.  
—Pero ¿es eso cierto?  
—Sí—murmuró casi imperceptiblemente—. Pero ten cuidado, Rodolfo, sé prudente. Mira que ahora está furioso.  
—¿Quién? ¿Miguel? ¡Oh, si no fuera más que eso!  
—¿Qué quieres decir, Rodolfo?  
—Aquella era la última oportunidad que podía ofrecérseme. Logré dominarme, no sin gran esfuerzo; retirando mi brazo, me aparté dos o tres pasos de ella.  
—Si yo no fuera rey—comencé—, si fuese un simple caballero...  
Antes de que pudiera añadir una palabra, puso ella su mano sobre la mía, diciendo:  
—Aunque fueras un miserable prestiditario nunca dejarías de ser mi rey.  
—¡Dios me perdone!—dije para mí. Y estrechando su mano volví a preguntarle:  
—¿Pero si no fuese rey?...  
—Basta—murmuró—. No merezco que cudes de mí de esa manera. ¡Ah, Rodolfo! ¡Acaso una mujer que va a casarse sin sentir amor, podría mirarte como te amo yo?  
Después inclinó el rostro, procurando ocultarlo.  
—Flavia—dije con voz tan alterada que no parecía la mía—, has de saber que no soy...  
Elevábase sus ojos hacia mí cuando oímos pesados pasos en el enanerado sendero del jardín, y un hombre se detuvo ante el abierto balcón. Flavia lanzó un ligero grito y se apartó de mí rá-

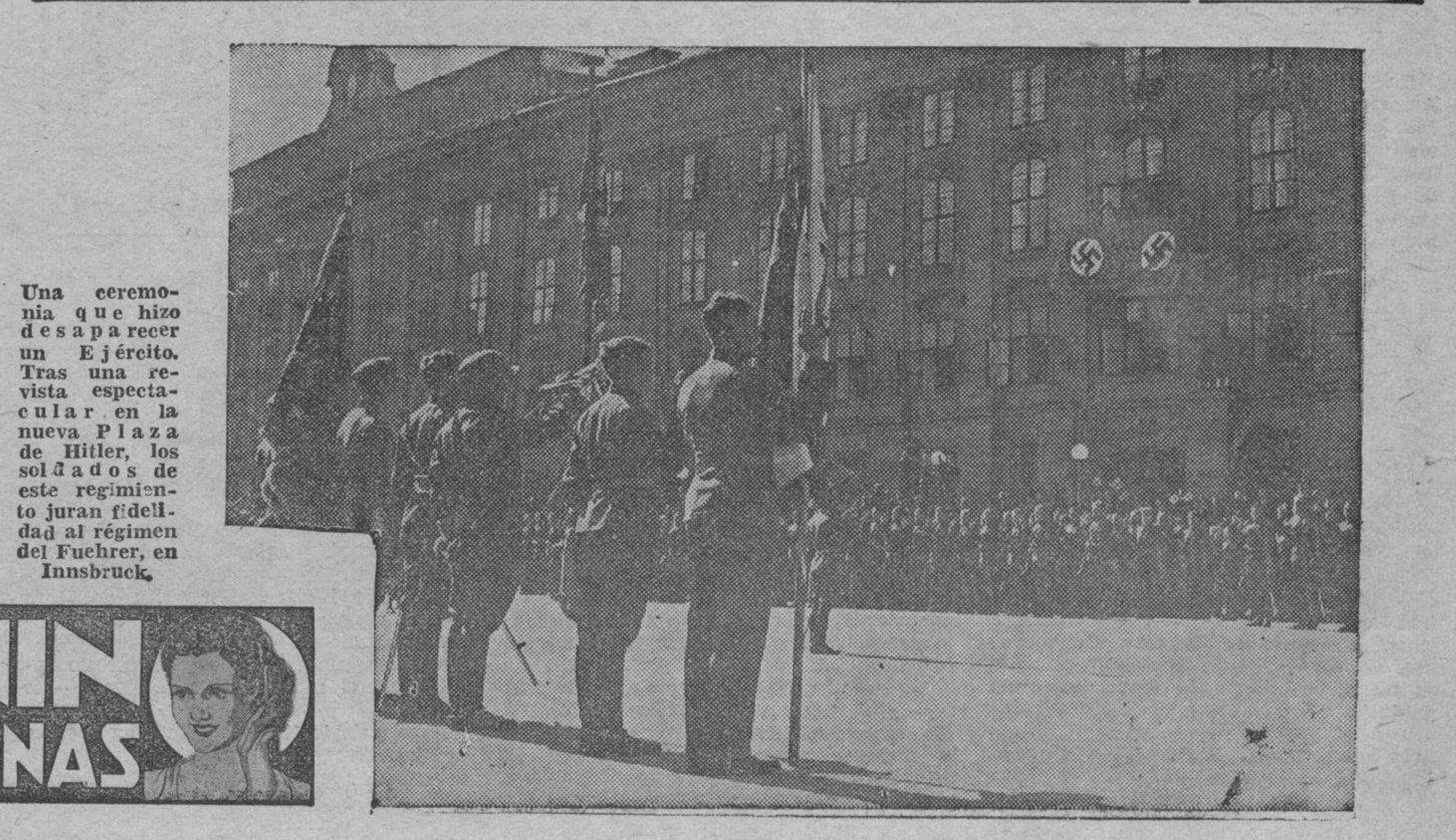
—pero esta consideración nada significaba para él. «Puede decir, con toda sinceridad que hacía mal? Supongo que el rey volviere al trono, le devolveríamos la princesa. Pero ¿y si no lo gramos liberarlo? Punto era éste del cual no habíamos hablado nunca. Yo tenía la idea de que en tal caso Sarto se proponía instalarme en el trono de Ruritanía y sostenerme en él toda la vida. Al mismo Satanás hubiera puesto él en el trono antes que a Miguel el Negro.»  
El balle fué suntuoso. Lo inauguré yo con la princesa Flavia y con ella bailé también después, seguidos ambos por las miradas y los comentarios de la brillante concurrencia. Llegó la hora de la cena y en medio de ella me puse en pie, enloquecido por las miradas de mi prima, y quitándome el collar de la Rosa de Oro se lo puse al cuello. Aquel acto fué acogido con unánimes aplausos, y vi que Sarto se sonreía satisfecho. Tarlein, con sombría expresión, mirábase todo como disunguido. Pasamos el resto de la cena en silencio; ni Flavia ni yo podíamos hablar. Por fin, a una señal de Tarlein, me levanté ofrecí mi brazo a la princesa, y recorriendo el salón de uno a otro extremo la conduje a una habitación contigua más pequeña, donde nos sirvieron el café. Las damas y caballeros de nuestro séquito se retiraron y quedamos solos.  
Los balcones de aquella pieza daban a los jardines del palacio. La noche era hermosísima. Flavia tomó asiento y yo permanecí en pie ante ella. Luchaba conmigo mismo y creo que hubiera triunfado si en aquel momento no me hubiese dirigido ella una mirada breve, repentina, que equivalía a una interrogación; mirada a la que siguió fugaz rubor:  
—¡Ah, si la hubiese visto en aquel instante! Me olvidé del rey prisionero en Zenda y del que reinaba en Estrelsau. Ella era una princesa, yo un impudor. Pero ¿cómo pensé en ello un solo momento? Lo que hice fué doblar la rodilla ante la bella y tomar su mano entre las mías. Nada dije. ¿Para qué? Me bastaban los suaves rumores de aquella hermosa noche y el perfume de las flores que nos rodeaban, únicos testigos del beso que deposité en sus labios.  
Flavia me rechazó dulcemente, exclamando:  
—¡Ah! Pero ¿es verdad?...  
—¿Si es verdad, mi amor?—dije en voz baja, con apasionado acento—. ¡Te amo más que a mi vida. Más que a la verdad misma, más que a mí mismo!  
No pareció dar a mis palabras otro valor que el de una de tantas exageraciones del lenguaje de los enamorados.  
—¡Oh, si no fueses rey! ¡Entonces podría demostrarte cuánto te amo! ¿Por qué te quiero tanto ahora, Rodolfo?  
—¡Ahora?  
—Sí, últimamente. Antes... antes no era así.  
El orgullo del triunfo embargó mi ánimo. ¿Era yo, Rodolfo Rasendil, quien la había conquistado!  
—¡No me amabas antes?—pregunté. Me miró sonriendo y dijo:  
—¿Será tu corona? Este nuevo sentimiento se despertó en mí el día de la coronación.  
—¿Pero antes no?—le pregunté ansioso.  
Déjome oír su argentina risa y contestó:  
—Hablas como si desearas oírme repetir que no te amaba cuando no eras rey.  
—Pero ¿es eso cierto?  
—Sí—murmuró casi imperceptiblemente—. Pero ten cuidado, Rodolfo, sé prudente. Mira que ahora está furioso.  
—¿Quién? ¿Miguel? ¡Oh, si no fuera más que eso!  
—¿Qué quieres decir, Rodolfo?  
—Aquella era la última oportunidad que podía ofrecérseme. Logré dominarme, no sin gran esfuerzo; retirando mi brazo, me aparté dos o tres pasos de ella.  
—Si yo no fuera rey—comencé—, si fuese un simple caballero...  
Antes de que pudiera añadir una palabra, puso ella su mano sobre la mía, diciendo:  
—Aunque fueras un miserable prestiditario nunca dejarías de ser mi rey.  
—¡Dios me perdone!—dije para mí. Y estrechando su mano volví a preguntarle:  
—¿Pero si no fuese rey?...  
—Basta—murmuró—. No merezco que cudes de mí de esa manera. ¡Ah, Rodolfo! ¡Acaso una mujer que va a casarse sin sentir amor, podría mirarte como te amo yo?  
Después inclinó el rostro, procurando ocultarlo.  
—Flavia—dije con voz tan alterada que no parecía la mía—, has de saber que no soy...  
Elevábase sus ojos hacia mí cuando oímos pesados pasos en el enanerado sendero del jardín, y un hombre se detuvo ante el abierto balcón. Flavia lanzó un ligero grito y se apartó de mí rá-

que se unen un refinamiento instintivo de sus modales y la dignidad natural de su porte. Dentro de su tipo de piel bronceada y lustrosa, con sus grandes ojos oscuros y brillantes de expresión femenina indescriptible, la tahitiana es una mujer fascinadora que recuerda un poco a la andaluza o a la napolitana.  
**EL LENGUAJE DE LOS TAHITIANOS**  
Interesante es el lenguaje de los tahitianos por lo suave y melodioso; sus vocales, pronunciadas en forma muy clara, parecen como un eco del susurro musical del mar junto a la costa o del ritmo sutil de las palmeras. Veamos algunos ejemplos:  
Para los «buenos días» dicen: «Ia ora na»; la invitación «ven a comer con nosotros» la formulan así: «Haere mai ami», y para nombrar la puesta del sol dicen «tooa o te ra», mientras que «amararupo» significa crepúsculo. La luna es «te marama» y la luna llena «vaevae». Denominan «Mataru» a los Pléyades, y esa voz quiere decir «pequeños ojos», y designan a la Cruz del Sur con el nombre de «Tauha».  
Hay una especie de proverbio tahitiano que los franceses han traducido de este modo: «Celui-la est un véritable fuere, qui a pitié du malheureux et qui lui porte secours» («Ese es un verdadero hermano, que compadece al desdichado y le presta ayuda»). El original tahitiano dice así: «O oia te taea mau, o tei aroha mai e o tei tauturu mai i te tau i ati aia».  
No lejos del archipiélago de la Sociedad se halla la isla Hawaiki, considerada como la tierra original de los maoríes que poblaron a Nueva Zelandia hace siglos cuando ésta se llamaba Ao-tea-roa, y a la que luego adoptaron como tierra propia. Allí viven aún muchos miles de indígenas de esa raza interesante.  
**LA ISLA DE MOOREA**  
A mitad del trayecto entre Tahiti y Moorea—un breve viaje de dos horas,— el turista divisa hacia el Oeste, más allá de las alturas que caracterizan la segunda de dichas islas, como algo que parece moverse, como un extraño ser viviente gigantesco y palpitante cuyo contorno coloreado se halla envuelto por una cintura plateada de arrecifes... El aspecto que presenta Moorea es sombrío, casi negro, con perfiles duros y fríos, que ejercen en el ánimo una extraña fascinación. Tiene la apariencia vista a distancia, de un conjunto de enormes despeñaderos, de rocas colosales semejantes a las ruinas de algún castillo ciclópeo y fantástico que hubiera sido construido en medio del mar por titanes del abismo.  
En medio de esas formaciones sorprendentes e inverosímiles, se alza al Afareaiti, piso de cerca de 1.600 metros sobre el nivel del mar. La gigantesca roca basáltica aparece quebrada y astillada en mil partes, y en el centro de la mole se ve como una perforación estupenda, que semeja un ojo inmenso, a través de la cual se ve lucir un trozo de cielo; ese asombroso «ojo azul» puede percibirse desde Tahiti. Según la mitología local, el gigante Pai de Tautera fué quien perforó esa colosal ventana en la masa granítica con su lanza para demostrar su poder...  
Ha sido probado científicamente que esa ventana o ese ojo abierto en la montaña se debe a un trabajo de erosión producido por el agua durante millones de años y cuyo origen se remonta a la época en que el Afareaiti se hallaba, según se supone, sumergido en el océano de donde emergió con el tiempo lentamente... Ese conglomerado de picachos



La bahía de Cook, en la isla Moorea (una del grupo de las islas del Viento).—Arriba: El complicado aspecto de una lancha de pesca tahitiana.

abruptos de tono sombrío uniforme constituyen un cuadro imprecionante que, después de haber sido visto una vez, no se olvidará jamás.  
Moorea tiene una extensión equivalente a la mitad, más o menos, de la parte menor de Tahiti y está poblada por unos 500 habitantes.  
gran músico que nos dé, como un nuevo Wagner, en la magnífica decoración del lago Vahiria, la revelación esplendorosa de un Lohengrin polinesiano.



Una ceremonia que hizo desparecer un Ejército. Tras una revista espectacular en la nueva Plaza de Hitler, los soldados de este regimiento juran fidelidad al régimen del Fuehrer, en Innsbruck.

**JUVENIN**  
LO MEJOR Y MAS FACIL  
DE APLICAR PARA LAS CANAS

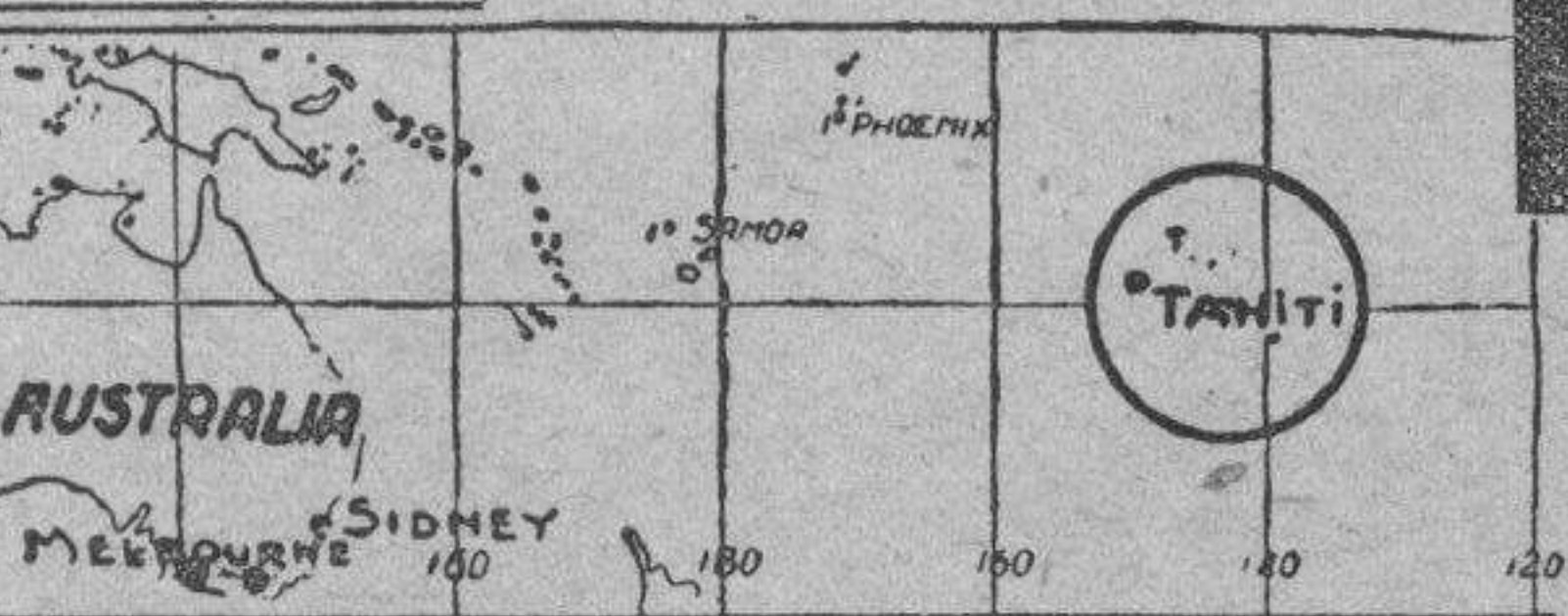




El lago Vahiria, un rincón bellissimo de Tahiti.



Una bella tahitiana.



Al lado, arriba y abajo: Archipiélago de Tahiti o de la Sociedad, en Polinesia. Mapa que muestra la situación exacta de las islas Tahiti.

Un rincón del puerto de Papeete, capital de Tahiti, la más grande de las islas de la Sociedad en la Polinesia.

# LA ISLA POLINESIA DE TAHITI Y SUS ENCANTOS

por JOHN BOLGER

de hondos valles entre cerros y cadenas montañosas de empinadas faldas, en gargantas y desfiladeros sombríos, cubriendo el suelo de detritos y humus riquísimos, hasta las mismas riberas de coral, y asegurando una producción abundante para los seres humanos y animales que pueblan la isla, estos últimos en número incontable en sus especies más pequeñas, y defendidos por los arrecifes contra los embates del océano que impiden así que las olas golpeen brutalmente y carcoman esa tierra preciosa. El suelo de la isla se eleva rápidamente desde la costa hacia el centro de la misma, donde culmina La Diademe, cuya cima se eleva casi a 3.000 metros de altura.

La población total de las Islas de la Sociedad es de unos 16.000 habitantes, de los cuales 12.000 son franceses. En la capital del archipiélago Papeete—que en lengua nativa significa «canasta de agua»—habita la mitad de la población isleña, es decir unos 8.000 individuos, de los cuales son franceses alrededor de 5.000; hay allí también muchos chinos.

El puerto de Papeete es tan cerrado que casi podría considerarse como un lago formado por corales lechosos y en comunicación con el mar. Las calles de esa capital minúscula no responden a ningún plan: constituyen un conjunto de curvas y ángulos que sólo ofrece callejuelas de cortos tramos rectos en muy pocos puntos de la ciudad. Sin embargo, en ellas se leen letras con nombres tan significativos como Rue de Cook, Rue de Rivoli, Rue de l'Ecole, Quai de l'Uranie, destinados sin duda a sugerir una atmósfera parisienne, cosa absolutamente imposible porque la influencia tropical que allí gravita sobre la vida anula todo esfuerzo en tal sentido. Muchas de las calles y caminos de la isla están bordeados por mangos, árboles de origen brasileño que fueron llevados a Tahiti a mediados del siglo XIX.

## RECUERDOS HISTORICOS INVOLVIDABLES

El recuerdo de aquella empresa de trasplante de árboles a través de una distancia tan grande como la que media entre el Brasil y Tahiti trae a la memoria otras semejantes, realizadas mucho antes, para trasplantar de Tahiti a las Indias Occidentales numerosos árboles del pan destinados al alimento de los convictos reclusos en los presidios antillanos de Inglaterra.

La más conocida aventura de este género es la del capitán Bligh, que realizó un viaje de un año de Inglaterra a Tahiti, al mando de la corbeta «Bounty», para buscar frutos del árbol del pan, cocos,

azúcar, naranjas, perlas y otros productos de esa maravillosa isla. El carácter brutal del capitán Bligh produjo un motín a bordo de la corbeta, cuando ya se hallaban en viaje de regreso, y los amotinados, luego de desembarcar a aquél y a los tripulantes que le permanecieron fieles, volvieron de Tongas a Tahiti, en la «Bounty», para continuar viviendo en la famosa isla la existencia voluptuosa que ya habían gustado semanas antes.

Pero aquellos placeres se convirtieron en luchas enconadas y todos esos hombres fueron desapareciendo en forma trágica, habiéndose refugiado los últimos en la diminuta isla de Pitcairn, situada también en Polinesia, pero mucho más al Sudeste

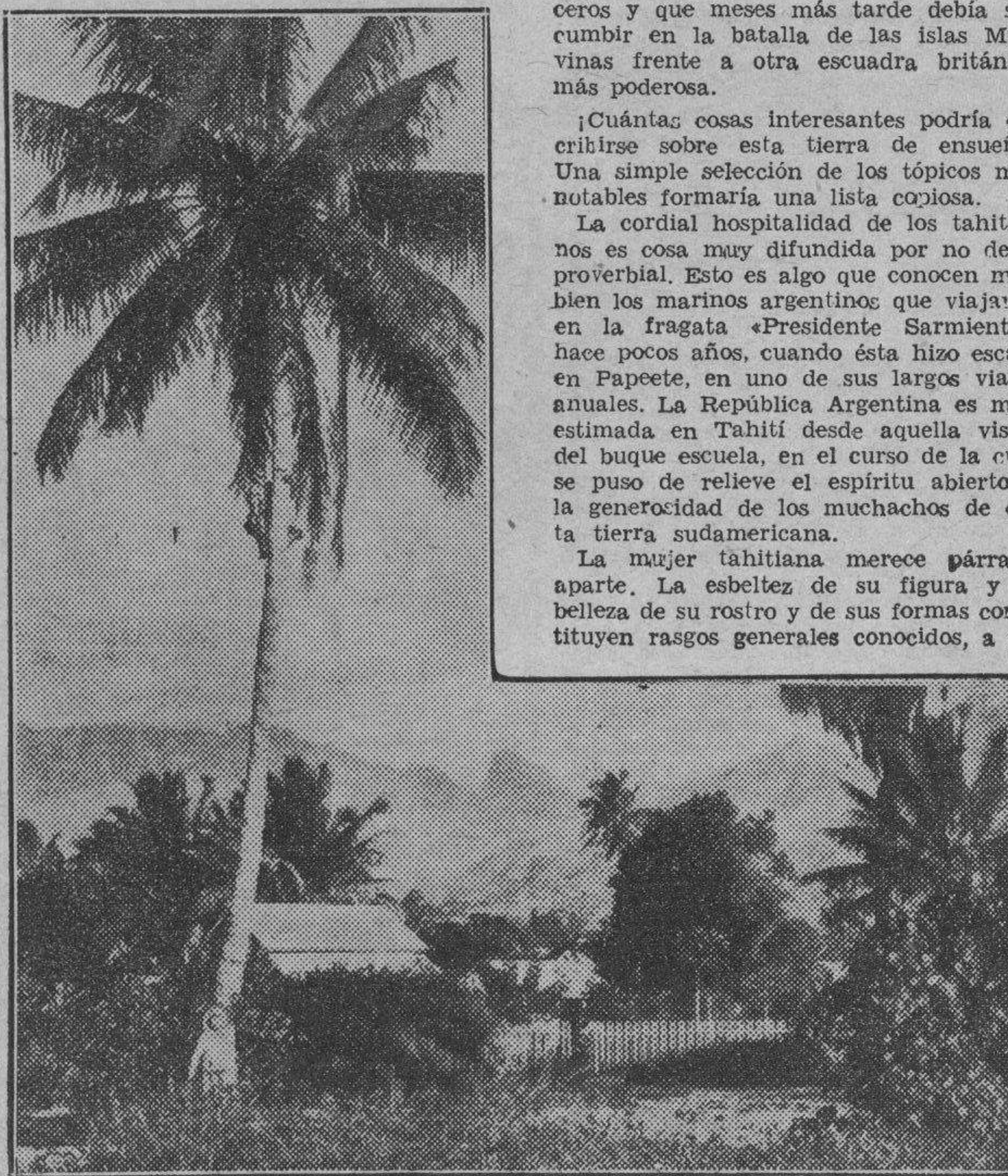
que Tahiti. En Pitcairn viven todavía unos 120 descendientes de los hijos de los marinos ingleses amotinados y de sus bellas compañeras tahitianas.

Otro de los hechos más interesantes ocurridos en Tahiti se relaciona con el actual gobernador del archipiélago, M. Dutremeu, cuyo padre, en septiembre de 1914, trató de poner la isla en condiciones de defensa contra los cruceros alemanes que durante los primeros meses de la Gran Guerra recorrían vastas zonas del Pacífico. Para ello no vaciló en desmantelar «La Zélée», goleta armada que constituía la única unidad naval que allí se encontraba y cuyos pequeños cañones fueron instalados a la entrada del puerto de Papeete en unas alturas dominantes, desde donde la guarnición francesa repelió con éxito, poco más tarde el ataque de la escuadra ligera del almirante alemán Von Spee, compuesta de 5 cruceros y que meses más tarde debía sucumbir en la batalla de las islas Malvinas frente a otra escuadra británica más poderosa.

¡Cuántas cosas interesantes podría escribirse sobre esta tierra de ensueño! Una simple selección de los tópicos más notables formaría una lista copiosa.

La cordial hospitalidad de los tahitianos es cosa muy difundida por no decir proverbial. Esto es algo que conocen muy bien los marinos argentinos que viajaron en la fragata «Presidente Sarmiento», hace pocos años, cuando ésta hizo escala en Papeete, en uno de sus largos viajes anuales. La República Argentina es muy estimada en Tahiti desde aquella visita del buque escuela, en el curso de la cual se puso de relieve el espíritu abierto y la generosidad de los muchachos de esta tierra sudamericana.

La mujer tahitiana merece párrafo aparte. La esbeltez de su figura y la belleza de su rostro y de sus formas constituyen rasgos generales conocidos, a los



Residencia de una de las autoridades coloniales en Papeete (Tahiti).

pidamente. La frase que más labios habían comenzado quedó interrumpida. Sarto, pues era él, se inclinó profundamente, grave y sombrío.

—Perdonad, señor—dijo—, pero S. E. el Cardenal espera hace un cuarto de hora, deseo de ofrecer sus respetos a V. M. antes de partir.

—No es mi voluntad hacer esperar a S. E.—repuse.

Pero Flavia, que no se avergonzaba de su amor, radiantes los ojos y ruborizado el rostro, tendió su mano a Sarto. Nada dijo, pero a nadie podía ocultarsele lo que aquel ademán significaba. Con triste sonrisa se inclinó el veterano y besó la mano que ella le tendía, diciendo con cariñosa y conmovida voz:

—Alegre y triste, feliz o desgraciada, ¡Dios proteja siempre a V. A.!

Hizo una pausa y añadió mirándose y cuadrándose como un soldado:

—Pero ante todo y sobre todo está el rey. ¡Dios lo proteja!

Y Flavia, tomando mi mano y besándola, murmuró:

—¡Así sea! ¡Oh, Dios mío, te ruego que así sea!

Volvimos a la sala de baile. Obligado a recibir los saludos de despedida, me vi separado de ella. Cuantos me habían saludado se dirigían en seguida a la princesa. Sarto iba de grupo en grupo, dejando tras sí miradas de inteligencia, sonrisas y cuchicheos. No dudé que, en cumplimiento de su irrevocable resolución, iba dando a todos la noticia que acababa de adivinar más bien que pir. Preservar la corona para el verdadero rey y derrotar a Miguel el Negro; ese era todo su afán. Flavia, yo y aun el mismo rey no éramos más que otras tantas cartas en su juego y nos estaba prohibido tener pasiones. No se limitó a propagar la nueva dentro de los muros del palacio, y al descender yo la escalera principal dando la mano a Flavia para conducirla al carruaje, nos esperaba en la calle la multitud, que prorrumió en aclamaciones entusiastas. ¿Qué podía hacer yo? De haber hablado entonces se hubieran negado a creer que no era el rey; a lo sumo hubieran creído que el rey se había vuelto loco. Los manejos de Sarto y mi propia pasión me habían impulsado; la retirada no era ya posible y la pasión seguía llevándome hacia adelante. Aquella noche aparecí ante todo Estrelsau como el verdadero rey y el prometido de la princesa Flavia.

Por fin, a las tres de la mañana, cuando empezaba a romper el alba, me vi en mis habitaciones sin más compañía que la de Sarto. Contemplaba déstridamente el fuego; mi compañero fumaba su pipa y Tarlein se había retirado a descansar, negándose a dirigirme la palabra. Cerca de mí, sobre la mesa, se veía una rosa de las que Flavia había llevado al pecho aquella noche. Ella misma me la había entregado, después de besarla.

Sarto hizo ademán de tomarla, pero detuvo su mano con rápido ademán, diciéndome:

—Es mía, no es de usted... ni del rey.

—Esta noche hemos ganado una victoria a favor del rey—dijo.

—¿Y quién puede impedirme ganar otra a favor mío?—pregunté iracundo, volviéndome hacia él.

—Se muy bien lo que está usted pensando—contestó—. Pero su honor se lo prohíbe.

—¿Y es usted quien viene a hablarme de honor?

—Vamos, la cosa no es para tanto. Una broma inocente que en nada puede perjudicar a la muchacha...

—No prosiga usted, coronel, a no ser que me tenga usted por un desalmado. Si no quiere que su rey se pudra en su prisión de Zenda mientras Miguel y yo nos disputamos aquí lo que vale más que la corona?... ¿Me comprende usted bien?

—Sí, adelante.

—Tenemos que libertar al rey, o intentarlo cuando menos, y pronto. Si esta comedia, por usted preparada, continúa una semana más, va usted a hallarse con otro problema entre manos, y de los más difíciles. ¿Cree usted poder resolverlo?

—Sí, lo creo. Pero si llegara usted a hacer lo que amenaza, tendría que haberse las conmigo y que matarme.

—Con usted y con veinte más. ¿Qué significaría eso para mí? Sin contar con que en un instante puedo levantar a todo Estrelsau contra usted y ahogarlo con sus propias mentiras.

—No lo niego.

—Como podría casarme con la princesa y mandar a Miguel y su hermano a...

—También es cierto—asintió el viejo soldado.

—¡Pues entonces, en nombre del cielo—grité extendiendo hacia él los puños—, corramos a Zenda, aplastemos a Miguel y traigamos al rey a su capital y a su trono!

Sarto se puso en pie y me miró fijamente.

—¿Y la princesa?—preguntó.

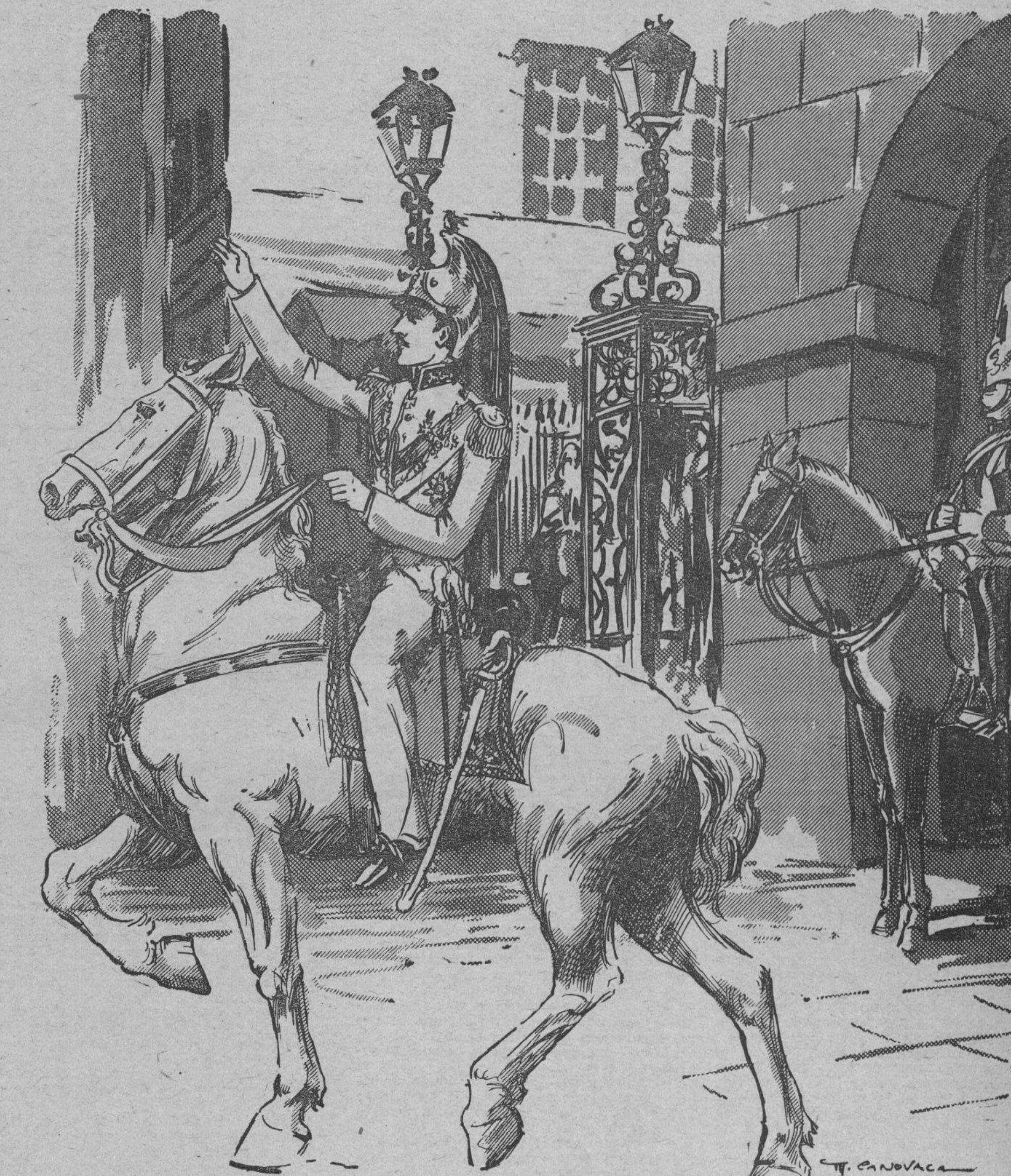
—Y ese obstáculo, me dijo con picardía y mis labios, sentí la diestra de Sarto sobre mi hombro y oí que decía, con turbada voz:

—¡Por Dios vivo! Es usted más Elsborg que todos ellos. Pero yo he comido el pan de mi rey y mi deber es servirle. ¡Iremos a Zenda!

Le miré y tomé su mano. Ambos teníamos lágrimas en los ojos.

X

Asaltábame una tentación terrible. Quería que Miguel, obligado a ello por mí, diese muerte al rey. Me creía en si-



tuación de afrontar la ira y el poder del duque y de retener a la fuerza la corona, no por ambición, sino porque el rey de Ruritania era el esposo destinado a la princesa Flavia. ¡Sarto, Tarlein! ¿Qué me importaban? ¿Qué significan los obstáculos, ni cómo examinarlos ni medirlos a sangre fría cuando la pasión ciega domina al hombre por completo?

Hermosa mañana aquella en que me dirigí a pie al palacio de la princesa, llevando en la mano un ramo de preciosas flores. La razón de Estado excusaba mi amor; y si bien las atenciones que prodigaba a mi supuesta prima eran nuevos incentivos a la pasión que me impulsaba, me unían también más estrechamente al pueblo de la gran ciudad, que adoraba a la princesa. Encontré a la condesa Elga cogiendo flores en el jardín y la rogué que ofreciese las mías a su señora. La amada de Tarlein parecía radiante de felicidad, olvidada por el momento del odio que el duque de Estrelsau profesaba al predilecto de su corazón, único obstáculo que hasta

entonces había empujado lechida de ambos amantes.

—Y ese obstáculo, me dijo con picardía y mis labios, sentí la diestra de Sarto sobre mi hombro y oí que decía, con turbada voz:

—¡Por Dios vivo! Es usted más Elsborg que todos ellos. Pero yo he comido el pan de mi rey y mi deber es servirle. ¡Iremos a Zenda!

Le miré y tomé su mano. Ambos teníamos lágrimas en los ojos.

Me descubrí y saludé profundamente. La princesa tenía puesta una blanca bata y llevaba suelta la hermosa cabellera. Contestó a mi saludo enviándome un beso y dijo:

—Sube con el rey, Elga. Le ofreceré siquiera una taza de café.

—¿Señora!—llamé alegremente la condesa, y a su voz apareció Flavia en uno de los abiertos balcones del primer piso.

Me descubrí y saludé profundamente. La princesa tenía puesta una blanca bata y llevaba suelta la hermosa cabellera. Contestó a mi saludo enviándome un beso y dijo:

—Sube con el rey, Elga. Le ofreceré siquiera una taza de café.

—¿Sabes quién ha escrito eso?—preguntó.

—Cero saberlo. El aviso proviene de persona que es buena amiga mía, y más diré, lo envía una mujer desgraciada. Precisa contestar que estás indisputada, Flavia, y no puedes ir a Zenda. Presenta tus excusas en la forma más fría y ceremoniosa que sepas.

—¿Es decir, que te consideras suficientemente fuerte para desafiar la cólera de Miguel?—me dijo con orgullosa sonrisa.

—Nada hay que yo no esté dispuesto a hacer por tu propia seguridad, fué mi contestación.

Poco después me separé de ella, no sin esfuerzo y tomé el camino de la casa del general Estrakenz, sin consultar a Sarto. Había tratado algo al anciano general, creía conocerlo y lo estimaba. No así Sarto; pero yo había aprendido ya que éste sólo estaba satisfecho cuando él mismo lo hacía todo, y que a menudo lo impulsaba, más que el deber, un sentimiento de rivalidad.

—Si tienes en algo tu vida, y aún más que tu vida, amor mío, haz al pie de la letra lo que esa carta te dice. Hoy mismo enviaré fuerza suficiente para proteger este palacio, del cual no saldrás sino custodiada por numerosa guardia.

—¿Es esa una orden que me da el rey?—preguntó altiva.

—Lo es, Flavia. Orden que obedecerás... si me amas.

—¡A!—exclamó, con expresión tal que me enajenó.



La situación era tan crítica que Sarto...  
El general me recibió con afectuosa...  
—Quizás no se engañe V. M.—dijo...  
—General, voy a ausentarme de...  
—¡Júreme usted por Dios y por su...  
—Lo único que espero es que esa...  
—Precisamente voy en busca de un...  
—Flavia nada dijo...  
—¿No te comunique mi propio...  
—Como continúe muda, acerqué...  
—¿Lloras porque corro peligro?...  
—Te joratas ahora como solías ser...  
—Lancé un gemido y la estreché...  
—¡Amor mío!—exclamé olvidado de...  
—Pero entonces, Rodolfo... ¿vas...?  
—Sí, en busca de esa fiera, de...  
—Flavia estaba densamente pálida...  
—Ya ves pues, querida mía, que...  
—General—exclamé sonriéndome—...  
—Tomó el documento en sus manos...  
—El coronel Sarto y Federico de...  
—¿Va V. M. a ver al duque?—...  
—Sí al duque y a otra persona a...  
—Quisiera poder ir con V. M.—...  
—Aquí le dejo a usted algo más...  
—Le devolveré a V. M. la princesa...  
Nos separamos, regresé a palacio...  
Irgi se con toda la majestad de una...

—¡Si lo harías ¡cien años la corona...  
—Se detuvo y aproximándose otra...  
—¡Vuelve pronto, Rodolfo!  
—Su voz su acento, me dominaron...  
—¿Tú mismo? ¿Qué quieres decir?...  
—No me atreví a pedirle perdón; le...  
—¿Es acaso posible—pregunté—...  
—¿Ni que te separe de mí?  
—Y una vez más contesté:  
—No, amor mío, existía un hombre...  
—A dos leguas de Zenda, y por la...  
—¿Qué?—pregunté inclinándome...  
—Que aunque sólo fuese por dos...  
—¿Estás irriada conmigo?—...  
—¿Tan enorme que quizás sea yo...  
—Flavia nada dijo...  
—¿No te comunique mi propio...  
—Como continúe muda, acerqué...  
—¿Lloras porque corro peligro?...  
—Te joratas ahora como solías ser...  
—Lancé un gemido y la estreché...  
—¡Amor mío!—exclamé olvidado de...  
—Pero entonces, Rodolfo... ¿vas...?  
—Sí, en busca de esa fiera, de...  
—Flavia estaba densamente pálida...  
—Ya ves pues, querida mía, que...  
—General—exclamé sonriéndome—...  
—Tomó el documento en sus manos...  
—El coronel Sarto y Federico de...  
—¿Va V. M. a ver al duque?—...  
—Sí al duque y a otra persona a...  
—Quisiera poder ir con V. M.—...  
—Aquí le dejo a usted algo más...  
—Le devolveré a V. M. la princesa...  
Nos separamos, regresé a palacio...  
Irgi se con toda la majestad de una...

En todo esto iba pensando yo por el...  
—No permitírás que Miguel te mate...  
—No, amor mío, existía un hombre...  
—A dos leguas de Zenda, y por la...  
—¿Qué?—pregunté inclinándome...  
—Que aunque sólo fuese por dos...  
—¿Estás irriada conmigo?—...  
—¿Tan enorme que quizás sea yo...  
—Flavia nada dijo...  
—¿No te comunique mi propio...  
—Como continúe muda, acerqué...  
—¿Lloras porque corro peligro?...  
—Te joratas ahora como solías ser...  
—Lancé un gemido y la estreché...  
—¡Amor mío!—exclamé olvidado de...  
—Pero entonces, Rodolfo... ¿vas...?  
—Sí, en busca de esa fiera, de...  
—Flavia estaba densamente pálida...  
—Ya ves pues, querida mía, que...  
—General—exclamé sonriéndome—...  
—Tomó el documento en sus manos...  
—El coronel Sarto y Federico de...  
—¿Va V. M. a ver al duque?—...  
—Sí al duque y a otra persona a...  
—Quisiera poder ir con V. M.—...  
—Aquí le dejo a usted algo más...  
—Le devolveré a V. M. la princesa...  
Nos separamos, regresé a palacio...  
Irgi se con toda la majestad de una...

—¡Juro—exclamé—verte una vez más...  
—¿Tú mismo? ¿Qué quieres decir?...  
—No me atreví a pedirle perdón; le...  
—¿Es acaso posible—pregunté—...  
—¿Ni que te separe de mí?  
—Y una vez más contesté:  
—No, amor mío, existía un hombre...  
—A dos leguas de Zenda, y por la...  
—¿Qué?—pregunté inclinándome...  
—Que aunque sólo fuese por dos...  
—¿Estás irriada conmigo?—...  
—¿Tan enorme que quizás sea yo...  
—Flavia nada dijo...  
—¿No te comunique mi propio...  
—Como continúe muda, acerqué...  
—¿Lloras porque corro peligro?...  
—Te joratas ahora como solías ser...  
—Lancé un gemido y la estreché...  
—¡Amor mío!—exclamé olvidado de...  
—Pero entonces, Rodolfo... ¿vas...?  
—Sí, en busca de esa fiera, de...  
—Flavia estaba densamente pálida...  
—Ya ves pues, querida mía, que...  
—General—exclamé sonriéndome—...  
—Tomó el documento en sus manos...  
—El coronel Sarto y Federico de...  
—¿Va V. M. a ver al duque?—...  
—Sí al duque y a otra persona a...  
—Quisiera poder ir con V. M.—...  
—Aquí le dejo a usted algo más...  
—Le devolveré a V. M. la princesa...  
Nos separamos, regresé a palacio...  
Irgi se con toda la majestad de una...

—¡Juro—exclamé—verte una vez más...  
—¿Tú mismo? ¿Qué quieres decir?...  
—No me atreví a pedirle perdón; le...  
—¿Es acaso posible—pregunté—...  
—¿Ni que te separe de mí?  
—Y una vez más contesté:  
—No, amor mío, existía un hombre...  
—A dos leguas de Zenda, y por la...  
—¿Qué?—pregunté inclinándome...  
—Que aunque sólo fuese por dos...  
—¿Estás irriada conmigo?—...  
—¿Tan enorme que quizás sea yo...  
—Flavia nada dijo...  
—¿No te comunique mi propio...  
—Como continúe muda, acerqué...  
—¿Lloras porque corro peligro?...  
—Te joratas ahora como solías ser...  
—Lancé un gemido y la estreché...  
—¡Amor mío!—exclamé olvidado de...  
—Pero entonces, Rodolfo... ¿vas...?  
—Sí, en busca de esa fiera, de...  
—Flavia estaba densamente pálida...  
—Ya ves pues, querida mía, que...  
—General—exclamé sonriéndome—...  
—Tomó el documento en sus manos...  
—El coronel Sarto y Federico de...  
—¿Va V. M. a ver al duque?—...  
—Sí al duque y a otra persona a...  
—Quisiera poder ir con V. M.—...  
—Aquí le dejo a usted algo más...  
—Le devolveré a V. M. la princesa...  
Nos separamos, regresé a palacio...  
Irgi se con toda la majestad de una...



UNA GRANJA MILAGROSA:  
PRODUCE LEONES

LOS ANCIANOS, LOS NIÑOS ANEMICOS,  
LAS JOVENES QUE FATIGA LA  
FORMACION ENCUENTRAN EN EL

# QUINIUM LABARRAQUE

El más poderoso regenerador, aprobado por la Academia de Medicina de Paris como el más poderoso de los tónicos y el más energético de los febrífugos. Preparado con vino añejo de Málaga, se recomienda a los febriles, a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS  
Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, Paris (60)

Continúa en la Pág. 11



# EL LOCOCARRIL POR FONTAINE FOX

DON SACARRIEL,  
PILOTO DEL  
LOCOCARRIL.



# EJERCICIO Y BELLEZA

Por Sara Diez

Hollywood.

**E**XAMINEMOS el trágico problema de las mujeres que han perdido la esbeltez de las líneas y que empiezan a transformarse en bultos musculosos o en nidos propicios a las acumulaciones de grasa. ¿Les ha sucedido algo inevitable?

El artista Russell Patterson, reconocida autoridad en esta materia, dice que el fenómeno es inevitable porque las mujeres no sabemos vivir de acuerdo con las leyes de la naturaleza. Para alcanzar la esbeltez a que todas aspiramos, según él, deberíamos trepar a los árboles, hacer ejercicios agotadores, caminar como los cuadrúpedos de vez en cuando y ejecutar otras piruetas con el propósito de mantener los cuerpos bien formados y armoniosos.

Estábamos tomando el almuerzo juntos, el pintor, una dama muy perfectamente moldeada y esta corresponsal. La dama sugería que era una barbaridad eso de intentar reformar las curvas después de haber dejado desparramarse las carnes fuera de los límites convenientes. A lo que añadió Patterson que no conocía remedio radical alguno para esta tragedia, por lo que las mujeres siempre

tendrían que usar brassieres y corsetas una vez que llegaran a cierta edad, o si aun siendo jóvenes se abandonaran sin prever las consecuencias funestas de su indiferencia.

—¡Amigas mías,—repuso Patterson— los seres humanos nacimos para una vida más enérgica y activa que la que hemos dado en hacer! Somos unos sedentarios. Naturalmente, llega el día en que todo el peso del cuerpo pierde la estructura y entonces hay que despedirse de la silueta para siempre. El resultado es desastroso, especialmente para las mujeres de edad mediana, que nunca logran recuperar la figura que poseyeron en los tiempos de la juventud.

**A**L escuchar estas palabras, la encantadora damita que estaba con nosotros—le echó una mirada de espanto al plato de macarrones con salsa de hongos que se disponía a comer, colocó el cubierto sobre él y se tomó un vaso de agua. Patterson continuó su discurso:

—Por ahí abundan toda clase de ficciones acerca de la silueta femenina. Hay quienes creen que los cuerpos cambian según el estilo imperante.—Esto es un absurdo, puesto que los huesos y la

estructura muscular del físico permanecen igual y no hay quien pueda alterarla a su antojo y capricho. Hace algunos años estábamos montando una obra teatral en Broadway y decidimos que varias de las escenas sucederían en el 1910. La silueta femenina de entonces era bastante diferente a la de la década de 1920, pero las coristas parecían muchachas de 1910 cuando las hicimos vestirse con la indumentaria adecuada a dicha época. Lo que determinaba el cambio era la ropa, nada más.

Patterson puede opinar sobre este asunto con pleno conocimiento de causa. Fué él quien hizo famoso el tipo de la flapper norteamericana de la época del jazz. Desde hace años es uno de los dibujantes más prominentes de los Estados Unidos y ha colaborado en la presentación de varios espectáculos teatrales en la Vía Blanca.

Hace próximamente un año lo trajeron a Hollywood junto con otros artistas como John LaGatta, McClelland Barclay y Peter Arno, para preparar la filmación de la obra Artistas y Modelos, producida bajo la dirección de Lou Gensler, su amigo y camarada teatral. Al terminarse esta película, la Paramount lo conservó en calidad de consultor técnico del departamento de producción. Yo no sé lo que su título significa, pero es el único consultor de esta categoría que existe en el mundo entero.

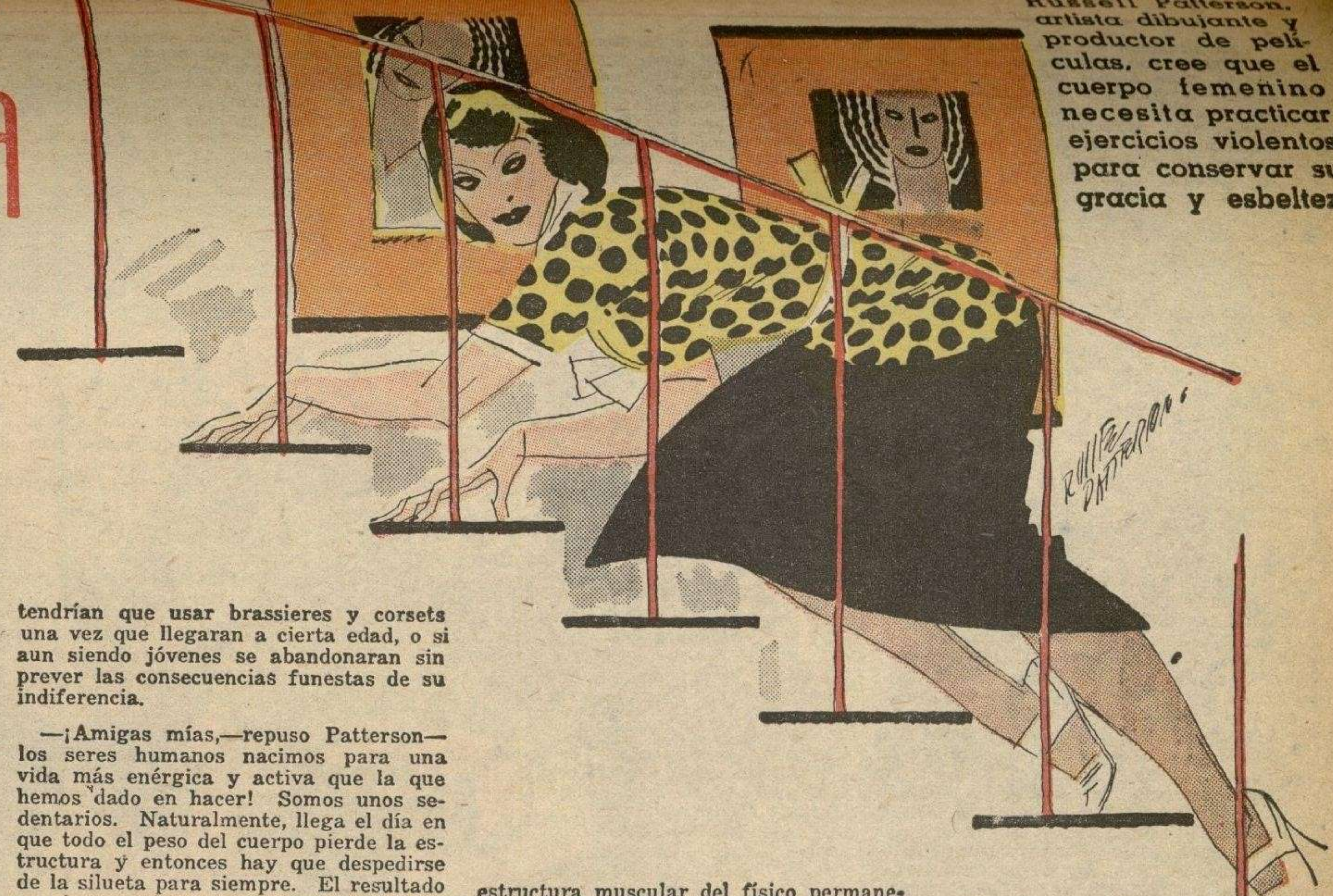
—Cuando vine—me cuenta—lo primero que me preguntaron fué qué quería hacer, y contesté que algo que tuviera que ver con la producción de las cintas. Me asignaron la labor de trabajar en colaboración con los productores de las obras musicales; me dieron una oficina y me inventaron ese título de consultor. Su trabajo consiste, para ser breves, en crear escenografía y cuadros apropiados para los números de fuerza de las operetas y comedias musicales, es decir, las escenas de baile o de canto que generalmente se hacen acompañadas de un gran coro sobre el fondo de un decorado espectacular.

**L**AS paredes de su oficina están llenas de ilustraciones en colores que parecen ideadas para un libro de cuentos de hadas. Es el método que usa para presentar sus concepciones artísticas, que luego son utilizadas por los pintores escenógrafos al preparar el decorado de las obras. Generalmente, Patterson hace dos o tres veces más ilustraciones de las que se necesitan; las que sobran le sirven para ornamentar las paredes del despacho.

En un rincón pueden verse varias marionetas que ha confeccionado por el estilo de los muñecos animados del cine, las que espera utilizar como un nuevo medio de expresión artística, del cual ya tuvimos una anticipación en el número de las marionetas de la cinta Artistas y Modelos.



Patterson ha seleccionado a Betty Grable como el tipo físico ideal de Hollywood.



Primero hace esqueletos de madera y luego los cubre con una pasta plástica que les da una semejanza humana. Estos muñecos se mueven por medio de articulaciones de metal, en vez de cuerdas, de modo que pueden retratarse en diferentes posiciones, igual que hace Walt Disney para producir sus bellas sinfonías tontás de caricaturas animadas que tanto éxito han tenido hasta la fecha.

Algún día, Patterson espera poder perfeccionar un arte nuevo en el lienzo, al igual que lo ha logrado el genial creador de Blanca Nieves y Mickey Mouse.

## Las terribles consecuencias de los NERVIOS.



La agitación de los nervios se marca en el rostro. Envejecer. Destruye el carácter; pone de mal humor. Mina la salud, roba la alegría, el sueño, la disposición para trabajar... Protéjase usted. Lo que debiera hacer es probar un tónico especial para la mujer—y en este caso, ¡ qué mejor que el Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham, cuyos resultados han sido probados y comprobados en el mundo entero?

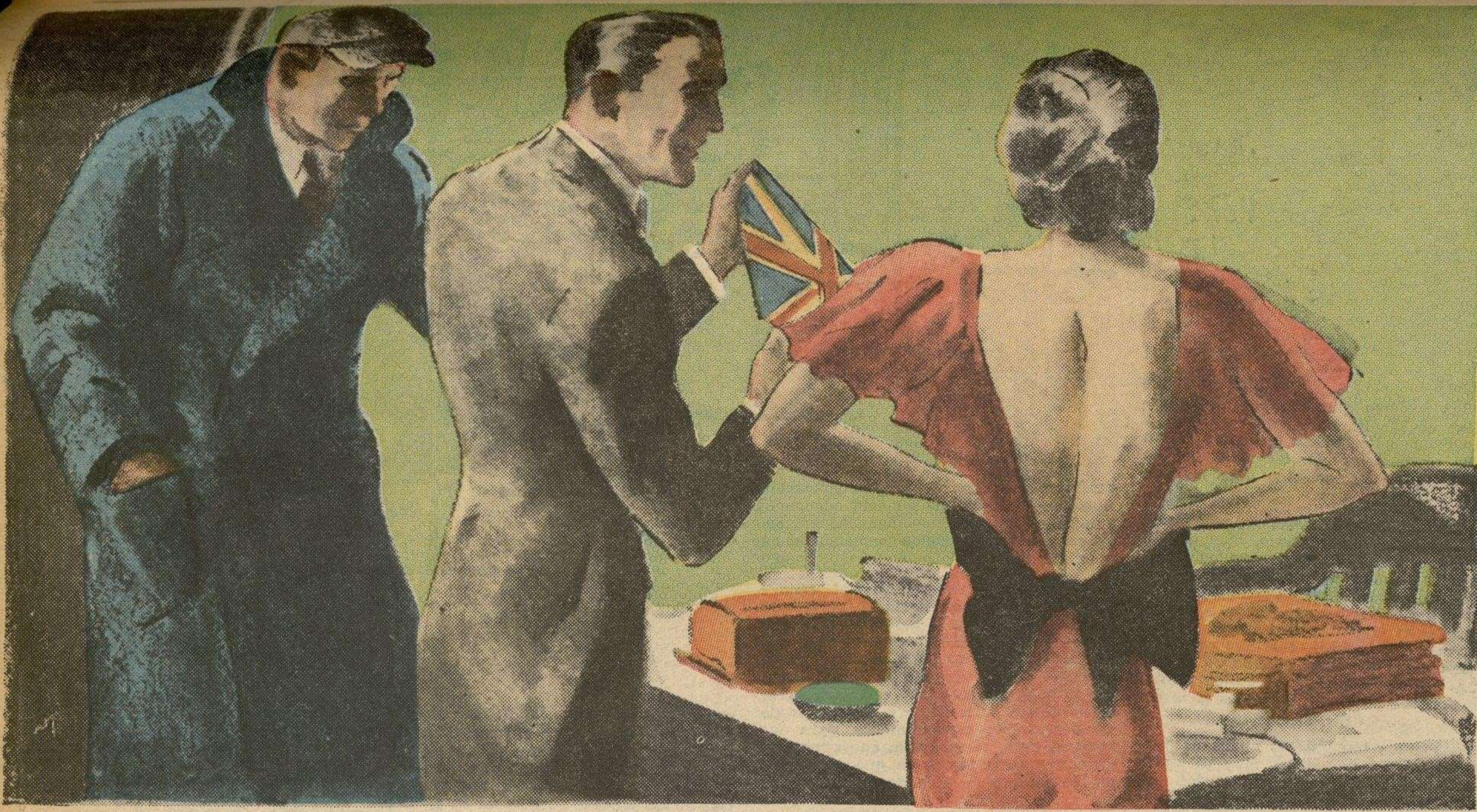
Deje que las benéficas hierbas y raíces de este compuesto para la mujer ayude su naturaleza, tonifique su organismo, calme sus nervios y le proporcione nuevas energías para disfrutar la vida.

Más de un millón de mujeres se han beneficiado con el Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham. ¡Un millón de mujeres! Si a tantas les ha hecho bien, resuélvase probarlo... y verá cómo sobrevive con una sonrisa esos períodos difíciles que la mujer tanto teme, y cómo este notable tónico femenino ayuda a normalizar su organismo y fortalecer contra el abatimiento, la nerviosidad y los dolores.

Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham

98 de cada cien les hace BIEN





Fascinada, Jessica observó que él izaba la bandera inglesa al revés, en el asta. "Ya ves,—decía—desde hace tiempo me consume una llama... desde..."

# LA BANDERA

**S**ENORITA Fenton,—gritaba el director Thorndyke—estas escenas son muy sencillas. El primer apunte es la palabra decisiva en el diálogo de Bradley. Entonces usted contesta con indiferencia: Si.

Mientras el director se paseaba por el estudio, Jessica Fenton meditaba sobre el problema.

"Repítemos sus palabras de nuevo"—sugirió Thorndyke. "Quiero que comprenda bien la situación, antes de filmar la escena. La primera respuesta es un 'sí' indiferente; la segunda, claro que sí; después viene un '¡Oh! ¡Oh!'; finalmente otro claro que sí."

El actor Bradley, acostumbrado a hacerle el amor a las primeras actrices del mundo, se adelantó hacia Jessica con el dominio de sí mismo que le era peculiar.

"Querida,—dijo, lleno de ternura—piensa esto de nuevo. ¿Estás segura de que tu resolución es decisiva?"

Ella echó su hermosa cabeza hacia atrás, como le exigía Thorndyke, y murmuró, indiferente: "Sí".

Bradley continuó la escena. Acercándosele aún más, ella de espaldas a él, la acariciaba con sus manos en los brazos y rozaba su perfil magnífico con la cabellera de la actriz.

"Piensa, querida,—susurraba—lo que somos nosotros, el uno para el otro. Piensa en nuestras esperanzas. ¿Recuerdas el aljibe de nuestros secretos, y la sepultura del jardín donde enterramos a nuestro perro, Sport?"

"Recuerdas". Este era el segundo apunte de Jessica. ¡Si pudiera recordar su parte del diálogo que seguía, en vez de estar extasiada en los brazos del actor!

Hizo un esfuerzo de voluntad y contestó, desahuciándose de la cadena de aquel hombre: "Claro que sí!"—tal y como se lo había explicado el director.

**H**UBO una pausa terrible, durante la que él hizo acopio de su técnica y volvió sobre la carga con las imploraciones tiernas de su papel. Ella estaba soñando, transportada, perdida en la ilusión...

"Claro que sí!"—volvió a contestar, sumida toda-

via en el trance de la escena.

Thorndyke explotó como un volcán. "¡No, no, no, no, NO! Su respuesta última es otra. Su respuesta es: '¡Oh! ¡Oh!' ¡Yo no sé que voy a hacer con usted, Miss Fenton! Me hago esta pregunta un millón de veces al día. Es usted bellísima. Fotografía usted de una manera estupenda. Su voz es como un vuelo de sedas. ¡Pero no tiene memoria! ¡No recuerda!"

"Su dificultad—rugió, exasperado—es que no tiene arrugas en la materia gris del cerebro, como no las tiene en su impecable frente. He conocido espléndidas actrices que padecían del mismo defecto incorregible. ¡Qué le vamos a hacer!"

De repente, el director miró a su reloj de pulsera y exclamó:

"Faltan diez minutos para que llegue a mi despacho el mensajero del banco con las esmeraldas de Miss Fenton. Debo ir a recibirlas. Oiga, Jessica, llévase el librito a casa y estúdielo de nuevo. ¡Trate de grabarse su papel en la cabeza, por Dios! Estoy seguro que lo puede hacer."

Bradley siguió a Thorndyke hasta la oficina de éste. "No comprendo esta situación—se lamentaba—en que se halla Jessica. En la película Britania, Reina de los Mares, no olvidó una sola línea de su papel. Se expresaba con absoluta precisión."

El mensajero del banco entró en la oficina de Thorndyke y le dio el paquete con las joyas. El director las guardó en la gaveta y se tornó a Bradley:

"Hágame el favor de vigilar las esmeraldas mientras voy a ver al productor para convenir la filmación de las escenas. Pronto volveré."

"Dicho y hecho"—contestó el actor.

Examinó el escritorio de Thorndyke, que estaba materialmente cubierto de pisapapeles, cortadores de sobres, correspondencia, y un caballito de metal que desempeñaba las funciones de percha para el sombrero. Había también dos lámparas de mesa, y, cosa rara, una bandera inglesa en un asta sobre un pequeño pedestal. Bradley la tomó en sus manos y la movió en el espacio, como un niño que quisiera jugar.

"Seguramente es un souvenir de la cinta Britania"—pensó, colocándola de nuevo en el escritorio. En ese momento, alguien abrió la puerta del despacho y dijo en voz bien modulada:

"¡Quietos ahí, joven!"

Bradley no pudo balbucir sino una salutación monosilábica. El intruso tenía la mano en el bolsillo. "¡Quédese quieto y no le pasará nada!"—añadió. "Lo único que me interesa es el paquete de joyas."

"¡Pudo haberse levantado la solapa de la americana!"—dijo Bradley al fin. "Pero calle, viene alguien!"

Unos pasos que se acercaban le helaron la sangre en las venas al bandido. En un segundo, sin embargo,

## Cuento Breve • por Marcia Daughtrey

recobró su serenidad.

"¡Una sola palabra suya y le quito la vida!"

"¡No sea tonto! ¡Se provocará una alarma y lo prenderán los empleados del estudio!"—contestó Bradley en el momento en que entraba Jessica.

El bandido se quitó la gorra y tocó a Bradley con su pistola en las costillas.

"¡Hola, Jessica!"—dijo dirigiéndose a la actriz. "Te presento a mi amigo... a mi amigo, el señor Watts..."

**J**ESSICA devolvió el saludo del intruso mientras observaba a Bradley jugando con la bandera. glesa en sus manos.

"Bradley—dijo ella—he venido a decirle al señor Thorndyke que puede darle mi papel a otra actriz.

La tensión que reinaba en la pieza aumentaba por segundos. Bradley la miró intensamente, y repuso: "Jessica, tú puedes hacer el papel. Lo que sucede es que yo tengo gran parte de la culpa" decía, mientras arriaba la bandera de su asta.

La muchacha miró al desconocido, cuyos ojos brillaban o centelleaban como de una víctima del infierno. "Me parece—dijo—que estamos hablando con mucha franqueza delante del señor."

"¡Bah!"—respondió Bradley soltando una carcajada. "A Watts no le importa lo que hablemos. ¡Somos tan íntimos amigos!"

Fascinada, Jessica observó que él izaba la bandera inglesa al revés en el asta. "Ya ves,—continuaba diciendo—desde hace tiempo me consume una llama..."

Ella salió de la habitación apresuradamente, como si no quisiera escuchar las palabras de Bradley.

"Ya ve usted, Watts, los que estamos enamorados sufrimos más que los que están en la cárcel."

El intruso se caló la gorra y se dispuso a salir, no sin antes advertirle al actor: "Muévase antes de cinco minutos y puede darse por muerto"

Bradley lo oyó descendiendo las escaleras y luego llegó a él una exclamación propia de las fieras atrapadas. En ese instante se abrió la puerta del despacho y Jessica se lanzaba en la puerta de la escalera.

"Querida,—murmuró él en las mejillas—ese apunte no se te pasó!"

"¡Claro!"—respondió la muchacha. "Es de la cinta Britania. ¡La bandera al revés es señal de peligro en tierra y en mar! Todos los empleados del estudio esperaban al señor Watts en la puerta de la escalera."

"¿Recuerdas ahora el aljibe de nuestros secretos? ¿Nuestras esperanzas juveniles?"

Jessica Fenton se volvió un ángel en sus brazos, y ambos se besaron tiernamente, sin poder hablar.

# ROD IRIAN

DE LA POLICÍA INTERPLANETARIA

por PAUL HEPSON



¡LA JAQUECA ME DA ANGUSTIA INFINITA!

TOMA CAFIASPIRINA PUES, MI HIJITA!...

PREFIRO A ESTE DOLOR LA GUILLOTINA!...

Los dolores desesperan y amargan la vida, pero es un disparate sufrir pacientemente cuando existe un producto tan eficaz, tan rápido, y tan seguro como la Cafiaspirina. La Cafiaspirina no sólo alivia, sino que al mismo tiempo reanima y restablece el bienestar normal. La Cafiaspirina es un producto Bayer.

• Sea precavido: Tenga Cafiaspirina a mano!

# CAFIASPIRINA

alivia y reanima



# Los Conquistadores

Por LOUVRIEN GREGORY & GLENN CHAFFIN

**Panel 1 (Top Left):** NI LOS RICOS VALLES DEL MOHAWK QUE SE EXTIENDEN ANTE LA VISTA DE LOS EXPEDICIONARIOS LES LLAMAN LA ATENCIÓN SE DIRIGEN A UNA TIERRA DE MAYORES PROMESAS, DONDE ABUNDA EL ORO...

**Panel 2 (Top Middle):** ¡A LA VERDAD, HANK, ESTE ES UN VIAJE LENTÍSIMO! / POR LO MENOS, ESTAMOS AVANZANDO HACIA EL OESTE! / ME ESTABA ACORDANDO DEL JUGADOR "MISSISSIPPI" ¿CREEN USTEDES QUE VOLVERÁ A CAUSARNOS TRASTORNOS? / ¡BAH, CUANDO LOGRE SALIR DE LA CÁRCEL DE ALBANY, YA CASI ESTAREMOS LLEGANDO AL OESTE!

**Panel 3 (Top Right):** ESTÁ BIEN, NENE, PERO TEN MUCHO CUIDADO Y NO TE ALEJES MUCHO A LA ORILLA / ¡PRÉSTAME TU CUCHILLO, PAPA! ¡QUIERO HACER FLECHAS PARA MI ARCO!

**Panel 4 (Second Row, Middle):** MIRA A VER SI PREPARAS UNA FLECHA PARA EL PILOTO, QUE YA ESTOY CANSADO DE VER SIEMPRE EL MISMO PAISAJE. / ¡NO QUIERO DESEPERTARLO, HANK! ¡ESTÁ DURMIENDO DESDE ESTA MAÑANA!

**Panel 5 (Second Row, Right):** ¡CARAY, ESTE CUCHILLO NO SIRVE PARA NADA! ¡NO CORTA NI UNA HOJA!

**Panel 6 (Third Row, Left):** ESTA ES LA ÚLTIMA FLECHA. DEJA VER SI LOS INDIOS NOS ATACAN. / ¡MIRA LOS INDIOS, FRANK! ¡ESCONDANOS!

**Panel 7 (Third Row, Middle):** YO NO ME ESCONDO NI HUYO DE ELLOS. VOY A DISPARARLES!

**Panel 8 (Third Row, Right):** ¡¡¡O! ¡¡¡O! ¡¡¡O! / ¡¡¡YIP! ¡¡¡YIP!

**Panel 9 (Bottom Row, Left):** ¡NO ME SUJETE EL BRAZO, QUE TENGO MÁS FLECHAS! ¡NO VA A DETENER EL BOTE PARA PELEAR CON ELLOS?

**Panel 10 (Bottom Row, Middle):** ¡PERDÓNE ENTONCES! ¡HABLABAN TANTO DE QUE ERAN FEROCES, QUE YO CREÍ NOS ATACARÍAN!

**Panel 11 (Bottom Row, Right):** MIENTRAS TANTO, EL ESTAFADOR "MISSISSIPPI" HA INTENTADO ESCAPAR DE LA CÁRCEL DE ALBANY, TAL Y COMO HABÍA VATICINADO RAMSAY QUE LO HARÍA. ¿QUÉ SE PROPONE HACER?

**Panel 12 (Bottom Right):** (CONTINUARA)

Editors Press Service, Inc. 229 E. 42nd St., New York

# ALTAS son las SILUETAS



Nueva York.

**E**L TIPO ALTO y estatuario es en la actualidad el que está en boga en todas partes, acaso porque las más reputadas agencias de modelos solamente interesan los servicios de muchachas de 5 pies con 9 pulgadas de estatura, o quizás porque las mujeres altas más bellas del mundo parecen haber emigrado este año a los Estados Unidos para dedicarse a servir de inspiración a los pintores y a los dibujantes de ilustraciones para anuncios.

Es el hecho, sin embargo, que las muchachas de estatura diminuta están recurriendo a toda clase de resortes para aparecer altas, y lamentándose la mayor parte del tiempo de ser tan pequeñas. Dondequiera se las ve usando los ultramodernos estilos de calzado con base de

Consejos Provechosos Para las Muchachas Altas y Para las Que Quisieran Serlo de Acuerdo con la Moda Actual

Por Isabel Taves

corcho, hasta en la aristocrática Quinta Avenida, y según me avisan mis espías lo propio sucede en las playas de la Florida, donde este calzado se ha hecho popular con cualquier clase de indumentaria, desde pantalones cortos hasta vestidos de diario.

Otro de los síntomas de que la moda ha de imponerse a la larga es la actitud de las muchachas altas. Hubo una época en que este tipo de doncella llegó a doblar sus hombros para verse pequeña, y descartó por completo los tacones altos, hasta el extremo de que una amiga mía iba a los bailes con vestidos de cola y zapatillas de ballet, desprovistas en absoluto de tacón. En este momento revolucionario, la mujer alta se ha dado cuenta de que su estatura es un atractivo más y se viste para destacarse sobre la generalidad de las infortunadas que sólo miden el máximo de 5 pies con 5 pulgadas.

Bess Johnson, la rubia estrella de la Columbia Broadcasting Company, es una de las esbeltas criaturas emancipadas por las innovaciones de la moda. Yo había oído hablar mucho de Bess, pero no la conocía, hasta que hace algunas noches asistí a una de sus transmisiones en la CBS.

Me sorprendió — y me agradó también — descubrir que se trataba de una mujer alta. No de una estatura gigantesca, pero sí lo suficientemente elevada para que se la considerara como un tipo de muchacha "grande" hace algunos años, cuando lo chic era ser diminuta. Ahora prevalece la opinión unánime de que Miss Johnson es una chica encantadora y, si se quiere, fulgurantemente bella. Ella camina por entre los grupos de admiradores con gracia y majestad, y sin darse por aludida de las lisonjas del público. Cuando pasó por mi lado y vió a saludarme, no tuvo que andarme con ceremonias para plantearle el problema que me interesaba. Bess se expresó con un aire de sorpresa:

— Por supuesto que uso tacones altos y sombreros levantados! Lo único que no me gusta para mi tipo de mujer son los lazos y fruncidos, cosa que tampoco me hace falta porque tengo muchas actividades entre manos y necesito usar ropas sencillas de las cuales me pueda olvidar mientras hago mi trabajo profesional!.

**B**ESS figura en el grupo exiguo de artistas de la radio que no visten trajes sastrer nunca, porque realmente no le sientan bien a su silueta. Menos le sientan a su personalidad artística, que suele manifestarse en sus cabales cuando está frente al micrófono, interpretando su papel como si estuviera en un escenario.

Durante años los colores favoritos de esta cantante fueron el negro y el blanco, y todavía opina que nada es más elegante que un vestido negro acompañado de un abrigo de piel de coati y de un sombrero alocado y negro. Ultimamente, sin embargo, ha estado probando fortuna con colores al pastel, excepción hecha del rosado. Detesta de la ropa interior de este color y odia las flores color de rosa.

— Los colores al pastel — apunta — son muy novedos y respiran frescura primaveral, que es lo que necesito yo. En las ciudades donde generalmente resido, que son Chicago y Nueva York, la primavera a veces no hace acto de presencia sino muy tarde y por lo común hay que usar abrigo hasta casi fines de abril. De modo que para sentirme primaveral me visto con trajes de colores suaves, aun-



Bess Johnson: popular heroína de la radio.

que la temperatura sea invernal. Además, hay la ventaja de que las telas de colores al pastel pueden teñirse después de negro, y yo me cuento entre las que cultivan este hábito de aprovechar las ropas.

A pesar de ello, cree que la indumentaria de calidad es, a la larga, la más económica, y se siente satisfecha usando un mismo vestido dos o tres años, cosa que aprendió en los tiempos de las vacas flacas cuando era artista teatral. Con los sombreros se las compone de la misma manera. Compra buenos modelos y luego los altera según las circunstancias lo aconsejen. A medida que los va modificando se van achicando, de modo que al adquirirlos se cuida de que el tamaño sea bastante grande.

La teoría le ha dado excelentes resultados, pues posee un buen surtido de ropas. Es de las que profesan el culto del calzado y en su ropero hay docenas de modelos, todos muy sencillos y elegantes, sin ornamentación afectada. Posee también más de veinte batas de casa y continúa interesada en adquirir unas cuantas más.

Miss Johnson es un poco supersticiosa. Cuando viste ciertos y determinados trajes cree que se divierte más, y lleva su fanatismo hasta el extremo de confeccionar modelos parecidos al ponerse demasiado viejos los originales. Cada vez que va a transmitir programas regulares por la radio, lleva un pañuelo. El que tenía el día que la vi era blanco y negro, pero lo del color es lo de menos. Lo importante es tenerlo, y si se le olvida alguna vez no se acercará al micrófono hasta que el locutor le preste uno. Otra superstición: nunca se quita las sortijas.

Sus vestidos de noche predilectos son de corte ceñido y bajo, y de materiales suaves. Posee uno de satín carmelita oscuro que realiza mucho su elegancia natural. Otro de satín blanco, modelo griego, con plisados en forma de acordeón desde arriba hasta abajo. Cree que las muchachas altas no deben usar ropas muy suntuosas ni cabello corto, sino peinárselo arriba. De lo contrario, se ven desarticuladas con tanto guindalejo.

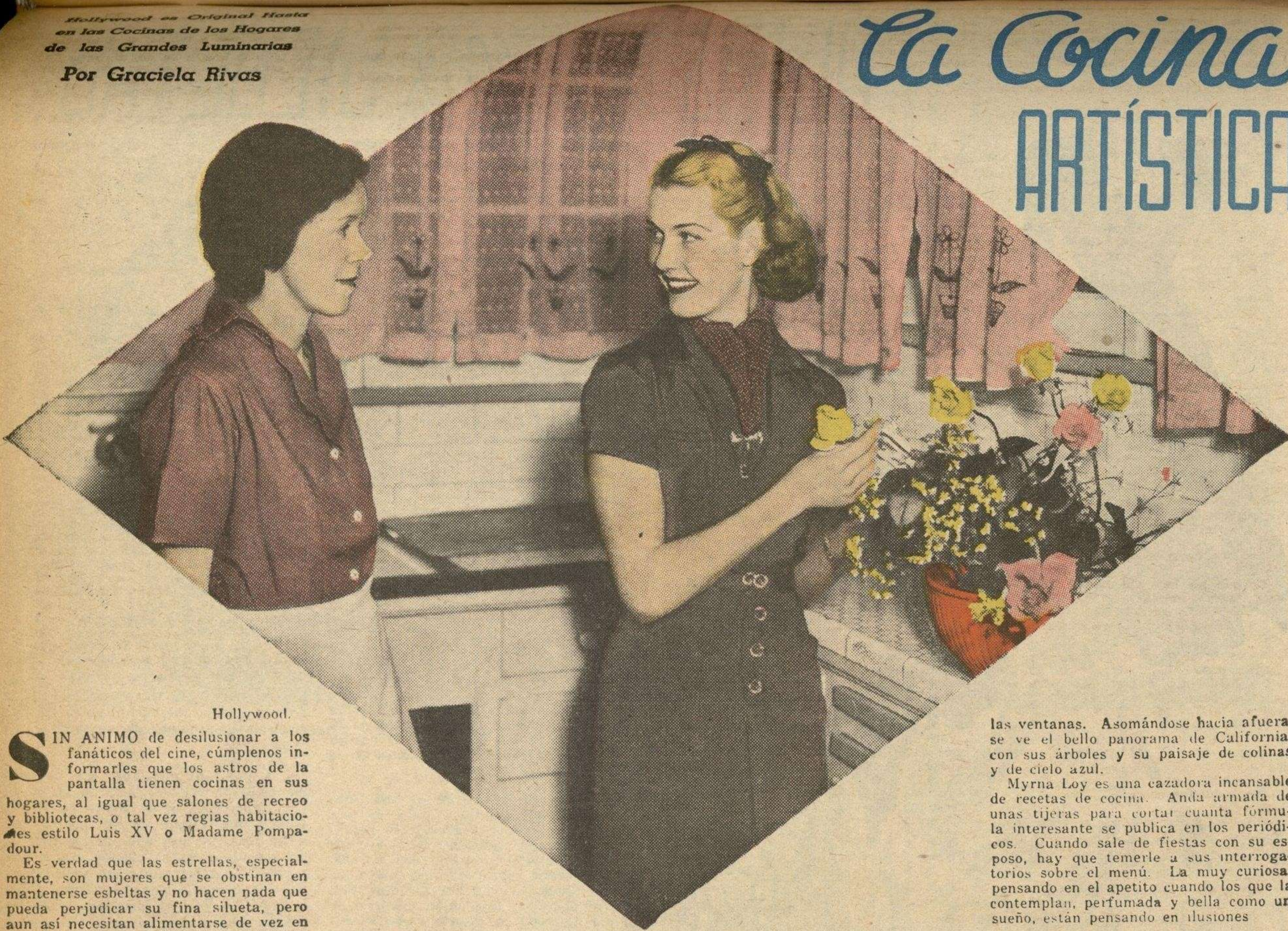
En cuanto al maquillaje, prefiere ser la imagen de la sofisticada: uñas rojas, muy poco colorete o ninguno, y pintura en los ojos. Para las pestañas usa dos cepillitos: uno para aplicarles la pintura, y el otro para limpiarlas y dejarlas nítidas.

A la izquierda: vestidos del ropero de Bess, bosquejados por Louise.



Hollywood es Original Hasta en las Cocinas de los Hogares de las Grandes Luminarias

Por Graciela Rivas



Hollywood.

SIN ANIMO de desilusionar a los fanáticos del cine, cúmples informales que los astros de la pantalla tienen cocinas en sus hogares, al igual que salones de recreo y bibliotecas, o tal vez regias habitacionales estilo Luis XV o Madame Pompadour.

Es verdad que las estrellas, especialmente, son mujeres que se obstinan en mantenerse esbeltas y no hacen nada que pueda perjudicar su fina silueta, pero aun así necesitan alimentarse de vez en cuando, y para cumplir esta misión biológica todavía no se ha inventado nada que sustituya a la cocina.

Entre toda la colección de Hollywood, nos parecen muy interesantes las cocinas de tres célebres del cine: William Powell, Myrna Loy y Jeanette MacDonald. Sonará un poco extraño que el grupo esté encabezado por un hombre, pero esa es la realidad. Powell es el único individuo que conocemos que ha hecho fabricar su casa alrededor de la cocina. Para levantar este monumento al arte de las manjares, no ha omitido el simpático galán ni esfuerzos imaginativos ni gastos. Más bien pudiera decirse que antes que el dinero necesario para montar dicho establecimiento se le agotó la fantasía a Powell y a un sinnúmero de ingenieros y arquitectos que fueron llamados a consulta. De otra manera, no habría sido posible concebir un conjunto tan perfectamente inconcebible.

Esta cocina extraordinaria funciona por completo por medio de la electricidad. Todos los aparatos, implementos, accesorios, aparatos, etcétera, que existen en el mundo para facilitar la labor culinaria, son de la mejor calidad y brillan como si fueran nuevos, pero todos fun-

cionan como por magia. Batidores, mezcladores, tostadores, exprimidores de frutas, exprimidores de vegetales, surgen a la vista de detrás de algún panel esmaltado y reducen la labor de preparar los platos a un simple funcionamiento de botones eléctricos. Las estufas y hornos, eléctricos, y hasta la distribución de los platos de la vajilla se hace por electricidad. Sinceramente no nos explicamos por qué tan ingeniosa combinación de artefactos no ha sido patentada por nuestro amigo el actor.

Los cubiertos reposan en un armario cuyas gavetas están guarnecidas de terciopelo negro, a estilo de las joyerías. Sobre el fondo exquisito del terciopelo, los criados pueden ver destacado cualquier error de distribución: es decir, si algún cuchillo ha tenido la osadía de invadir el sacrosanto recinto de las cucharas. Hasta los niños —las cucharillas y los tenedorillos de las ostras— se cuidan de no violar la regla inflexible de que los menores de edad no deben andar mezclados en asuntos de personas mayores. El abuelo de todos estos instrumentos es un enorme cucharón a cuyo

trono no es posible penetrar...

MYRNA LOY está casada con Arthur Hornblow, hijo, pero en repetidas ocasiones ha hecho papeles de esposa en las películas, y a veces el marido cinematográfico ha sido William Powell. Yo no sé, pero a mí me parece que cualquier mujer que haya visto las preciosidades de la cocina de la casa de William Powell se ha tenido que sentir con deseos de casarse con él. ¡Y sin embargo, hay quien ha sentido la necesidad de divorciarse de este mismo señor!

Myrna posee una cocina estilo vasconce en la que pasa parte del tiempo haciendo exquisitos platos con la ayuda de su marido, que es un perito en la preparación de postre francés. Esta pieza de la casa de los Hornblow-Loy es un rincón que rebosa alegría y primor. Está decorada con rojo laca y zarzas de oro en las paredes, de donde cuelgan brillantes ollas y cacerolas de cobre, o sartenes limpias como el cristal y recipientes rojos con adornos de geraneos. Hay servilletas y manteles rojos y blancos sobre el refectorio, y cortinas primaverales en

las ventanas. Asomándose hacia afuera, se ve el bello panorama de California, con sus árboles y su paisaje de colinas y de cielo azul.

Myrna Loy es una cazadora incansable de recetas de cocina. Anda armada de unas tijeras para cortar cuanto fórmula interesante se publica en los periódicos. Cuando sale de fiestas con su esposo, hay que temerle a sus interrogatorios sobre el menú. La muy curiosa, pensando en el apetito cuando los que la contemplan, perfumada y bella como un sueño, están pensando en ilusiones

ANTES que se nos acabe el espacio, hablemos de la hermosa cocina donde prepara sus alimentos la fulgurante Jeanette MacDonald. Es una sinfonía color de ante y azul, con cortinas de lienzo esbozadas a mano en los mismos colores que se encuentran repetidos en el linóleo del piso, en las paredes, en las ollas, utensilios y floreros, para darle al conjunto una expresión íntima y acogedora.

Jeanette es una ama de casa de probada eficiencia, que se ocupa diligentemente de ordenar las provisiones y los materiales necesarios para el servicio doméstico. Cada sirviente sabe allí lo que le corresponde hacer y lo cumple al pie de la letra, mientras que ella no tiene que devanarse los sesos sino supervisar el funcionamiento de la casa, con especial atención al aspecto de la cocina.

Uno de los orgullos de esta fascinadora artista es que vive en una mansión en la que todas las habitaciones tienen abundancia de luz y ventilación. Por cualquier ventana que el visitante se asome puede ver el paisaje suave y lleno de inspiraciones de esta tierra luminosa, que los norteamericanos consideran con justicia un lugar predilecto de Dios.

dad. Deje que toda la familia disfrute de este cereal tostado y cespso.

Con Kellogg's tomarán más leche

Las madres modernas notan que sus niños toman más leche cuando se la sirven con Kellogg's Corn Flakes crespas y tostadas. Cómprelas hoy mismo en cualquier tienda de comestibles.

EN un día normal, jugando y creciendo, un niño gasta energías fuera de proporción con sus años. Tengan eso en cuenta, madres, al planear las comidas de sus niños.

Para el desayuno, déles Kellogg's Corn Flakes... les proporciona rica energía inmediatamente y no fuerza la digestión. Sirva Kellogg's Corn Flakes con leche y azúcar. Están ya cocidas. Diez buenas porciones en cada bolso CERA-CERRADO, a prueba de hume-

EL PREFERIDO DE TODA MADRE MODERNA



# La Cocina ARTÍSTICA

# Myra Intrepida



EN EL LABORATORIO DE LING SIN, EL DR. WU LE HA MOSTRADO A JACK LANE Y A MYRA LA INTREPIDA CÓMO SE PRODUCE UN PERÍODO GLACIAL EN LAS REGIONES POLARES POR MEDIO DE INVENTOS MODERNOS



MYRA Y JACK CONTEMPLAN ASOMBRADOS EL EXTRAORDINARIO ESPECTÁCULO DE LOS HIELOS DEL ÁRTICO PRODUCIENDO OTRA HECATOMBE, GRACIAS AL EMPLEO DE CAÑONES ENORMES QUE HACEN EXPLOTAR LAS PARTÍCULAS DE POLVO.

PERO LING, ¿QUÉ SACA USTED CON JUGAR CON LAS FUERZAS DE LA NATURALEZA?

VEA VD: PRIMERO LE CAUSO PÁNICO A LOS PUEBLOS, Y SEGUNDO LOS HAGO CONCENTRARSE EN LAS ZONAS ECUATORIALES DEL GLOBO

¿Y, ENTONCES SERÁ FÁCIL PARA SU EXCELENCIA CONQUISTAR AL MUNDO?

¿HAS OÍDO, MYRA? NO SÉ SI ESTO ES LA VERDAD O UNA TERRIBLE PESADILLA!

¡TODO ES POSIBLE CON LA CIENCIA, JACK!

MYRA, TE HAN CAMBIADO LAS IDEAS? TU PUNTO DE VISTA ERA OTRO!

QUIZAS EL HONORABLE CABALLERO NECESITA TAMBIÉN EL TRATAMIENTO "B"...

NO, PREFIERO QUE EL SARGENTO ESTÉ EN POSESIÓN DE SUS FACULTADES NORMALES PARA EL RITUAL

¿QUÉ RITUAL, LING? ¿DE QUÉ ME HABLA?

SI SE DEVUELVE A SU HABITACIÓN PRONTO LO SABRÁ!

MIENTRAS TANTO, MYRA REGRESA AL LABORATORIO Y SE DEDICA A TRABAJAR...

INVESTIGANDO EN EL FONDO DEL AGUA, UN BUZO ESTA TOMANDO MEDIDAS MISTERIOSAS.

ES MUY RARO, SEÑOR WEN. HACE DÍAS ESTAMOS SONDEANDO EL AGUA Y NO ENCONTRAMOS LA PUERTA SECRETA...

DEBEMOS CONTINUAR COMANDANTE, AUNQUE TARDEMOS MESES. ESTOY SEGURO DE QUE ES EL SITIO.

SIN ESPERARLO, MYRA ES INTERRUMPIDA EN SU TRABAJO POR UN RUIDO EN EL TECHO.

¡CIELO SANTO! ÉSE RUIDO PARECE VENIR DE AFUERA!



## Bríndele energía vital con este desayuno saludable - nutritivo



# EL CONDE DE VILLAMEDIANA Y LA ESPOSA DE FELIPE IV



Casi leopoldos en cada paso, bajando la historia, con una serie de hombres que, al decir de sus biógrafos e incluso al de ellos mismos, no hubo en su tiempo mujer que les resistiera pues claváralos ellos los ojos y desvanecerse las infelices, todo era uno. Confesamos que nunca dimos gran crédito a estas noticias. Pero hoy cae en mis manos un curioso fibrillo que contiene una desfavorable apología de uno de estos hombres—el Conde de Villamediana,—precisamente en su aspecto de fascinador, y no resisto al deseo de calar a fondo al tal conde a ver qué hay, en estas gracias que se le atribuyen.

Pafece ser, que este caballero era juncal y gallardo en extremo. Y además estudió de chico humanidades y bellas letras, lo que le dió una rica parla y un discreto muy salado, cosas que siempre placen a las mujeres.

La primera mujer a la que intenta inflamar de amor es D<sup>a</sup> Magdalena de Guzmán y Mendoza, dama de alto copete, solterona y bella. Frisa la de Guzmán en los treinta y cinco y el conde acaba de cumplir los diez y siete. (Se ve que el muchacho aspira a altas empresas amorosas, pues la primera fortaleza a la que pone cerco está guarnecida con todas las armas de la sabiduría y la madurez). M<sup>a</sup> Magdalena, así que advierte la desapoderada pasión que ha despertado en el mozalbete, rompe a reír, entre halagada y burlesca, y le dice: —Conde, sería menester que os creciese el mostacho de improviso o que a mí se me fueran unos años de encima, como las dos imposibles. Pensad en una dantesca tierna y olvidad mi cortejo, pues casi podría ser vuestra madre.

Y dándole con el pañuelo en la cara, dejó plantado al galán.

Primer fracaso, que no hace sino redoblar sus ímpetus.

Cuatro años más, y el conde se casa, mejor dicho, lo casa su padre, por esas combinaciones y arreglos de familia, con D<sup>a</sup> Ana de Mendoza y de la Cerda, sobrina del Duque de Medinaceli. Más plata, por la reunión de las dos fortunas, pero de amor, ni un ochavo. El conde sigue con sus humos de conquistador, cosa que irrita a su esposa.

En 1608 lo desterraron de la corte, ¡Ya está! ¡Aventura tenemos! ¡Una dama de la reina—escribe un biógrafo—descenada por el conde, intrigó cerca del Duque de Lerma para que lo apartasen de Madrid, hablándole de no sé qué injurias y malignidades de que le había hecho objeto el poeta...

Nada de esto es verdad. A Villamediana lo desterraron de la corte porque jugando una noche, precisamente con el Duque de Lerma y con el Conde de Celvés, les ganó a los dos más de 20.000 ducados, y no queriendo jugar el desquite, fué el de Lerma y consiguió del rey el destierro de su afortunado compañero de naipes, so pretexto de que no hacía sino hundirlo con sus sátiras, incluso al propio monarca. Y cátese a D. Juan, camino de Valladolid.

Otra vez en Madrid, y a poco, nuevo destierro que le cae encima, ahora sí que por cuestiones de faldas.

Verán ustedes por lo que fué. Andaba Dor Juan por aquellos días que bebía los vientos por la Marquesa del Valle, gallarda matrona que ya no cumplía los treinta (por lo visto, le gustaban las hermosas hechas y derechas), y una tarde que fué con Don Luis de Góngora al Corral de la Pacheca a ver una comedia de Lope, divisó a la marquesa en animadísimo coloquio con el Duque de Uceda, al que odiaba. Como entre la dama y el poeta habían ya mediado más que requiebros, la cólera le subió a las barbas a nuestro galán, y allí mismo hubiera dado el gran escándalo de no ser por Góngora que lo contuvo. Pero así que terminó la comedia, esperó solo en las puertas del corral, y nada más apareció la marquesa y montar en su coche, echó a correr detrás de ella, y en cuanto la alcanzó, se le dio a darle que en poco la mató.

—¡Favor!... ¡A mí!... ¡Muerta soy!... —gritaba la pobre mujer.

Pero el conde seguía, y aún hizo más: le errancó de un tirón una gargantilla de perlas y unos zarzillos de brillantes, que le había regalado hacia poco,

Volvió al teatro Villamediana, pasó al cuarto de la comedianta Jerónima de urgos, y le entregó aquellas prendas, diciéndole: Toma. Se las acabó de arrancar a la marquesa para dárteles a ti. —Gracias, conde—suspiró zalamera la actriz.

—No hay de qué—gruñó el poeta.

Y así terminó el episodio en el que se echa de ver que el lírico conde no era muy delicado con las damas.

Como dijimos antes, esto le costó salir de Madrid, y ya no volvió a la corte hasta que, muerto Felipe III, se decretó lo que hoy llamamos una amnistía general, y al amparo de ella, pudo pisar de nuevo los Madriles, donde recuperó todos sus cargos y preeminencias e incluso consiguió que le nombraran camarero de la reina Isabel, aquella francesa tan linda, hija de María de Médicis, que hacía un año no más había dado su mano a Felipe IV.

Y aquí tenemos a nuestro Don Juan junto a la mujer que más había de influir en su vida y a la que debe, en la historia, sus mayores prestigios de tenorio. Vamos a ver si fijamos con cierto detenimiento esta aventura.

Empecemos por decir que Don Juan, a la media docena de veces que hinea su rodilla ante la soberana, se siente loco por ella.

Nos imaginamos la serie de miradas incendiarias, suspiros y gentilezas con que adobaría el conde sus momentos al lado de la reina. Como, a lo que parece, ésta se hacía la tonta, un día que le acompañó a la iglesia, al ver que Isabel depositaba en el altar una gran canti-

chado con Villamediana, prendió fuego a las telas, y allí fué de ver la de corridas; sustos y gritos que se originaron El conde, que estaba cerca, tomó en sus brazos a la reina, pretextando salvalla. Sobre tan importantísimo extremo, todavía no se han puesto de acuerdo los autores.

La condesa d'Aulnoy, una francesa muy entrometida, dice que sí.

Don José Pellicer, que no.

Don Luis de Salazar, que sí.

Góngora, que no...

Y así hasta el infinito. Allí ellos.

Un pajeillo que vió todo el truco—éste también dice que sí—fué y se lo contó al conde-duque, quien estaba un poco con la mosca en la oreja por lo del incendio, no dudando de que fuese todo una estratagemma del poeta.

Entetarse el rey de la martingala y querer allí mismo traspasar al desalmado, toco fué uno. Pero ahora fué el de Olivares el que aconsejó prudencia.

—Dejad esto a mi cuidado, señor. Yo le daré buen remate.

Y el remate fué que una noche cuando volvía en coche a su casa Don Juan, acompañado de Don Luis de Haro, salió un hombre de la oscuridad, «mandó parar el coche, llegóse a Villamediana y, reconocido, le dió tal herida que le partió el corazón. El conde, animosamente, y diciendo: Esto es hecho, empezó a sacar la espada, se arrojó a la calle para seguir a su matador; pero en aquel momento expiró.

Corrió al arroyo toda su sangre, y luego arrebatadamente, fué llevado al portal de su casa, allí próxima (la de los condes de Oñate, a la entrada de la calle Mayor, ya derribada) donde concurrió toda la corte a ver la herida. Su familia estaba atónita; el pueblo, suspenso; y con verle sin vida y en el alma pocas señales de remedio, tuvo su fin más aplauso que misericordia. Así describe la muerte de Don Juan su implacable enemigo, D. Francisco de Quevedo y, excepto la impiedad de las palabras, el pormenor es exacto.

Concurrieron por Madrid, relacionadas con este asesinato cábalas y conjeturas. Unos decían que el matador fué Ignacio Méndez, otros, que Alonso Mateo, balístico del rey. Pero todos los supuestos coincidían en un punto: en que su amor por Isabel le había dado la muerte.

Famosa es aquella décima de Góngora en la que se hace una clara alusión al impulso que armó el brazo asesino.

Dice así:

—Mentidoro de Madrid, decidnos, ¿quién mató el conde?

—Ni se sabe ni se esconde.

—Dicen discurso, discurre.

—Dicen que lo mató el Cid, por ser el conde lozano.

—¡Disparate chabacano!

La verdad del caso ha sido que el matador fué Bellido y el impulso soberano.

A estos versos contestó Lope de Vega con los siguientes:

Invencciones de Madrid, no busquéis quién mató al conde, pues su muerte no se esconde, con discurso discurre; que hay quien mató sin ser Cid al insolente Lozano, discurso fué chabacano y mentira haber fingido, que el matador fué Bellido, siendo impulso soberano.

En resumen, dicho de una forma o de otra, lo cierto es que al conde le cayó un venabio a los pocos días de lo del incendio, y que todos apuntan al rey y al conde-duque como inspiradores.

Y aquí termina la galante historia de nuestro primer «hombre fatal», que pasó sin pena ni gloria por el corazón de las damas.

Pedro Massa

Dió ella un ligero grito y exclamó: —¡Oh, señor, perdon! —No recuerdo tener nada que perderte—dijo.

—Pero señor... todas aquellas cosas que dijimos...

—¡Oh, te las perdono de todo corazón!

—Voy a decirle a mi madre...

—Ni una palabra—le ordené—. Ve a traer la comedia y nada digas a nadie sobre la presencia del rey en esta casa. Volvió a los pocos momentos, llena de curiosidad.

—¿Y Juan?—le pregunté, empezando a comer?— ¿Qué tal está?

—Apenas lo vemos ahora, señor.

—¿Por qué?

—Yo le dije que venía por aquí muy a menudo.

—¿Es decir que está enfadado y se oculta?

—Sí señor.

—¿Pero tú puedes hacerle volver por aquí?

—Es muy probable...

—¡Oh, sí! Yo sé lo mucho que tu vales y puedes! le dije, haciéndola ruborizarse de placer.

—Pero señor, no sólo es eso lo que lo aleja de Zenda. En el castillo tiene ahora mucho que hacer.

—Pero si el duque no está de caza...

—No, señor; pero Juan tiene a su cargo el servicio interior.

—¿Juan convertido en doncella de servicio?

La muchacha se desvivía por chismear un poco.

—Es que no hay allí nadie más que pueda hacerlo—repliqué—. Ni una sola mujer. Es decir, como criada, porque no falta quien oiga que... Pero es falso, sin duda.

—No importa; sepámos lo que dicen.

—Pues corre el rumor de que en el castillo habita una señora. Lo cierto es que Juan tiene que servir a los caballeros que allí residen ahora.

—¡Pobre Juan! No dejará de hallarse muy ocupado. Sin embargo, estoy seguro de que nunca le faltará media hora para venir a verte. ¿Tú lo quieres?

—No mucho, señor.

—¿Pero quieres servir al rey?

—Sí, señor.

—Pues entonces, mándale a decir que le esperas junto a la gran piedra que hay en el camino de Zenda al castillo, a la salida del pueblo, mañana a las diez de la noche.

—¿Piensa usted hacerle algún daño, señor?

—Ninguno, si hace lo que yo le ordeno. Pero creo haberte dicho lo bastante, linda muchacha. Cuida de obedecerme puntualmente y recuerda que nadie ha de saber que el rey ha estado aquí.

Habló con alguna severidad, porque nunca está de más infundir cierto grado de temor a las mujeres que nos quieren; y al propio tiempo suavicé la severidad de mis palabras haciéndola un valioso presente. Comimos, volví a embosarme y precedido de Tarlein me dirigí a donde nos esperaban los caballos.

No eran más de las ocho y media de la noche, había mucha gente en las calles para una población tan pequeña y era fácil ver que los buenos vecinos de Zenda comentaban noticias al parecer muy interesantes. Y no era extraño, porque con el duque por un lado y el rey por otro, Zenda les parecía indudablemente el centro de toda Ruritania. Recorrimos las calles al paso de nuestros caballos, pero los pusimos al galope tan luego salimos al campo.

—¿Quiere usted atrapar a ese Juan de que habla?—preguntó Tarlein.

—Sí; y conveñdrá usted conmigo en que he cebado bien el anzuelo. Nuestra bonita Dalila de la posada atraerá al Sansón del castillo. La precaución del duque Miguel de no tener mujeres en el castillo no basta, amigo, Tarlein. Para lograr completa seguridad se necesita que no haya faldas en cincuenta leguas a la redonda.

—Con que las haya en Estrelsau me basta—dijo el enamorado Tarlein dando un suspiro.

Subimos por la avenida que conducía a la villa Tarlein, y apenas pudo oírse desde ésta el paso de los caballos, salió Sarto apresuradamente a recibirnos.

—¡Gracias a Dios que vuelve usted sano y salvo!—exclamó—. ¿No ha asomado ninguno de ellos por el camino?

—¿De quiénes habla usted, coronel?—pregunté echando pie a tierra.

Nos llevó a un lado, para que no le oyesen los lacayos.

—Joven—dijo basta ya de cabalgar solo o poco menos por estos alrededores. No puede usted volver a hacerlo sin que le acompañemos media docena de nosotros. ¿Sabe usted lo que le ha pasado a Berstein?

El caballero de este nombre, uno de los

que Miguel. Hice que se retiraran todos, y Henzar, sentándose a mi lado, comenzó: —El rey está enamorado a lo que parece? —No de la vida, señor mío—contesté sonriéndome. —Más vale así. Pero estamos solos. Usted, Raséndil... —¿Qué es eso? ¿Cómo se entiende? —le dije en tono seco y arrogante, haciendo ademán de levantarme. —¿Quién ocurre?—preguntó. —Pues nada, sino que iba a llamar para que le trajeran a usted su caballo. Si ignora usted cómo dirigirse al rey, es indispensable que mi hermano elija otro embajador. —¿Para qué continuar esta farsa?—preguntó con suma indiferencia, sacudiendo con su latiguillo el polvo que cubría sus a las botas. —Porque la farsa no ha terminado todavía—repliqué—; y mientras dure me reserve el derecho de usar el nombre que mejor me cuadre. —Corriente. Lo único que me proponía hacer era hablarle con entera franqueza. Porque no le quiero a usted mal; es usted todo un hombre. —Por tal me tengo. Soy honrado con los hombres y honro y respeto a las mujeres, señor mío. Me dirigí una mirada iracunda. —¿Vive su madre de usted?—proseguió. —No; ha muerto. —Tanto mejor para ella—dije—, gozándose al oír la maldición que me lanzó entre dientes. Y ahora, oigamos ese mensaje. —Le había herido en lo vivo, porque todo el mundo sabía que Henzar había instalado a una querida en su propia casa y destruido el corazón de su madre, muerta de pesar. Toda su arrogancia desapareció por el momento. —El duque le ofrece a usted más de lo que yo le ofrecería—murmuré—. Mi opinión era que le mandase a usted la cuerda con que merece ser ahorcado, pero él se empeñó en darle un salvo conducto hasta la frontera y un millón de florines. —Pues entre las dos ofertas prefiero la de usted, señor mío. —¿Es decir que rehusa usted la del duque?

—¿Qué me dice usted! —Lo que oye. Después de comer se le ocurrió ir a dar un paseo por el bosque y a lo mejor divisó entre los árboles a tres hombres, uno de los cuales le apuntó con un fusil. Como estaba desarmado, echó a correr en dirección a esta casa, pero sonó un disparo, le atravesaron un brazo y cuando llegó aquí estaba a punto de caer desvanecido. —Hizo Sarto una pausa y continuó. —Esa bala, joven, le estaba destinada a usted. —Es muy probable—dijo—. Primera sangre a favor de Miguel. —Quisiera saber cuál de los dos tríos es el autor de esa hazaña—dijo Tarlein. —Sarto—dijo a mi vez—mi salida de esta noche tenía objeto importante, como lo verá usted más adelante. Pero, por lo pronto, puedo asegurar una cosa. —¿Y es? —Que creería corresponder muy mal a los grandes honores de que me ha colmado Ruritania si saliese del país dejando con vida a uno siquiera de los seis. Y con la ayuda de Dios me propongo limpiar de ellos al país. —Sarto al oírme estrechó mi mano.

—XII—



—Desde luego. —Así se lo dije a B. A. Y el bribón, que había recobrado todo su aplomo, me dirigió la más alegre de sus sonrisas. La verdad es, acá entre nosotros, que Miguel no sabe lo que es un caballero. —¿Y usted?—dijo—ríndome en sus barbas. —Yo sí. Corriente; pues le daremos a usted la cuerda. —Lo malo es que no vivirá usted para verme ahorcado con ella—observé. —¿Me hace V. M. el honor de buscarme querrela? —Para eso sería preciso que tuviera usted siquiera algunos años más. —No, me basto y me sobro para el caso—dijo con burlesca risa. —¿Cómo está su prisionero? ¿El rey? —Su prisionero, digo. —Ah sí! Había olvidado los desecados de Vuestra Majestad. Pues el preso vive todavía. —Dejó su asiento, le imité y sonriéndose dijo: —¿Y qué tal la bella princesa? Apuesto a que el próximo Elsbeg será rojo, por más que Miguel el Negro haga las veces de padre. —Di un salto hacia él, cerrando los puños. No retrocedió una sola línea y siguió mirándome con expresión y sonrisa insolentes. —Vete, antes de que te haga pedazos! —murmuré. —Me había pagado con creces la alusión a la muerte de su madre. —Lo que hizo después fué buena muestra de su increíble audacia. Mis amigos se hallaban a cincuenta pasos de distancia. Henzar ordenó a un lacayo que le trajese su caballo y despidió al criado dándole una moneda de oro. Yo permanecí inmóvil, sí sospechar cosa alguna. Fingió que iba a montar, pero volviéndose de repente hacia mí, con la mano izquierda en el cintillo y tendiéndome la diestra dijo: —Aquí está mi mano.



Me limito a inclinarme e hice lo que el hada previsto: crucé sobre mi espaldas. Rápida como el rayo brilló en alto su daga y se clavó en mi hombro; de no haberme apartado bruscamente no hubiera atravesado el corazón. Retrocedí lanzando un grito, salté en la silla sin tocar el estribo y salté disparado como una flecha perseguido por gritos y tiros de revólver, tan inútiles éstos como aquéllos. Me dejé caer en mi sillón, mirando cómo el malvado desaparecía al extremo de la avenida. Después me rodearon mis amigos y perdí el conocimiento.

Supongo que me llevaron al lecho donde pasé muchas horas de las que nunca conservé el menor recuerdo. Era de noche cuando recobré el conocimiento y vi a Tarlein a mi lado. Me sentía débil y fatigado, pero Tarlein se apresuró a darme la buena noticia de que mi herida curaría pronto y que entre tanto todo iba bien, pues Juan el guardabosque había caído en el lazo que le tendimos y se hallaba en nuestro poder.

—Y lo más raro es—continuó Tarlein—que no parece muy contrariado, de verse aquí. Sin duda se dice que le tiene más cuenta no figurar como testigo del crimen que Miguel prepara con el auxilio de sus seis matachines.

Aquella idea me hizo concebir muy buenas esperanzas de la cooperación de nuestro prisionero. Dispuse que me lo traieran en seculda y pronto llegó acompañado de Sarto, que le hizo tomar asiento junto a mi lecho. Estaba atemorizado, pero también nosotros abríabamos nuestros ojos después de la tentativa de Ruperto Henzar, y Sarto cuidó de tenerlo muy al alcance de su revólver mientras duró la entrevista. Al entrar tenía atadas las manos, pero inmediatamente hice que lo desataran.

No detallaré todas las garantías y recompensas que le ofrecimos y que en su día fueron cumplidas religiosamente, de suerte que hoy vive con holgura, aunque no diré dónde. Era más débil que pervervo y muy pronto nos convencimos de que hasta entonces había obrado por temor al duque y a su hermano Máximo, más que por adhesión a la causa de aquí. Pero todos estaban convencidos de su lealtad, y aunque ignoraba los planes secretos de su amo, su conocimiento de la disposición interior del castillo y de las medidas tomadas en él, lo hacían un auxiliar precioso. He aquí en breve, los informes que nos proporcionó.

Debajo del piso del castillo había dos pequeñas celdas labradas en la roca viva, a las cuales se llegaba por medio de una escalera de piedra que comenzaba a un extremo del puente levadizo. Una de dichas celdas carecía de ventanas y había que tener siempre en ella velas encendidas. La segunda tenía una ventana cruzada que daba al foso. En esta celda velada siempre, de día y de noche tres de los seis, con orden de defender la puerta que daba a la otra celda, en caso de ataque, mientras les fuera posible; pero dado que los asaltantes parecieran próximos a triunfar, Henzar y Dechart, uno de los cuales se hallaba siempre allí tenía orden expresa del duque de separarse de sus compañeros, entrar en la celda inmediata y matar al rey. Allí estaba preso éste, bien tratado hasta entonces, pero sin armas y atados los brazos con delgadas cadenas de acero que apenas le permitían moverlos. Es decir, que antes de franquear nosotros la segunda puerta habría muerto el rey. ¿Y su cuerpo? No sería éste la prueba más clara y comprometedora del crimen de Miguel?

—No, señor—dijo Juan—. S. A. ha pensado en eso, y el asesino del rey no tiene más que abrir la reja de hierro que encierra la ventana de la celda, reja cuyo marco gira sobre goznes. El hueco de la ventana está hoy obstruido por un enorme tubo capaz de dar paso al cuerpo de un hombre y cuyo extremo opuesto llega precisamente hasta la superficie del agua que llena el foso. Muerto el rey, su maldador arrastra el cuerpo hasta la ventana, le ata un peso de plomo que allí tienen preparado y desliza el cadáver por el tubo hasta el agua del foso, que mide allí veinte pies de profundidad. Hecho esto, da un grito que sirve de señal a los otros, se arroja a su vez por el tubo, le siguen los demás si pueden, y mientras el cuerpo del rey va derecho al fondo del foso, los asesinos nadan hacia la orilla opuesta, donde varios hombres tienen orden de esperarlos con cuerdas para sacarlos del agua y caballos para huir, si no queda otro recurso. En este caso Miguel huiría también con ellos. Pero si les quedase alguna esperanza de triunfar, volverían al castillo y cogerían a sus enemigos en las dos piezas subterráneas, como en una trampa. Este es el plan de S. A., pero sólo se propone emplearlo en último extremo porque su intento es no matar al rey hasta no haberlo matado a usted, o hasta tener la seguridad de que podrá despacharlo poco después de muerto el rey. Y ahora, señor, le ruego que me proteja, porque si el duque Miguel llega a saber lo que he hecho, no habrá tormento bastante cruel para mí.



Por el relato de Juan, que completamos con nuestras preguntas, supimos también que en caso de ataque al castillo por una fuerza numerosa, como la que el rey podía reunir, sus defensores renunciarían a toda resistencia, limitándose a matar al rey y arrojar su cadáver al fondo del foso. Pero en lugar de huir los asesinos, uno de ellos debía cupar el lugar del rey en el calabozo y pedir a los asaltantes favor y justicia a grandes gritos; llamando entonces Miguel, declararía que el preso había ofendido a la señora de Maubán y por eso sufría aquel castigo; y que él, el duque, se alegraba de tener aquella oportunidad para aclarar lo ocurrido en la fortaleza y contradecir y disipar ciertos rumores que habían circulado acerca de la presencia de un misterioso prisionero en el castillo de Zenda. Burlados entonces los invasores se retirarían, permitiendo al duque disponer con toda calma del cuerpo del rey.

Sarto, Tarlein y yo en mi lecho oíamos con horror aquellos detalles de la maldad del duque y de la audacia de su plan. Fuese yo al castillo ocultándome o en pleno día, solo o al frente de mis tropas, el rey estaba condenado a morir antes de que yo pudiera acercarme. Si Miguel me vencía todo acababa allí, pero de ser yo vencedor no tendría medios de castigarlo, ni demostrar su culpa sin descubrir también la mía. Pero por lo pronto sería yo rey, ¡rey! pensamiento que hacía latir mi corazón apresuradamente; y el porvenir se encargaría de decidir en la lucha entre él y yo. Hasta entonces me había inclinado a creer que el duque gustaba de dejar a sus amigos los peligros de la empresa; pero desde aquel momento comprendí que se reservaba la dirección de la misma, y que no le faltaban ni audacia ni astucia.

—¿Conoce el rey esos detalles?—pregunté.

—Mi hermano y yo—contestó Juan—colocamos el tubo, dirigidos por el señor de Henzar, que estaba de guardia aquel día. El rey preguntó lo que aquello significaba y el señor de Henzar le contestó riéndose que era una nueva «Escala de Jacob», por la cual, como dice la Biblia, pasan los hombres de la tierra al cielo; y que si llegase el caso de hacer el viaje, aquel camino sería más propio de un rey, que pasaría por la comodidad, sin verse expuesto a las miradas de los curiosos. Después soltó otra carcajada y pidió al rey permiso para volver a llenar su vaso, porque S. M. estaba comiendo. Valiente como es el rey y como lo son todos los Elsbeg, palideció al mirar el siniestro tubo y oír al villano que así se moraba de él. ¡Ah, señores!—acabó diciendo Juan.—En el castillo de Zenda le cortan la cabeza a un hombre con tanta frescura como juegan una partida de cartas; y precisamente ese Henzar es el más cruel de todos... y el más temible también cuando hay mujeres cerca.

Cesó de hablar el guardabosque y dispuse que Tarlein diese orden de vigilarlo cuidadosamente. Pero antes de que se lo llevaran le dije:

—Si alguien te pregunta si hay un prisionero en Zenda, puedes contestar que sí, pero si te preguntan quién es, cállate. Todas mis promesas no podrían salvarte la vida si alguien llegase a saber que el rey está en el castillo. ¡Yo mismo te mataría como un perro si la verdad se sospechase siquiera en esta casa!

Cuando hubo salido miré a Sarto. —¡Difícil empresa, amigo!—le dije. —¡Tanto—respondió moviendo pensati-

vamente la encanecida cabeza que, según toda probabilidad, dentro de un año seguirá usted siendo rey de Ruritania. Y dicho esto desahogó su cólera lanzando una sarta de maldiciones contra Miguel el Negro.

—Mi opinión es—dije reclinándome en las almohadas, que sólo tenemos dos medios de sacar al rey vivo de Zenda.—El uno es lograr que los amigos del duque le hagan traición...

—Prescinda usted de ese medio—dijo Sarto.—Veamos el otro.

—¡Pues el otro—dije—, es ni más ni menos que un milagro del cielo!

—XIII—

Grande hubiera sido la sorpresa del buen pueblo ruritano si hubiera podido oír la conversación que acabo de transcribir, porque según las noticias oficiales yo me había herido con un venabulo durante una cacería. Por orden mía el primer boletín oficial hizo constar que la herida era algo grave, lo cual ocasionó viva sensación en Estrelaus y produjo el triple resultado siguiente, que yo estaba lejos de esperar: primero, ofendió gravemente a los médicos de la corte, prohibiéndoles que vinieran a mi lado, a excepción de un joven cirujano amigo de Tarlein, en quien podíamos confiar; segundo, el general Estrakenz mandó a decirme que, a pesar de sus órdenes y las mías, la princesa se disponía a salir para Tarlein escoltada por él (noticia que, a pesar de lo alarmante que era, me llenó de alegría y orgullo); y tercero, que mi buen hermano el duque, perfectamente enterado de la procedencia de mi herida, creyó que mi estado era grave y que se hallaba en peligro mi vida.

Esto último lo supe por Juan, en quien tuve que confiar, mandándole volver a Zenda, donde Ruperto Henzar le hizo dar de latigazos por el crimen de haber pasado toda una noche fuera del castillo, entegusado por alguna mozueta del pueblo. Aquel castigo aumentó el odio de Juan hacia Henzar y el duque, y me respondió de su auxilio y lealtad más que cuanto hubiera podido hacerlo todas mis ofertas y promesas.

Poco diré de la legada de Flavia. Es aquel un recuerdo que no puedo renovar sin dolor. Nunca olvidaré su alegría al verme casi restablecido y no moribundo como temía; y sus quejas y reproches por no haber confiado en ella y decirle la verdad, justificada en parte los medios de que me valí para aplicarla. Su presencia fué para mí, en aquellas circunstancias, lo que la vista del cielo para el condenado réprobo, y tanto más dulce porque yo sabía la suerte casi inevitable que me hubiera impedido volver a verla sin aquella su última visita. Dos días pasé con ella en completa inacción, al cabo de los cuales el duque de Estrelaus tuvo a bien anunciar que me había preparado una partida de caza.

Se acercaba el momento decisivo. Sarto y yo habíamos acordado, tras ansiosas conferencias, arriesgar el golpe; atrámandonos en esta resolución las malas noticias que Juan nos daba sobre la salud del rey, que palidecía y se debilitaba con aquel prolongado encierro. En mi opinión, rey o no, la muerte instantánea recibida de un balazo a una estocada era

preferible mil veces a la lenta agonía que esperaba al joven soberano en su lecho. Desde este punto de vista importaba obrar prontamente a favor del rey; pero no menos interesado estaba yo en ello por cuenta propia. Estrakenz insistía en la necesidad de mi inmediato matrimonio al cual me impulsaban también mis deseos, hasta el punto de hacerme vacilar en la senda del deber. No me creía capaz de faltar a éste, pero si podía ocurrirme huir, abandonar el país, lo cual hubiera significado la ruina de los Elsbegs. Es más; como no soy santo (dígame mi cuñadita), podría llegar a momentos de ofuscación que me hiciera cometer una falta irreparable.

Jamás había ocurrido caso semejante en la historia de ningún pueblo. El hermano del rey y el que personificaba a éste en el trono, empeñados en una guerra a muerte, disputándose la persona del verdadero rey, sin que el país se diera cuenta de ello, en medio de la más profunda paz y a las puertas de una población tranquila y confiada. Y, sin embargo, tal era en aquellos momentos la situación entre el castillo de Zenda y la morada de los Tarlein. Cuando recuerdo ahora aquella época me pregunto si estuve loco. Sarto me ha dicho después que por entonces yo no admitía intervención alguna ni aceptaba consejos de nadie; que me conduje como rey absoluto de Ruritania.

Por ninguna parte veía solución que pudiera hacerme atractiva la vida y, por lo mismo, la arriesgué de la manera más temeraria. Al principio trataron de protegerme, quisieron evitar que me expusiese al peligro; pero cuando comprendieron que mi resolución era inquebrantable se dijeron, dándose o no cuenta de la verdad, que el único medio era fiarlo todo a la suerte y dejarme llevar adelante, a mi manera, la lucha mortal emprendida contra Miguel.

A la noche siguiente dejé muy tarde la mesa en que acababa de comer en compañía de Flavia y la conduje hasta la puerta de sus habitaciones. Allí besé su mano y me despedí de ella deseándole tranquilo reposo. Inmediatamente cambié de traje y salí. Sarto y Tarlein me esperaban con tres hombres y los caballos. Sarto llevaba consigo una larga cuerda y ambos iban bien armados. Cuanto a mí, sólo tenía una pequeña maza y un agudo puñal. Dimos un largo rodeo para no cruzar el pueblo y al cabo de una hora subíamos la cuesta que conducía al castillo de Zenda. Era la noche oscura y tormentosa; el viento soplabá con furia agitando los árboles y llovía a cántaros. Llegados a un bosquecillo no muy distante de la fortaleza dispuse que nuestros tres acompañantes se quedasen allí con los caballos. Sarto tenía un silbato con el cual podía llamarlos en mi auxilio, pero hasta aquel momento nadie nos había visto ni aparecía señal de peligro. Yo tenía la esperanza de que Miguel siguiera

bre encargado de tramar el plan destinado a combatir con el formidable trust dirigido por Rockefeller.

Advirtió que era imposible vencer a los Estados Unidos en el dominio de la técnica y se entregó entonces a la batalla fantástica y desesperada de la especulación. Un bloque europeo-asiático y la unión de todas las compañías independientes paralizaron la marcha de la poderosa y absorbente Standard Oil Company.

Se cuenta que, en cierta oportunidad, le oyeron decir a Rockefeller, refiriéndose al Emperador del Oro Negro:

«Sino no fuera por Deterding»...

Por fin, se firmó la paz con Norte América, en la lucha por la posesión del petróleo mundial. Después de una visita a Londres, donde se realizó una conferencia, Mr. Teagle, director general de la Standard Oil Company y representante de Rockefeller, declaró: «En la primera vez en la historia del petróleo que los grupos internacionales han arribado a una entente».

Pero la paz no duró mucho. Un día supo que una sociedad fiscalizada por los truts de Rockefeller había firmado con Moscú un contrato de cinco años para la entrega del petróleo ruso.

Según Deterding, ese petróleo le pertenecía porque lo había comprado a Rusia y Francia antes de la guerra. El hombre de negocios financiero que cohabitaba en la personalidad del multimillonario holandés, se sublevaron al mismo tiempo. De sus labios brotaron palabras de indignación: «El petróleo soviético es petróleo robado que ninguna persona que se respete tiene derecho a comprar. Quien negocia con los soviets atenta contra la moral, sostiene el bocheviquismo, prepara la revolución mundial».

Sin embargo, entre esas frases de Deterding y sus procedimientos ulteriores existió una evidente divergencia. Con pruebas irrefutables se afirmó en los medios petroleros que varias sociedades fiscalizadas por el trust Deterding sostuvieron relaciones comerciales con los soviets y compraron, entre los años 1921 y 1925, medio millón de toneladas de petróleo que, al decir de Deterding, era robado».

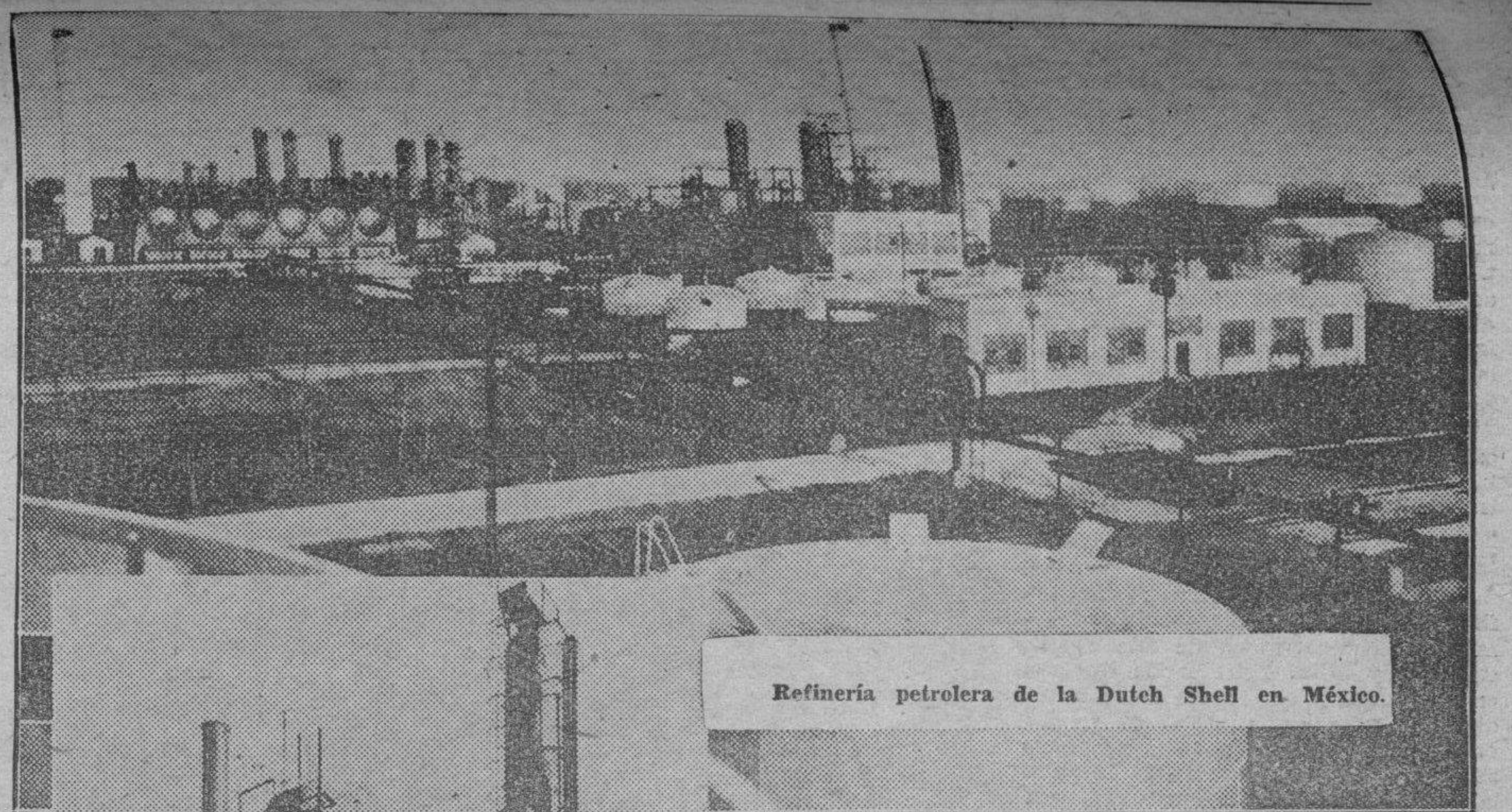


Deterding, acompañado por otros dos señores del petróleo en ocasión de una conferencia. El del centro es Teagle, presidente de la Standard Oil, y el de la derecha, Cadman, presidente de la Anglo-Persian.

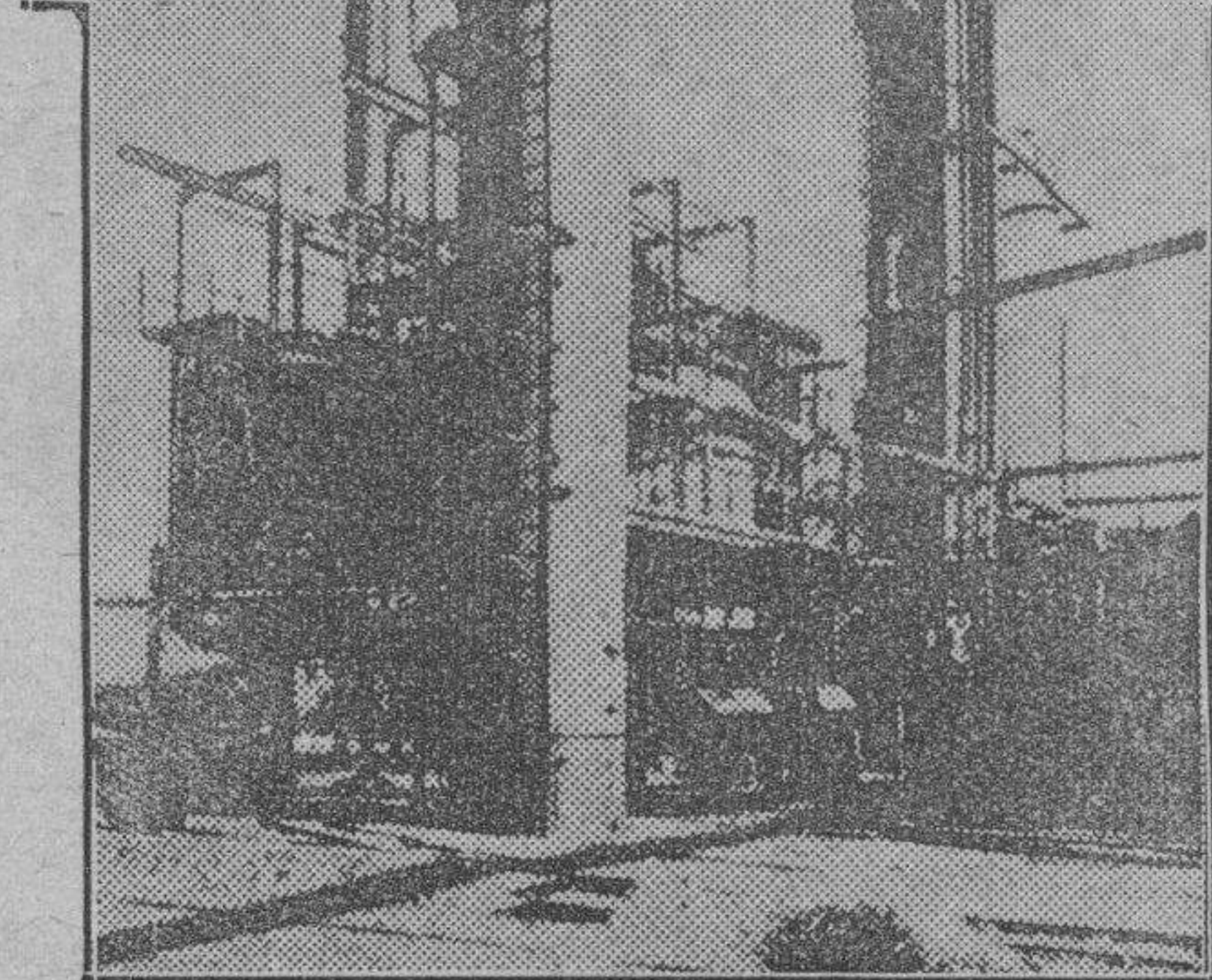
Le antedicho prueba, de manera incontestable, la seguridad del director de la Royal Dutch con respecto a la pertenencia de las fuentes de materia inflamable en el territorio ruso. Un financiero de la reconocida habilidad de Deterding iba a comprar lo que le habían robado los rojos.

Por otra parte, se sabe que el audaz hombre de negocios, aprovechando una crisis angustiosa de la economía de Rusia, ofreció a dictadores de Moscú la compra de los célebres pozos de Bakú en varios millones de libras esterlinas. Los rojos parece que no le contestaron.

Durante la guerra mundial, el pe-



Refinería petrolera de la Dutch Shell en México.



que el director de la Royal Dutch se había encandilado con la rara belleza de otra mecanógrafa, con quien cambió cierta tarde algunas amables palabras al cruzar una de las oficinas, de paso hacia el salón del directorio.

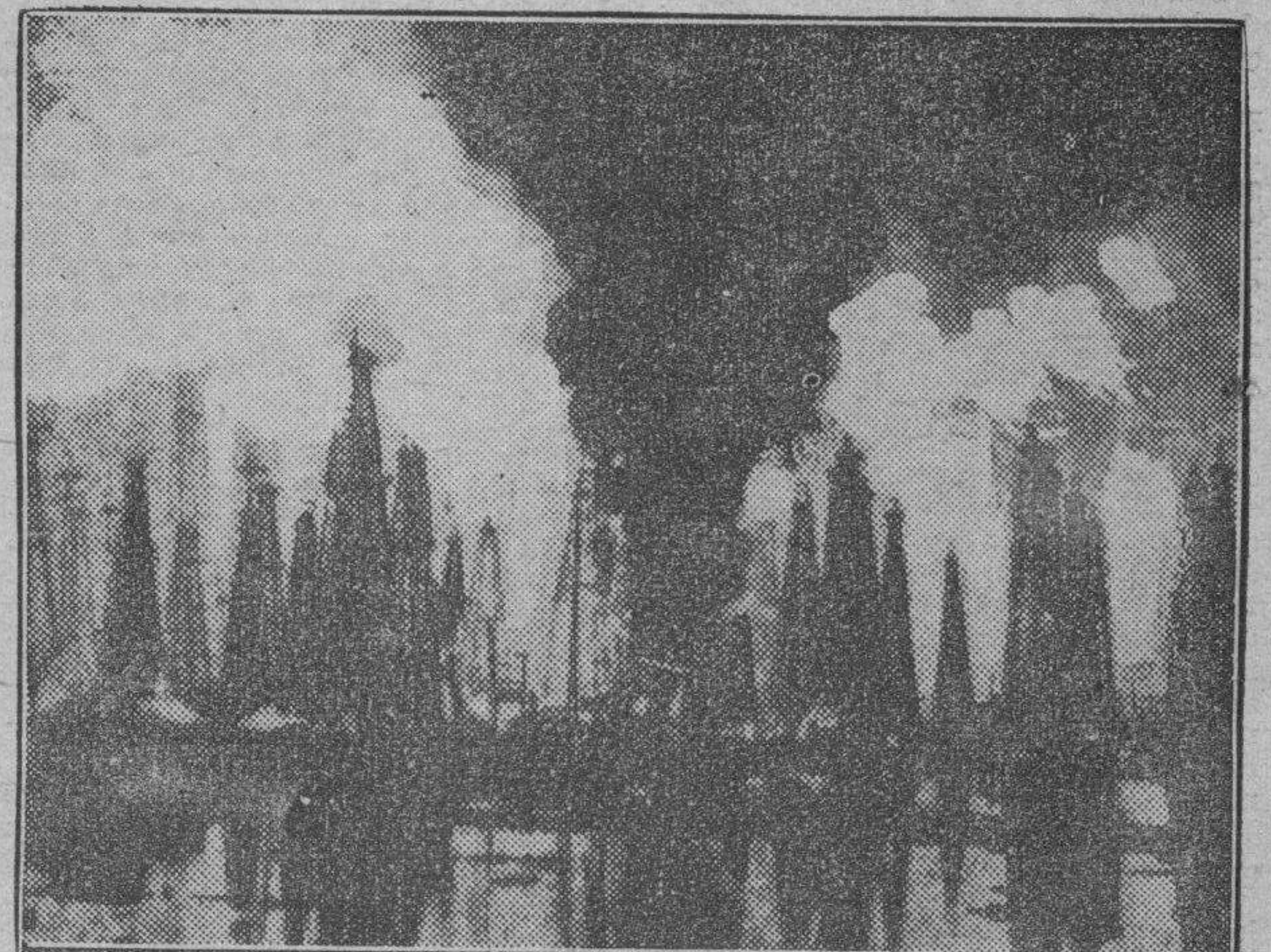
El mismo Deterding se encargó de confirmar cuánto había de cierto en esos rumores, al casarse con la dactilógrafa de encantos exóticos. Esta parecía la última aventura matrimonial del emperador del petróleo.

Presunción falsa. Una vez más el alborozado del escándalo golpeaba la atención de París. El millonario se divorciaba por tercera vez. Se dijo que en esa ocasión tenía causas bien fundadas para hacerlo...

Y ahora insiste... con otra dactilógrafa. Se trata de su secretaria privada. Ha partido con ella hacia la Rivera para vivir la emoción de otra luna de miel. Ha partido, llevado por esa extraña predestinación que une su vez a al fresco encanto de las muchachitas, que ponen sus deseos sobre el teclado de las máquinas de escribir.

Después de tantos ensayos, puede que éste sea el matrimonio definitivo del potentado octogenario. Sin embargo, no extrañaría mucho si se viera dentro de algún tiempo, en los diarios parisienses, el siguiente aviso:

«Dactilógrafa joven y bonita, se necesita. Dirigirse a la Royal Dutch».



Una vista de algunos pozos e instalaciones de la Royal-Dutch atacados por el fuego





Henry Deterding, muestra un aspecto bastante saludable, pese a sus 80 años de edad recién cumplidos.



# HENRY DETERDING, EMPERADOR DEL ORO NEGRO

**S**IR Henry Deterding no es el rey sino el emperador del petróleo. Si Rockefeller se enterase de este título que París le confirió a su rival, seguramente su vanidad herida le haría agitar con rabia aun en su tumba, el inevitable palo de golf.

Todos los grandes hombres tienen sus debilidades. En verdad, no me atrevería a calificar de grandes hombres a Deterding y Rockefeller, por más que el oropel de sus millones haya abrillantado sus nombres con un relumbro de fama. Pero lo cierto es que ambos tienen también sus debilidades, como cualquier gran hombre. Y una, en especial, que predomina sobre las demás. La de Rockefeller era su vanidad. La de Deterding, las dactilógrafas.

Aún no se sabe qué extrañas razones determinan en el poderoso dueño de la Royal Dutch una inclinación afectiva tan intensa hacia las mecanógrafas. Lo indudable es que su preferencia, de tinte perfectamente cinematográfico, hacia las damitas inclinadas sobre las máquinas de escribir en la austeridad de las oficinas de la Royal Dutch, ha previsto a la avidez parisiense de un codiciado manjar para las habladurías.

En ese sentido, tres casamientos de Deterding, fueron otros tantos toques de atención para el ambiente de París. Tres casamientos realizados en intervalos de tres o cuatro años y todos con dactilógrafas. Evidentemente: para el famoso millonario disponen de un atractivo especial las artistas de la máquina, de escribir.

esas planistas del teclado metálico, que ejecutan magistralmente sus errores de ortografía.

La historia financiera de Henry Deterding, es sumamente conocida, puesto que el Emperador del Oro Negro ha pasado a ser, en los hogares europeos, el ejemplo clásico con que los padres tratan de avivar la ambición de sus hijos.

Spatular Deterding estaba empleado, a los 12 años, en la casa de un pintor de rótulos. Poco más tarde, pasaba a las órdenes de un agente de cambio en el puerto. Después tentó la suerte en diversas actividades, pero no hallaba su ruta propicia. La siguió buscando angustiosamente, acuciado por el espíritu de riqueza que le había comunicado su padre, un sencillo holandés que no pudo realiar en el Transvaal su quimera de fortuna monetaria.

En ese afán, esa angustia de atesorar dinero, fué la única herencia de Spatular Deterding. En cambio, no parecía haber

heredado mucho del espíritu aldeano de sus antecesores holandeses. En el siglo XVIII, un Deterding asombró a sus compatriotas con sus prodigios de jardinería. Guillermo de Orange, según cuenta la tradición, le compró el secreto de la cría de tulipanes, que producía de manera maravillosa.

Deterding, alma fría y en extremo calculadora, no se conmovió nunca ante el esplendor de aquellos tulipanes, que eran sólo la historia de su familia. Además: tampoco le quedó tiempo para los, según él, reputados como menesteres inútiles, y, sobre todo, por que estaba como cegado por el esplendor del oro.

Una afortunada operación bursátil inició su actividad en el complejo mundo de la especulación; su ingreso en la compañía petrolera Royal Dutch le señaló la ruta definitiva de sus ambiciosas avasalladoras.

Por aquellas fechas, Inglaterra, interesada en vastas operaciones petrolíferas, asistía a los esfuerzos de la América del Norte, que después de competir con su flota petrolera, se apoderaba, lenta, pero persistentemente uno a uno—de todos los yacimientos existentes en el mundo. Los financieros británicos estaban positivamente armados.

Era necesario oponer una valla a ese avance tremendo y fué Deterding el hom-

Tampoco, donde las empresas de Deterding han sido expuestas.

deprevedo, creyéndose postrado todavía en el lecho. Llegamos sin tropiezo a la cumbre y a la orilla del anegado foso. Sarto, sin perder momento, saltó al tronco de un árbol inmediato al foso. Yo me quité las botas, tomé un trago de licor, estreché las manos de mis dos amigos, sin hacer caso de la mirada suplicante de Tarlein, y después de asegurarme de que el puñal salía fácilmente de la vaina, así la maza con los dientes y me aproximé al foso; iba a inspeccionar la «Escala de Jacob».

Con ayuda de la cuerda me deslicé suavemente en el agua, nada fría, porque el día había sido muy caluroso. Crucé a nado el foso y seguí nadando junto a los altos muros de la fortaleza, sin ver más de tres varas de distancia y con muy buenas esperanzas de no ser descubierto. En la parte nueva del castillo se veían algunas luces y oí también risas y cantos, pareciéndome distinguir entre las voces la de Ruperto Hénzar, a quien me figuré excitado por el vino. Descansé un momento, y orientándome nensé que, si la descripción hecha por Juan era exacta, debía hallarme en aquel momento al pie de la ventana que buscaba. Volví a nadar lentamente y a tres varas vi una sombra, era el enorme cilindro que saliendo de la ventana, llevaba a flor de agua. Su diámetro era aproximadamente doble que el cuerpo de un hombre. Iba a acercarme más cuando divisé al otro lado del tubo la proa de un bote.

Mi corazón latía con violencia y permanecí inmóvil. Escuchando atentamente oí en el bote un rumor como el de una persona que cambiase de posición. ¿Quién era aquel hombre encerrado de guardar la invención diabólica de Miguel? ¿Estaba despierto o dormido? Platé maquinalmente la mano al mango de mi daga y al propio tiempo miré con alegría que hacía pie. Los alientos del castillo proyectaban hacia el foso formando un borde de unas quince pulgadas, sobre el cual pisé ambos pies, con agua hasta el pecho. Después me incliné y miré por debajo del tubo.

En el bote vi a un hombre y a su lado brillaba el cañón de un fusil. ¡Era el centinela! Permanecía inmóvil y a poco pude oír su respiración, fuerte y acompasada. ¡Dormía! Arrodillándome sobre el reborde adelanté el cuerpo por debajo del tubo, hacia el pecho del hombre a media vara del suyo. Era Máximo, un obrachón, hermano de Juan. Deslicé la mano hasta el cinto y saqué el fusil. El recuerdo de aquel momento es el que más me recuerda en mi vida y no quiero ni pensar si fué aquel un acto varonil o una traición, o único que me dije fué: «Es esta una guerra a muerte y de mí depende la vida del rey». Llegué junto al bote, respirando apenas. Fijé los ojos en el punto donde quería descargar el golpe y alcé el brazo armado. El centinela hizo un movimiento y abrió los ojos: los abrió desmesuradamente, mirándome con expresión de terror intenso y empuñó el fusil. Descargué el golpe. Y desde la orilla omeata oí el coro de una canción de amor.

Dejando a mi víctima en el bote, me volví hacia la «Escala de Jacob». Tenía poco tiempo disponible. Además, de un momento a otro, podían venir a relevar al centinela. Inclinéme sobre el tubo lo examiné desde el punto en que proyectaba del agua hasta su extremidad superior, que parecía hundirse en el mazo de la maza. No presentaba la menor solución de continuidad; pero mi corazón latió precipitadamente al notar que, por su parte superior, donde entraba en el hueco del muro, se deslizaba un tenue ravo de luz. ¡Aquella luz procedía de la celda del rey! Anové el hombro contra el tubo y el intersticio por donde salía la luz se ensanchó perceptiblemente algunas líneas. Desistí en seguida; aquella prueba me bastaba para convencerme de que el tubo no estaba sólidamente adherido al muro por su parte superior.

Entonces oí una voz brusca que decía: —Y ahora, si V. M. no desea mi compañía por más largo tiempo, lo dejaré descansar. Pero antes tengo que asegurarme las muñecas con este precioso par de brazaletes...

¡Era Dechard, cuyo acento inglés reconocí al instante!

—¿Desea V. M. darme alguna orden antes de separarnos?

Entonces la voz del rey, cavernosa y débil, muy distinta de aquella otra tan alegre que había oído en el bosque de Zenda, contestó:

—Ruegue usted a mi hermano que me mate que abrevie esta muerte lenta.

—El duque no desea la muerte de V. M., replicó burlesco Dechard; a lo menos... por ahora. Si llega el momento, allí está el camino que lleva derecho a la gloria.

—Está bien—dijo el rey—. Y ahora, si sus instrucciones se lo permiten, déjeme usted solo.

—¡Buenas noches y gratos sueños! exclamó el rufián.

La luz desapareció y oí el ruido de los cerrojos y después los sollozos del rey. Se creía solo. ¿Quién podía oírse y moverse de su llanto?

No me atreví a hablarle. Podía escaparse una exclamación de sorpresa que

no vendría. Nada me quedaba por hacer aquella noche, sino ponerme en salvo y ocultar el cadáver del centinela, cuyo hallazgo en aquellas circunstancias hubiera puesto en guardia a mis enemigos. Desaté el bote y subí a él. El viento soplabo con violencia y nadie podía oír el ruido de los remos. Me dirigí rápidamente al punto donde me esperaba Sarto, y en el momento de tocar la orilla oí un penetrante silbido detrás de mí, al lado opuesto del foso.

—¡Eh, Máximo!—gritó una voz. Llamé a Sarto por lo bajo, cayó la cuerda en el bote y con ella até el cadáver. Después salté a la orilla.

—Silbe usted también—ordené a Sarto—, para llamar a nuestra gente, y, entre tanto, icemos el cuerpo que ahí traigo. No hablemos ahora.

Llegaron nuestros hombres, y apenas tuvimos el cadáver de Máximo en tierra, vimos a tres jinetes que, saliendo del

Laugarán y Crastein, allí estaban sus ensangrentados cadáveres, que arrojamos al foso junto con el de Máximo, pues era inútil ocultarlo. Montamos a caballo y bajamos la cuesta, llevándonos el cuerpo de uno de nuestros amigos, cuya muerte lamenté profundamente.

También me inquietaba más que nunca suerte del rey y me dolía verme burlado la una vez más por Ruperto Hénzar, que, además de escaparse, me había llamado cómico.

—XIV— Ruritania no es Inglaterra, pues de lo contrario la lucha empeñada entre el duque Miguel y yo, con todos los notables incidentes que la caracterizaban, no hubiera podido proseguir sin llamar vivamente la atención pública. Los duelos entre personas de las clases más elevadas eran cosa frecuente y ocasionaban feudos y reyertas en los que participaban



otro lado del castillo, se dirigían hacia nosotros, aunque no podían vernos todavía, porque estábamos a pie.

—¡Obscura está la maldita noche! exclamó una voz penetrante.

Era Ruperto Hénzar, que un momento después se halló frente a mis compañeros. Inmediatamente sonaron varios tiros, y me adelanté, seguido de Sarto y Tarlein.

—Mata, mata!—aullaba Ruperto, y un gemido me anunció que el bribón daba el ejemplo a su gente.

—¡Estoy perdido, Ruperto!—exclamó, al caer, uno de los que le seguían—. Son tres contra uno. ¡Sálvate!

Me precipité hacia Ruperto, empuñando la maza, y le vi inclinarse sobre su caballo.

—¿Te han despachado también a ti, Crastein?—gritó—. No obtuvo respuesta.

Di un salto y así las riendas del caballo.

—¡Por fin!—exclamé. Creía tenerlo seguro. Mis amigos le rodeaban y no parecía quedarle otro recurso que rendirse o morir.

—¡Por fin—repetí.

—¡Calla! ¡Es el cómico!—exclamó, y de un poderoso tajo cortó mi maza en dos. Preferí la huida a la muerte y (me avergüenzo de confesarlo) eché a correr. Aquel Ruperto Hénzar era un verdadero demonio. Le vi lanzarse a escape y arrojar al agua con su caballo entre una granizada de balas. La profunda obscuridad que reinaba le salvó la vida. Ganó la orilla opuesta del foso y desapareció.

—¡El diablo le lleve!—exclamó Sarto. —¡Lástima que sea tan bribón, ¿quién han caído?

también los amigos y servidores de los principales contendientes. Sin embargo, después del encuentro que dejó reseñado, circularon rumores tales, que me impusieron la mayor prudencia. Era imposible ocultar a los parientes de las víctimas la muerte de sus deudos. Dí, pues, un severo edicto contra el duelo, redactado en términos más enérgicos por el gran canciller, en el cual se decía que habiendo tomado aquella práctica proporciones inusitadas, quedaba prohibida, bajo rigurosas penas, a excepción de ciertos casos contados y gravísimos. Envié un mensaje de pésame al duque y recibí de él cortés y amistosa respuesta; porque es de notar que ni él ni yo podíamos jugar a cartas vistas y que, a pesar de nuestros odios, nos importaba fingir una concordia que hasta entonces había engañado al público.

Lo peor era que el disimulo me imponía nuevas dilaciones, y entre tanto podía morir el rey o podían transportarlo a otra prisión desconocida para mí. Durante aquella tregua tuve el consuelo de ver que Flavia aprobaba cordialmente mi edicto contra el duelo, si bien me rogó que lo prohibiese en absoluto.

—Lo haré después de nuestra boda—le dije sonriéndome.

Uno de los más curiosos resultados de la tregua y del decreto, que la dictó fué la conversación de la villa de Zenda en una especie de zona neutral en la que ambos bandos podían encontrarse sin peligro durante el día; de noche no hubiera sido posible cosa en su protección. Por entonces tuve también un encuentro que, aunque chistoso, no dejó de preocuparme bastante. Cabalgando un día entre Flavia y Sarto, vimos acercarse un coche descubierto tirado por dos caballos, en el cual iba un pomposo personaje que echó pie a tierra y me saludó profundamente. Entonces reconocí al jefe de la policía de la capital.

—Puedo asegurar a V. M.—me dijo— que estoy haciendo cumplir al pie de la letra las órdenes dictadas contra el duelo.

Y temiéndome yo que su presencia en Zenda tuviese por objeto seguir dando allí pruebas de igual celo que en Estrelsau, resolví impedirle cuanto antes.

—¿Es ese el motivo de su venida a Zenda, señor prefecto?—le pregunté.

—Oh, no, señor! Me trae el deseo de complacer al embajador inglés.

—¿De qué se trata?—dije aparentando indiferencia.

—Parece que un joven compatriota del señor embajador, miembro de distinguida familia, ha desaparecido. Ni amigos ni parientes han tenido la menor noticia suya desde hace dos meses y hay motivo para creer que ha estado en Zenda.

Flavia dedicaba escasa atención a las galabías del prefecto. Por mi parte no me atrevía a mirar a Sarto.

—¿Qué motivos son esos?

—Un amigo suyo, que reside en París, el señor Federly, ha dado informes que hacen creer en su presencia aquí, y los empleados del ferrocarril recuerdan haber visto el nombre del viajero en su equipaje.

—¿Y ese nombre?

—Rasendil, señor. En la manera de decirlo comprendí que el tal nombre nada significaba para él. Dirigió luego una rápida mirada a

Flavia y prosiguió, bajando la voz:

—Se cree que ha venido en seguimiento de una mujer. ¿Ha oído hablar Vuestra Majestad de cierta señora de Maubán?

—Sí—dije mirando involuntariamente hacia el castillo—. Esa dama llegó a Ruritania al mismo tiempo que el Rasendil de quien habla usted.

El prefecto me miró fijamente, como interrogándome.

—Sarto—dije— tengo que hablar un momento a solas con el prefecto. Escolta usted a la princesa. Veamos, señor prefecto; ¿qué quiere usted decir?—pregunté.

Se me acercó y me inclinó hacia él.

—¿Y si el joven ese hubiera estado enamorado de la dama?—murmuró—. Nada se ha sabido de él en dos meses; y a su vez el prefecto dirigió una mirada al castillo.

—Sí, la señora de Maubán está allí—dije con toda calma—. Pero no creo que Rasendil... ¿es ese el nombre?

—El duque no tolera rivales—murmuró.

—¿Tiene usted razón—repuse con absoluta sinceridad.— Pero la suposición es implícita un grave cargo.



—Tiene el aspecto a excusarse, pero aún darle tiempo le dije casi al oído: —El asunto es serio. Vuelva usted a Estrelsau...

—Pero, señor, tengo y sigo aquí una pista que... —Vuelva usted a Estrelsau—repetí—. Diga al embajador que ha descubierto una pista, pero que necesita una o dos semanas para seguirla con éxito. Y, entretanto, yo mismo me encargaré de investigar el asunto.

—El embajador se muestra muy apremiante, señor.

—Cálmelo usted. Es evidente que si las sospechas de usted son fundadas hay que proceder con la mayor prudencia. Nada de escándalo. Regrese usted esta misma noche.

—Prometió hacerlo así y me reuní con mi comitiva algo más tranquilo. Importaba evitar toda investigación de mi paradero por una o dos semanas, y el prefecto había andado muy cerca de descubrir la verdad. Algún día podrían ser útiles sus sospechas, pero por lo pronto sólo significaban un grave peligro para el rey. Maldije a Federly de todo corazón por no haber sabido refrenar la lengua.

—¿Y bien?—preguntó Flavia—. ¿Ha terminado la conferencia?

—De la manera más satisfactoria—contesté—. Volvamos atrás; estamos casi en tierra del duque.

—Habíamos llegado al extremo del puente y al pie mismo de la colina donde empezaba el pendiente camino del castillo. Admirando estábamos la solidez de sus altas murallas cuando vimos salir de ella numerosas personas, que len-cuesta.

—Retírenos—dijo Sarto.

—No; preferiría permanecer aquí, fué la opinión de Flavia.

Pues mi caballo junto al suyo y esperamos la aproximación del cortejo. Venían en primer término, dos sirvientes a caballo, con negras libras galoneadas de plata. Seguían un coche fúnebre tirado por cuatro caballos y en él un féretro cubierto con negro crespones. Detrás iba un jinete enlutado y sombrero en mano. Sarto se descubrió a su vez, y Flavia dijo, posando su mano sobre mi brazo:

—Es uno de los caballeros muertos en la última reyerta, ¿verdad?

—Ve a preguntar de quién es el cadáver que escoltan—dije a uno de mis la? ayos.

Acercóse a los sirvientes que iban delante del féretro, quienes lo dirigieron al enlutado caballero.

—Es Ruperto Henzar —murmuró Sarto.

Era él, en efecto; y no tardó en adelantarse al trote, ordenando al cortejo que se detuviera en el camino. Me saludó con un profundo respeto, pero la triste expresión de su semblante desapareció en una sonrisa al ver que Sarto llevaba la mano al pecho. También me sonreí yo, adivinando tan bien como Ruperto lo que el veterano ocultaba en el bolsillo del pecho.

—Vuestra Majestad pregunta de quién son los restos que escoltamos. Son los de mi querido amigo Alberto de Laurán.

—Nadie deplora más que yo su desgraciada muerte —dije— y lo prueba el edicto que evitará la repetición de esos encuentros.

—¡Pobre señor de Laurán!— exclamó Flavia con dulzura.

Ruperto le lanzó una mirada que me exasperó, porque con ella supo expresar aquel libertino toda la admiración que le inspiraba la princesa.

—Vuestra Majestad es siempre bondadosa— continuó.—Por mi parte, a la vez que siento la muerte de mi amigo, no olvido que esa es la ley común y que muy pronto les tocará a otros el turno.

—Reflexión que a todos nos importa tener presente—dije.

—Aun a los reyes—insistió el truhán con cómica unción, haciendo soltar al viejo Sarto media docena de renegos entre dientes.

—Muy cierto es eso—repuse—. ¿Qué noticias me da usted de mi hermano?

—Ha mejorado mucho, señor.

—De lo cual me alegro.

—Y espera ir a Estrelsau tan luego esté completamente restablecido.

—¿Es decir que sólo se halla convaleciente?

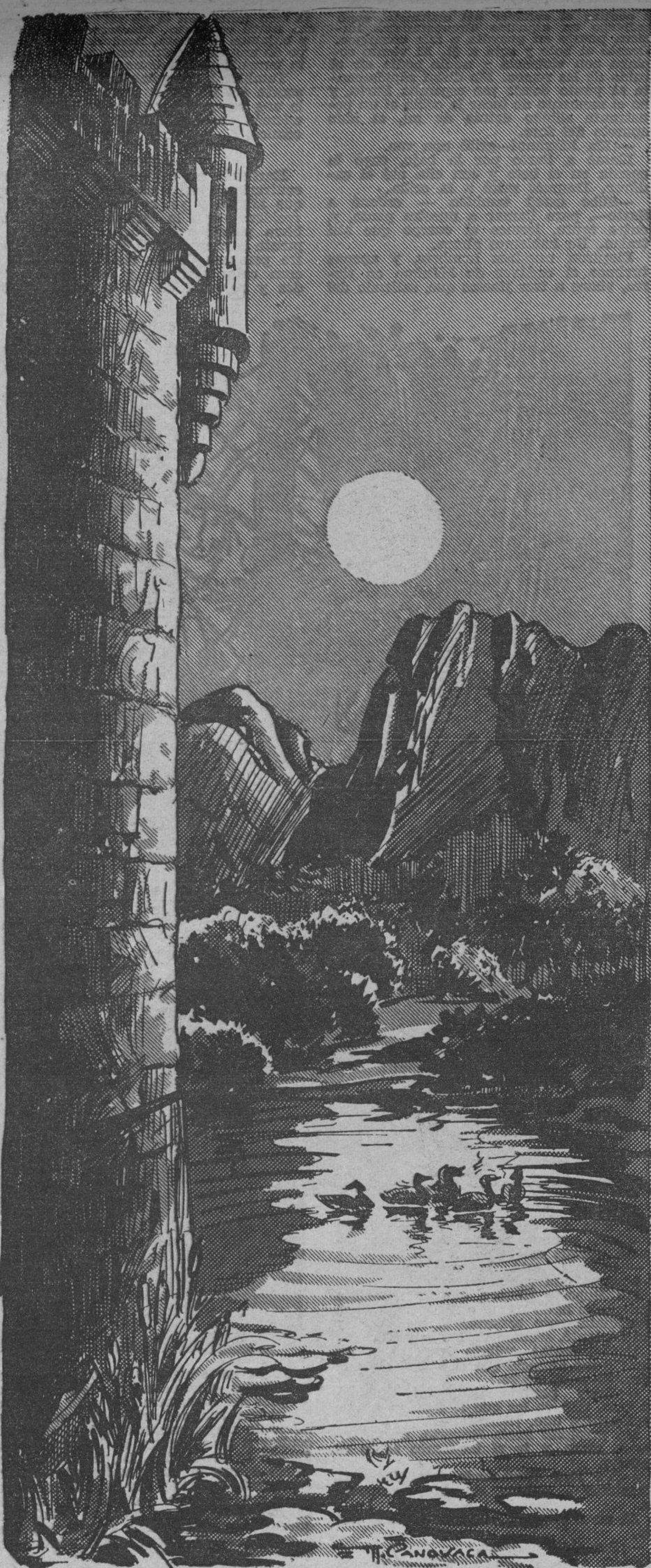
Le quedan dos o tres molestias pasajeras de las que espera librarse muy pronto.

—Sírvase usted expresarle—dijo Flavia—mi vivo deseo de que esas molestias desaparezcan en breve.

—El deseo de V. A. es también el muy humilde mío —replicó Ruperto Henzar— mirándola con insistencia y expresión tales, que el rubor coloreó el rostro de la joven.

Me incliné, y Ruperto, saludando profundamente, ordenó a sus sirvientes que continuasen su camino. Súbito impulso me obligó a seguirle, y al oír él las pisadas de mi caballo se volvió en la silla rápidamente, como temeroso de que ni la presencia de la princesa pudiera contenerme.

—La otra noche peleó usted como un valiente—le dije en voz baja—. Decíame



usted, joven; entrégueme a su prisionero y le respondo de que no ha de pesarle.

Me miró con burlesca sonrisa, pero de repente se me acercó y dijo:

Estoy desarmado y el amigo Sarto podría despacharme de un balazo con la mayor facilidad.

—Nada tema—le dije.

—Demasiado lo sé, por desgracia—replicó—. Oiga usted. Tiempo atrás le hice una oferta en nombre del duque y...

—No quiero mensajes de parte de Miguel el Negro!—exclamé.

—Pues entonces oiga usted el plan que le propongo por mi cuenta. Ordene un

ataque decisivo contra el castillo, encomendando la dirección del asalto a Tarlein y al viejo coronel...

—¡Adelante!

—Pero diciéndome de antemano la hora exacta del ataque.

—Eso es. ¡Me infunde usted tanta confianza!

—¡Bah! Sarto y Tarlein caerán en la refriega, como caerá también el duque.

—¡Hola!

—Sí, Miguel el Negro, como un miserable que es. Cuanto al rey, tomaré el camino del infierno por la «Escala de Jacob». ¡Ah! ¡También sabe usted eso! Y quedarán sólo dos hombres cara a cara

Ruperto Henzar y usted, rey de RARITA...

Se detuvo un momento, y con voz que la emoción agudaba, continuó: —¿No es una jugada soberbia? Pues ¿y la apuesta? Para usted el trono y la libertad que desde allí nos mira; para mí una recompensa suficiente y...

—Es usted el mismo demonio, señor de Henzar—le dije.

—Bueno, usted piénselo y tenga en cuenta también que no deja de costarme duro esfuerzo eso de ceder así tan fácilmente la muchacha aquella, y su insolente mirada volvió a fijarse en Flavia.

—¡Póngase usted fuera de mi alcance!—exclamé.

Sin embargo, un momento después la audacia misma de aquel malvado me hizo reír.

—¿Es decir que haría usted traición al duque?—pregunté.

Por toda respuesta aplicó a Miguel un epíteto que no merecía, pues era el duque hijo de una unión legal, aunque morgánica, y añadió en tono confidencial:

—Me estorba. ¿Comprende usted? Es un bruto celoso. Anoche mismo me interrumpió ta inoportunamente que estuve a punto de clavarle un puñal.

Aquellos detalles me interesaban vivamente.

—¿Una mujer?—pregunté.

—Sí, y preciosa. Usted la ha visto.

—¡Ah! La del cenador, la noche aquella en que tres amigos de usted se estrellaron contra una mesita de hierro.

—¿Qué otra cosa puede esperar de ganápiros como Decharl y De Gautet? ¡Ojalá hubiera estado yo allí!

—¿Y el duque se mezcla en el asunto?

—No es eso precisamente. Quien quiere mezclarse soy yo.

—¿Y ella prefiere al duque?

—¡Sí, la tonta! Pues bien, ya conoce usted mi plan, y piénselo—dijo—; e inclinándose, espoleó su caballo y partió en seguimiento del fúnebre cortejo.

Volví a donde me esperaba Flavia y Sarto, pensando en el extraño carácter de aquel desalmado, cuyo igual no he vuelto a ver en mi vida.

—¿Qué arrogante tipo!—fué el comentario de Flavia—que, mujer al fin, no se había ofendido con las expresivas ojeadas de Ruperto Henzar. ¡Y cómo parece sentir la muerte de su amigo!—prosiguió.

—Más le valdría pensar en la suya propia, que no anda lejos—dijo Sarto bruscamente—. Por mi parte me sentía descontento e irritado al pensar que en realidad yo no tenía más derecho al amor de la princesa que el insolente Henzar.

Seguí silencioso a su lado hasta que, cerca ya de Tarlein y habiendo anochecido, dejó Sarto que nos adelantásemos un tanto, quedándose él atrás para impedir todo súbito ataque de nuestros enemigos. Entonces Flavia me dijo con su voz dulcísima:

—Sonríete, Rodolfo, si no quieres verme llorar. ¿Estás enojado?

—¡Oh, no! La culpa la tiene ese malvado Henzar.

Lo cual no impidió que ambos llegásemos sonrientes a las puertas de Tarlein, donde me entregaron una carta llevada para mí, según dijeron los sirvientes, por un joven desconocido. Abri el sobre y leí:

—Juan se encarga de llevar estas líneas a su destino. Soy la que le envío a usted otro aviso en ocasión anterior.

—Hoy le pido, en nombre de Dios, que me libre de esta guardia de asesinos!—A. de M.

Entregué la esquila a Sarto, en quien no hizo mella la súplica lastimera de la dama, limitándose a decir:

—Suya es la culpa. ¿Quién la llevó al castillo?

Sin embargo, no considerándome yo enteramente irresponsable de lo ocurrido, resolví compadecerme de Antonieta de Maubán.

—XV—

Desde el día en que recorrí a caballo las calles de Zenda y hablé en público con Ruperto Henzar me fué forzoso prescindir de todo pretexto de enfermedad. El efecto de mi presencia se notó desde luego en la guarnición de Zenda, cuyos oficiales y soldados desaparecieron de la población y sus cercanías para encerrarse en el castillo, donde reinaba la más perfecta vigilancia, como su pudieron observar mis amigos en sus exploraciones. No veía más practicable de socorrer al rey y a la señora de Maubán. El duque me retaba sin disimulo. Se había mostrado fuera del castillo, no tomándose siquiera la molestia de explicar o excusar su ausencia. El tiempo apremiaba.

Por una parte me preocupaban los rumores de investigaciones, de que he dado cuenta, con motivo de la desaparición de Raséndil; y por otra, sabía que mi ausencia de la capital ocasionaba vivo descontento. Mayor hubiera sido éste sin la presencia de Flavia a mi lado y, sólo por esta razón le permitía yo seguir en Zenda, rodeada de peligros y aumentando con sus encantos la pasión que me dominaba.

(Continuó en el próximo número)

ERA un viejo caserón del tiempo de la Colonia, situado en la acera impar de la calle de Teniente Rey, entre las de Compostela y Habana. En el húmedo patio crecía una esbelta palma real como el símbolo de un ideal que, por más de veinte años, se mantuvo firme y enhiesto, hasta que las circunstancias adversas lo abatieron e hicieron desaparecer del palenque político. En aquella vieja casona se imprimía y publicaba el periódico «El Triunfo», órgano del Partido Autonomista, fundado por Don Manuel Pérez de Molina el año 1878 al acabarse la guerra de los diez años, mediante el Pacto del Zanjón. El primer número de «El Triunfo» salió a luz pública el día 2 de dicho año 78, y abrió su primera página—clara y correctamente impresa, entre parentesis— con un sentido suelto de condolencia por la muerte de la Reina Doña Mercedes de Orleans, primera esposa del rey de España Don Alfonso XII. Al mes cantaban las niñas en los paseos públicos, cojidas de las manos, aquella doliente ronda que recordaran hoy las abuelitas, y que decía:



Ya Mercedes se murió muerta está que yo la ví; cuatro duques ya llevaban por las calles de Madrid.

Los cuatro duques eran el duque de Sexto, el de Alba, el del Infantado y el de Medina-Celi.

En el piso alto de la casona, y en aquella sala que daba para la calle de Teniente Rey, se celebraba, presididas por el doctor Don José María Gálvez aquellas interesantes sesiones del Partido que tanta influencia ejercía en el desenvolvimiento político del país. «El Triunfo», de arraigada estirpe criolla, era el periódico de la época en que con mayor corrección y pureza se escribía el castellano. Casi todos sus redactores eran literatos que gozaban de merecida fama. Don Ricardo del Monte, el director, era un atildado prosista y un inspirado poeta, cuyos sonetos de corte clásico se leían con elogios así en América como en España. Escribió aquel célebre soneto «El Cielo en que refiriéndose a una huérfana infeliz en sus cuitas, le decía que no esperase de él más que el rayo y la muerte, pero no el consuelo. En lo que no estamos conforme, porque si de arriba no ha de vernos la esperanza, ¿adónde la iremos

con los más altos empleados y jefes del Gobierno de la Colonia. Don José María Gálvez, presidente del Partido Autonomista, tenía a su cargo en el periódico una sección titulada «A Vuela Pluma», que tanto los periodistas como el público leían con el mayor agrado. Su pluma ática e incisiva hacía alardes del más puro y sutil ingenio en esa sección. (1) «Los fondos» de «El Triunfo» eran modelo de estilo, de dialéctica, de ciencia económica y política. Quedaron como ejemplo de corrección periodística los que se escribieron polemizando con su cuito y formidable colega rival «EL DIARIO DE LA MARINA», en cuya casa se guardó siempre el más alto y noble respeto hacia los escritores autonomistas.

La casa de «El Triunfo» era cordial y acogedora. Don Ricardo el director, vivía en ella; y muy contadas veces se le veía en la calle. Ocupaba una habitación alta, atestada de periódicos, revistas y libros. Allí vivía y trabajaba casi completamente a oscuras; por que padecía de la vista aquel hombre de cuerpo enleque y desmedrado y, no obstante, de cerebro tan sólido y fecundo. Los jóvenes escritores y periodistas de aquel entonces lo visitaban con frecuencia para nutrirse con sus lecciones y fortalecerse con sus consejos. Fué maestro y amigo del poeta Julián del Casal. Uno de los artículos mejores escritos y pensados de éste, fué el que dedicó a estudiar la personalidad de Don Ricardo, a quien conoció en la boda de Panchito Chacón con la bella señorita María Calvo. Antonio, el sobrino de Don Ricardo,

EL NUEVO EXITO PARISIEN MASCARADE. CREACION: L.T. PIVER PARIS HABANA. ESENCIA-POLVOS LOCION-ARREBOL.

hizo la presentación de ambos eminentes escritores en la antigua iglesia de San Francisco, en O'Reilly, donde se llevó a cabo la ceremonia. Don Ricardo era el tipo del verdadero criollo. Vestía siempre de blanco, camisa de cuello bajo, con corbata negra, sencilla; y no se quitaba de la boca su eterno veguero que mascullaba más que absorbía. El Fiscal de Imprenta de la Colonia, que no vivía con la atención siempre puesta en el batallador periódico, lo obligó al fin a un largo colapso; y cuando reparació, lo hizo con el nombre de «El País», que fué el que conservó después hasta su terminación definitiva. El viejo poeta bayamés José Fornaris, recién llegado de París, en donde había permanecido largos años de profesor de los hijos del acaudalado criollo Terry, escribía la crónica elegante de «El País».

—¡las cosas raras de nuestros perimidos!—y hacías gracia y daba lugar a chanzas y risas ver a aquel respetable anciano de setenta años flirtando, en su calidad de revisor de salones con las damas y las señoritas del smart. En los folletines publicaba sus novelas cubanas el fecundo novelista Don Félix de Cárdenas, una especie de Fernán Caballero criollo, por el corte y la tendencia de sus producciones. Aniceto Valdivia, con el pseudónimo de Conde Kotia, publicaba todos los domingos un folletín literario de apretada y erudita lectura, a estilo de Sarcey, Lemaitre, Taine y otros folletínistas parisenses. Antonio del Monte, sobrino de Casimiro, ocupó la plaza de Gacettillero, a la muerte de su tío. (Después del director, en aquel entonces, la plaza más importante de un periódico era la de Gacettillero. De estos fueron populares, durante mucho tiempo, Casimiro del Monte, Antonio, Fernando Ormaechea, Fernando Costa y Salvador y Jacobo Domínguez. El doctor oculista Don Juan Montalvo—padre de Rafael— escribía con el pseudónimo de «Un dilettante», la crónica de espectáculos cuando venían compañías de ópera a la Habana.

Hacia fines del año 94, poco antes del Grito de Baire, uno de los redactores de «El País», Fernández de Castro, contestaba unas alusiones que el estimado mortificante doctor González López y ello dió origen a un conato de duelo, que por suerte no llegó a efectuarse por la noble intervención de los encargados de pactarlo. La sección de González López se titulaba «En Mangas de Camisa». Fernández de Castro le contestó en un suelto titulado: «De Guante Blanco». Creemos recordar que uno de los padrinos por parte de González López lo era el culto y afable periodista Javier Pérez de Aceve-

do—hijo de don Luciano, antiguo director del «DIARIO DE LA MARINA», y estando Javier por el medio, el asunto no podía tener sino una solución satisfactoria. Apenas se entraba en el viejo caserón de «El Triunfo», la palma que crecía en el patio traía en el acto a la imaginación del visitante el recuerdo del campo de Cuba y la vida precaria de nuestros campesinos, por los que tanto se afanaban los dirigentes del Partido. Jamás árbol alguno creció en un sitio más oportunamente, ni desarrolló en torno suyo una influencia tan eficaz ni directa. La palma criolla, en la casa de los criollos. Como si dijéramos, una atalaya espiritual, una antena que acogía y unía el sentimiento y las ansias de toda una agrupación de patriotas. Si decimos que ya no existe aquella palma, ¿habremos dicho algo?.. Decía don Ricardo que cuando fumaba, viendo ondear y desvanecerse en el aire las azuladas espirales del humo, recordaba las estrofas de la poesía «El Veguero», que había compuesto su tío, el también insigne escritor y renombrado patriota don Domingo del Monte, una de las figuras literarias y política más destacadas de aquel tiempo:

«Al tabaco cantemos, riqueza del cubano y del mundo deliciosa; apetezida; consuelo del humano, que en amargos extremos y de penas el alma combatida a la pipa querida se llega, y por encanto al fumar deleitoso cesa su doloroso incómodo pesar y triste llanto. Ya la discordia fiera no turba mi reposo; ni la acuñada plata el sueño me arrebatada ni lo ageno jamás quiero envidioso; que en viendo mi hoja amada se alegra al punto mi vejez cansada» (1) Nota del Director del periódico. No se puede decir lo mismo de su hijo, escritor pedestre, con quien su padre se equivocó en todo, incluso al bautizarlo. La criatura, obediendo quizás al imperativo de su nombre de pila Napoleón, hubo de distinguirse más con el sable que con la pluma.



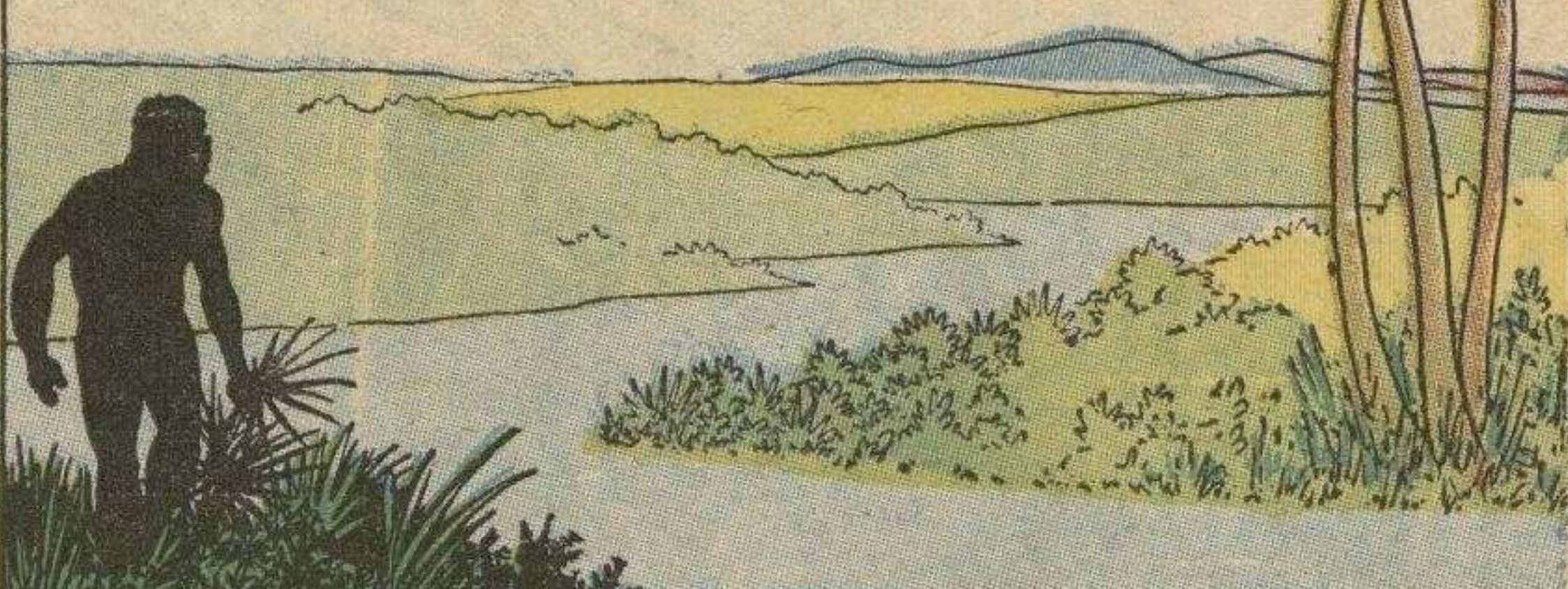
# TRUCUTÚ

V.T. HAMLIN

# FRAGMENTOS DE LA HISTORIA HUMANA

CUANDO EL SAHARA ERA FÉRTIL

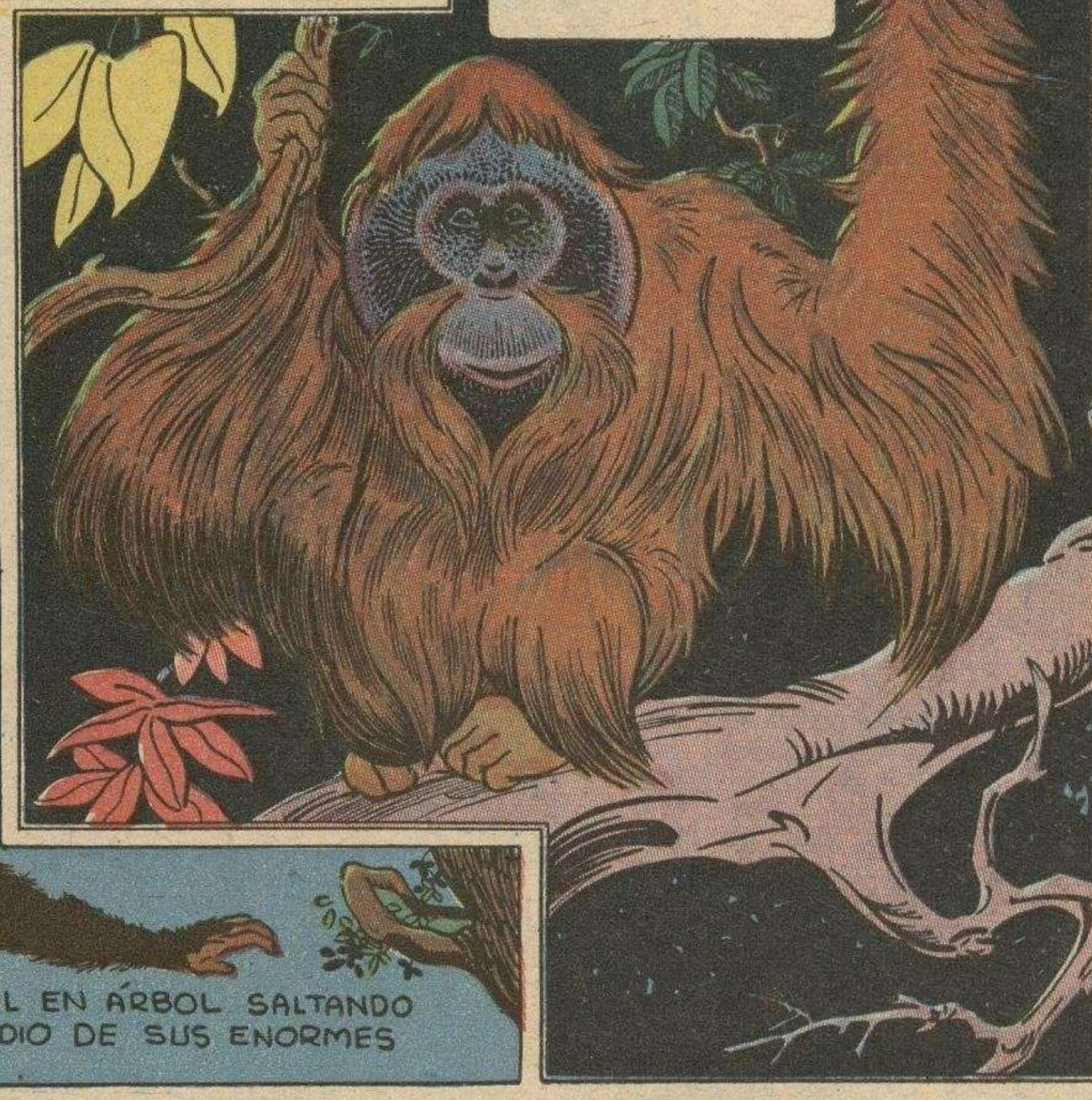
Las investigaciones sobre el origen y antigüedad del hombre a veces revelan curiosos hechos. Por ejemplo, con el hallazgo del esqueleto de Aselar en 1927, se confirmó en parte la teoría de que el desierto de Sahara fue en una época una tierra fértil y fecunda. Aunque el esqueleto yacía en una matriz de piedra en el Sudán occidental, hay pruebas geológicas de que la región tenía agua y que ocupó una posición cerca de un lago o un río.



# MARAVILLAS DEL MUNDO

## ORANGUTÁN

ES EL MONO ANTROPOMORFO QUE MÁS SE ASEMENJA AL HOMBRE POR EL CRÁNEO Y OTROS DETALLES DE SU ESTRUCTURA. SE ENCUENTRA EN EL ESTE DE SUMATRA Y EN ALGUNAS PARTES DE BORNEO.



EL MACHO LLEGA A UNA ESTATURA DE 4 PIES, TIENE LOS PÓMULOS NEGRIAZULES Y PRONUNCIADOS Y BARBAS ROJAS.

DE NOCHE, SE REFUGIA EN NIDOS CONSTRUÍDOS DE PALOS A UNA ALTURA DE 25 A 50 PIES SOBRE LA TIERRA.

LOS ORANGUTANES TIERNOS GRITAN IGUAL QUE LOS NIÑOS PARA PEDIR LO QUE QUIEREN.

EN EL CAUTIVERIO, ADQUIEREN PRONTO LOS HABITOS HUMANOS. MOLLY, UNA HEMBRA DEL PARQUE ZOOLOGICO DE MELBOURNE, FUMABA CIGARRILLOS IGUAL QUE UN HOMBRE.

## PECOSO Y SUS AMIGOS

Por Blosser





# LAS SIETE REGLAS DEL AMOR



siones, cultivando al compañero a través de la devoción y haciendo del hogar un manantial de inspiraciones a la par que la expresión de las más auténticas realidades. Esto último es importantísimo, ya que abundan los casos en que el matrimonio se estrella por la noción falsa que tanto el marido como la mujer suelen formar de los valores de la vida.

En relación con lo dicho, conviene apuntar, además, que la responsabilidad de la esposa es casi siempre mayor que la del marido y sin duda alguna comienza desde mucho antes de que se hayan unido por el vínculo matrimonial. De novia, ya debe haberse formado ella una idea clara de su misión como compañera y de las aspiraciones que acaricia y que puedan intervenir en forma adversa con la felicidad del hogar.

Mirando el problema con entera ecuanimidad pudiérase decir que no existen fórmulas mágicas para asegurar el éxito en el amor, excepto que se consideraran como tales las reglas de conducta que conviene observar tanto a los hombres como a las mujeres decididos a casarse o que realizaron ya la ceremonia nupcial y empiezan a caminar por la vereda espinosa de las relaciones domésticas.

**A**CASO hay pocas mujeres en el mundo tan autorizadas como Jane Littell para opinar sobre el asunto. Sagaz observadora de la vida, Miss Littell ha escrito mucho y bueno acerca de los conflictos comunes del amor, y de su vasta experiencia en el análisis de éstos podemos fiarnos para sacar provechosas lecciones las que todavía no hemos probado fortuna haciéndonos de un marido. Según ella, hay una variedad de elementos que influyen en la dicha matrimonial, pe-

**R**ARA es la persona en este mundo que alguna vez en su vida no ha sentido los dardos del travieso Cupido atravesarle las fibras más íntimas del corazón. Sobre las ágiles palomas del amor, que dijera Shakespeare, hay que decir que nos traen las emociones más bellas que se conocen y nos enseñan a ver con absoluta devoción las alturas hacia dónde vuelan para elevar nuestros espíritus y sublimizar nuestras almas. Otro poeta, Tennyson, cantaba que era mejor haber amado y perdido el amor a no haber amado jamás, concepto con el cual se nos antoja que la mayoría de las mujeres, por lo menos, está de acuerdo.

Todas las mujeres, sin embargo, y en esto no puede haber excepción posible, estamos de acuerdo en que debemos conservar siempre vivo el fuego del amor, enalteciendo cada día más nuestras ilu-

## Jane Littell, celebre escritora y periodista norteamericana, recomienda siete formulas infalibles para garantizar la felicidad matrimonial...

culto no matándole sus ilusiones. Si en la vida de una persona existe alguna amarga experiencia del pasado, lo más prudente es que no se la comunique al ser que ama.

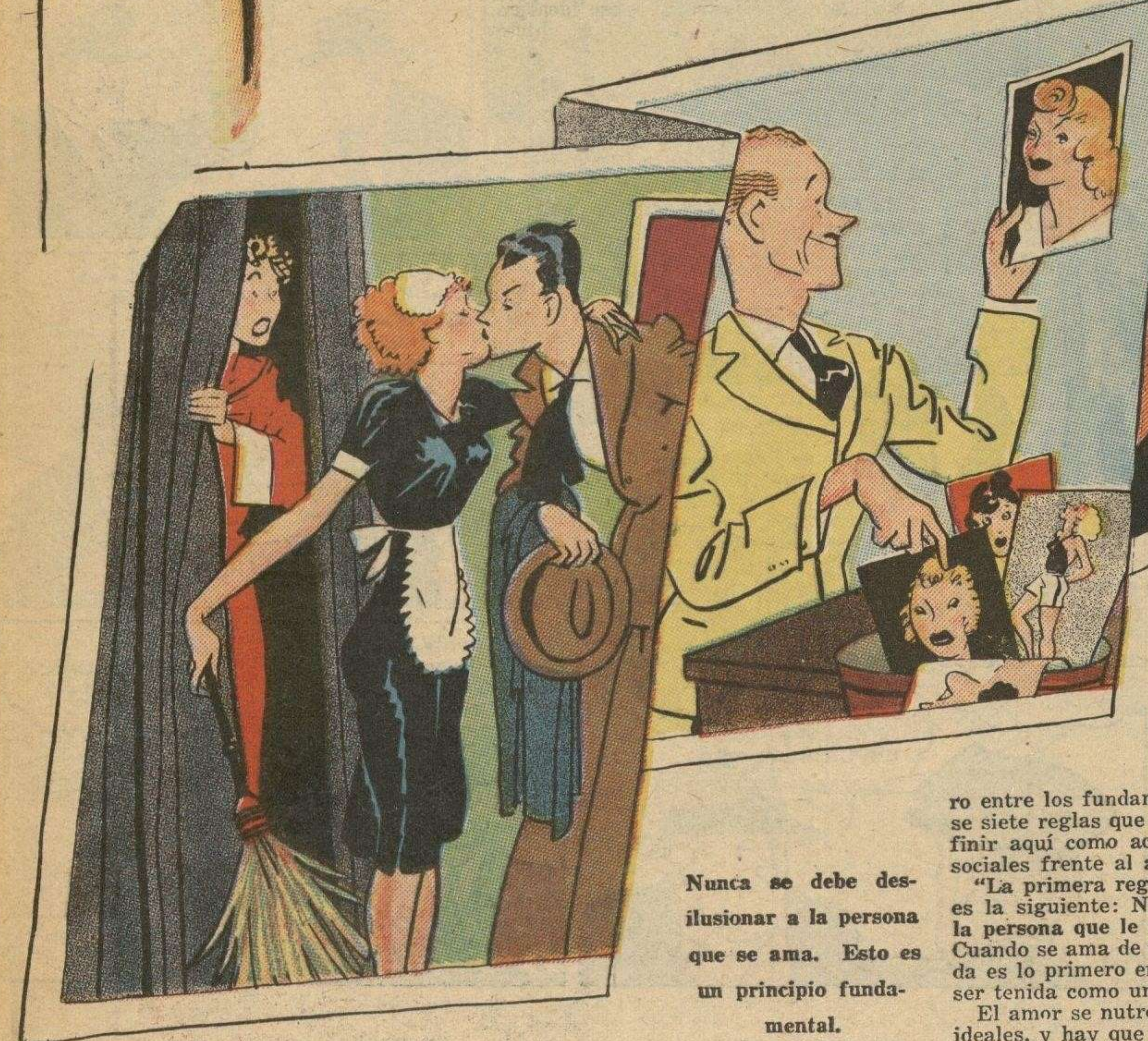
“La número dos es: En el amor solamente puede haber una persona de importancia suprema. Cuando se ama, la persona amada es lo primero en el mundo, o de lo contrario no existe tal amor. Es ésta la más exigente de todas las pasiones humanas; la que todo lo pide, pero también la que todo lo dá si es genuina. Pregúntese usted la única cosa que usted le negaría a su amante, y verá

compañía del sér amado, que es la persona más importante del mundo.

Número cinco: No se llene de deudas. El hombre que empieza por comprar un automóvil para llevar de paseo a su novia y que luego le regala una sortija de compromiso más costosa de lo que realmente él está en condiciones de gastar, la acostumbra a esperar otras cosas por

Ilustraciones de Walt Scott

por Elena Betancourt

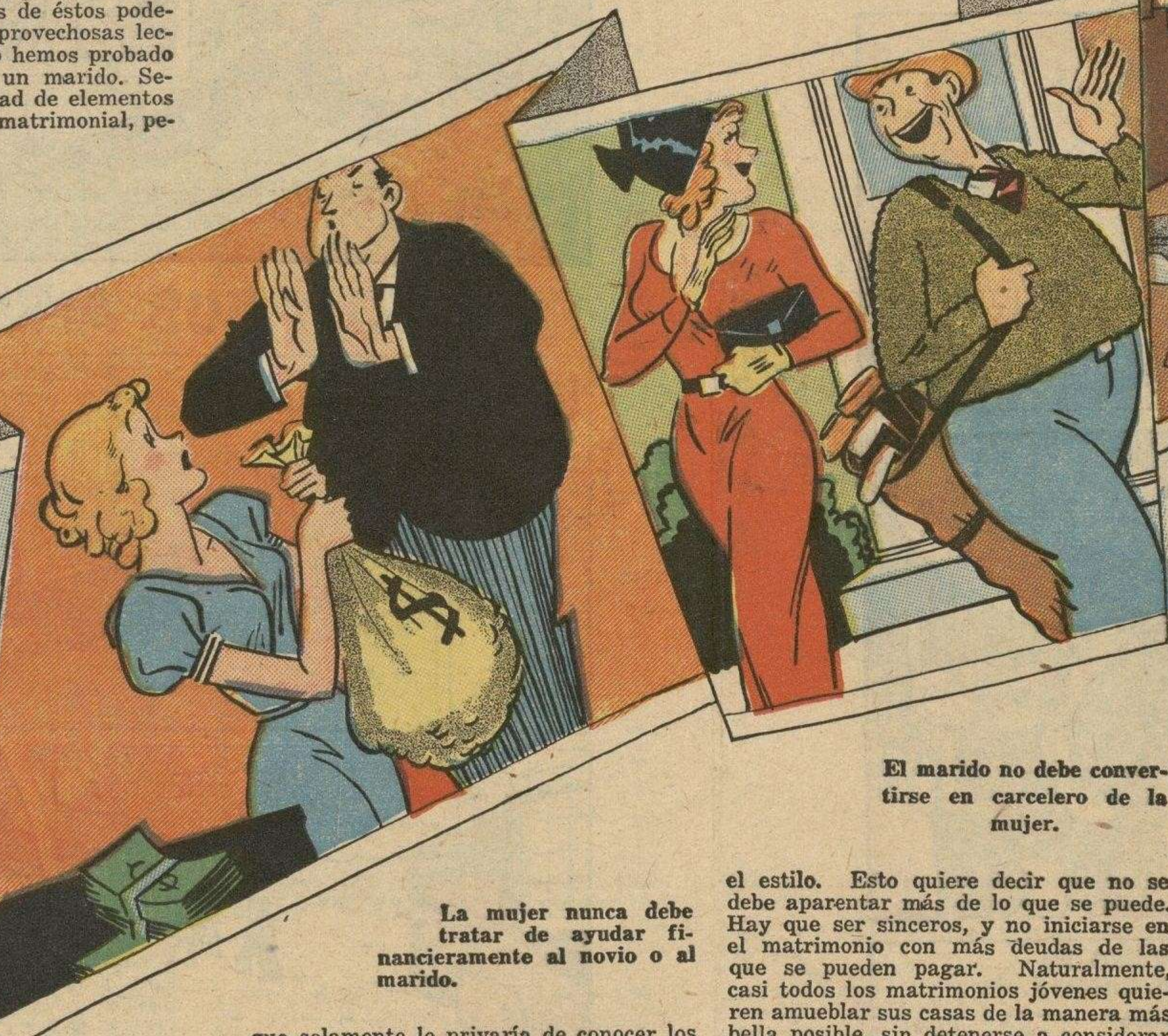


Nunca se debe desilusionar a la persona que se ama. Esto es un principio fundamental.

ro entre los fundamentales pueden citarse siete reglas que tal vez convendría definir aquí como actitudes psicológicas y sociales frente al amor.

“La primera regla—dice esta autora—es la siguiente: No desilusione jamás a la persona que le profesa amor a usted. Cuando se ama de veras, la persona amada es lo primero en el mundo, y así debe ser tenida como un sér superior.

El amor se nutre de las ilusiones y los ideales, y hay que recordar que la mujer y el hombre sienten el culto de la adoración por igual. De modo que se debe ayudar al sér amado a practicar este



La mujer nunca debe tratar de ayudar financieramente al novio o al marido.

En el amor solamente puede haber una persona importante—la más importante—para cada sér humano.

que solamente le privaría de conocer los secretos de su pasado.

“Número tres: Jamás ni nunca trate de ayudar financieramente al hombre. Si lo ayuda, acabará por odiarla. Nunca le preste dinero, ni se lo ofrezca, ni vaya a medias con él en los gastos que se ocasionen. Si es un verdadero hombre, eso le heriría su orgullo, y él sufre lo suficiente al no poder hacer por usted todo lo que quisiera. La mujer debe pensar seriamente el matrimonio con un hombre que le haya aceptado ayuda financiera. La mayoría de los fracasos matrimoniales se deben a dificultades de este género.

“Número cuatro: No sea el carcelero de su esposa. No convierta el lazo conyugal en un grillo, negándole los derechos a la mujer. Donde existe el amor, hay confianza mutua; si el marido desea hacer deportes los domingos, la esposa no debe privarle de sus deseos; pero si ella quiere asistir a las reuniones de amigas, tampoco prohibírsele que lo haga. Al volver a casa sentirá uno más intensamente la necesidad de estar en

el estilo. Esto quiere decir que no se debe aparentar más de lo que se puede. Hay que ser sinceros, y no iniciarse en el matrimonio con más deudas de las que se pueden pagar. Naturalmente, casi todos los matrimonios jóvenes quieren amueblar sus casas de la manera más bella posible, sin detenerse a considerar que los cobradores les harán luego la vida insostenible. Lo prudente es empezar modestamente y poco a poco ir mejorando el hogar hasta que llene a cabalidad las aspiraciones de la pareja.

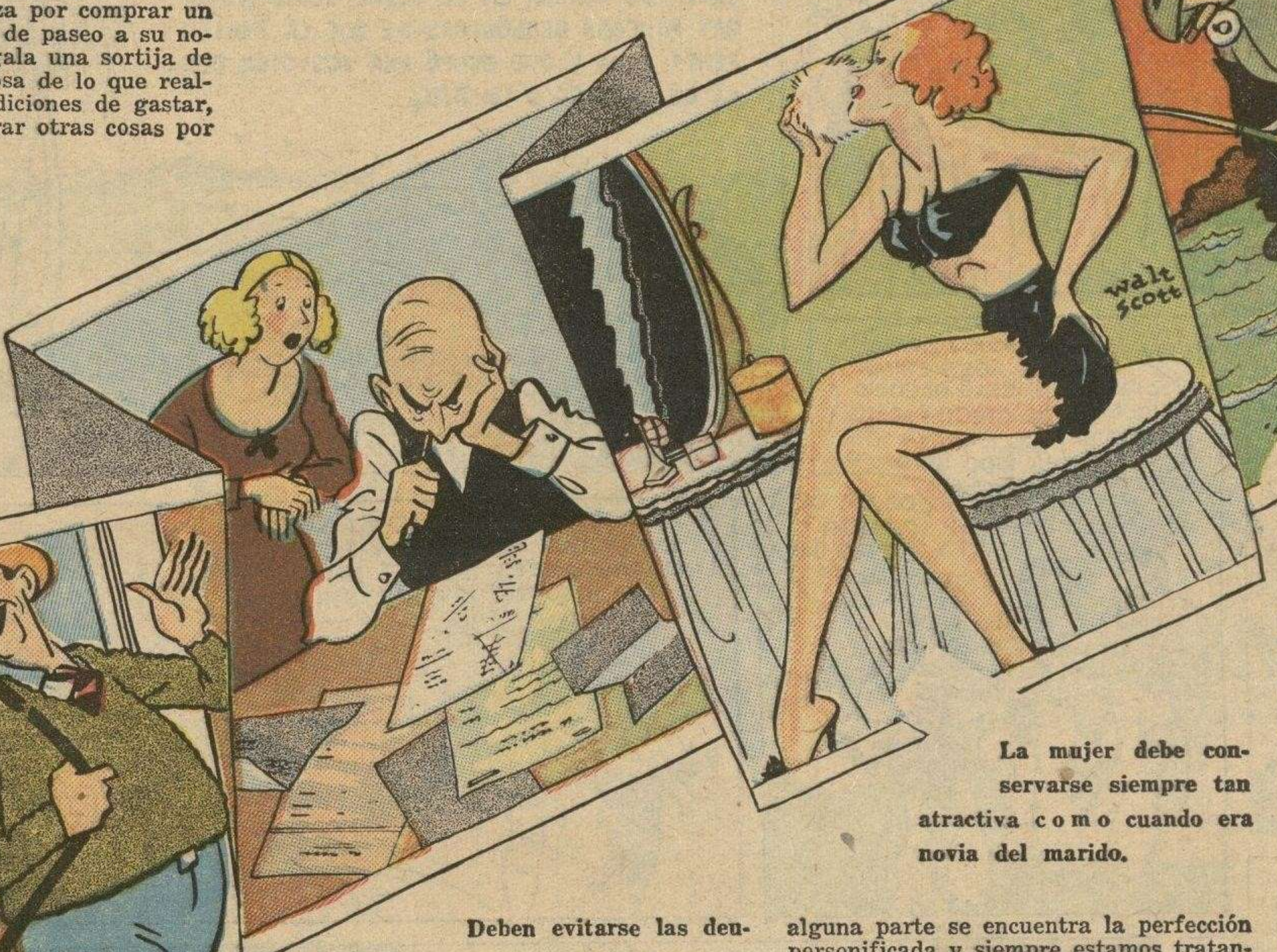
“Número seis: Consérvese tan amable como pueda. En la época del noviazgo el hombre lo mismo que la mujer hacen lo posible por reflejar sus mejores cualidades. Esta es una táctica que debe continuarse después del matrimonio, a fin de mantener vivo el fuego de la ilusión. El hombre que no se cuida de afeitarse con regularidad y la muchacha que no se conserva atractiva, están contribuyendo al aburrimiento mutuo. La mujer que después de pescar marido no sigue arreglándose, para lucir atractiva, demuestra con este proceder que no está interesada en que el compañero de hogar siempre esté enamorado de ella, y ha empezado a labrarse su propia desdicha.

“Número siete: Interésese en las cosas que le interesan a su compañero o compañera. Así ambos podrán derivar satisfacción de las mismas actividades en

El marido no debe convertirse en carcelero de la mujer.

la vida, sin que ello excluya ciertas predilecciones personales.”

**M**ISS LITTELL estima que la primera regla aconsejada es de las más importantes para la felicidad conyugal. “Todos los humanos —dice— hacemos nuestros errores y pagamos por ellos. Pero una vez que hemos pagado nuestras indiscreciones el asunto debe borrarse de la memoria hasta donde sea posi-



La mujer debe conservarse siempre tan atractiva como cuando era novia del marido.

Deben evitarse las deudas. Son fatales para la felicidad.

ble, aprovechándose la lección para no repetir el error.

“Lo más extraordinario de la pasión amorosa es el profundo impulso que crea para llevarnos a confesar los pecados del pasado. Supongo que esto se debe a que siendo el amor una emoción tan tremenda nos figuramos no merecer su gloria y por ello tratamos de inclinarnos ante él en abyecta humillación. Pero este es el gran error—el peor error—que puede hacer la mujer o el hombre.

“En el instante en que la pareja se declara mutuamente enamorada surge el deseo de confesar todo el pasado en la seguridad de que el amor ha de perdonar cuanto haya sucedido. Sin embargo, tan pronto hay un disgusto entre los novios o esposos, empiezan las recriminaciones de ambos lados, o tal vez la misma naturaleza de las confesiones de parte y parte destruye la disposición de perdonar y olvidar el pasado, y la persona que confiesa generalmente así lo espera. La que oye la confesión, no obstante, meditará después sobre su significado y le dará una interpretación menos tolerante. Cuando se está lejos de la influencia del ser amado, los celos y las sospechas suelen prender en el corazón y echar a perder los mejores propósitos.

Otro punto que merece estudiarse en relación con este problema de la felicidad es el origen de la pasión amorosa en el hombre. Miss Littell no comparte la opinión de que los hombres se enamoran de la belleza o de los atractivos irresistibles de la mujer. Lo que el hombre ama es la virtud femenina, y esa es precisamente la razón por la cual las mujeres nunca deben confiarles a sus esposos o pretendientes los secretos de su pasado.

Los hombres prefieren ignorar el hecho de que las mujeres que aman tienen defectos; necesitan levantar un culto de admiración hacia ellas. Por instinto, todos los seres humanos sabemos que en

alguna parte se encuentra la perfección personificada y siempre estamos tratando de descubrirla. Cuando nos convencemos de que hemos hallado ese ideal en alguna persona, solemos amar al objeto de nuestra adoración.

**A**CASO lo que más feliz hace al hombre es sentirse endiosado por la mujer que ama; saber que representa su protección; poder hacerle regalos y colmarla de satisfacciones; acercarse ante los ojos de ella. Asimismo la muchacha dichosa es la que se ha convencido de la devoción absoluta de su novio o su marido. En eso estriba quizás la diferencia fundamental entre ambos: él se cree suficiente para los dos, y ella acepta agradecida sus demostraciones de afecto y lealtad.

De ahí que en las épocas de crisis económica muchos matrimonios acaben por estrellarse frente a las realidades de la vida. Si la mujer tiene que hacerse cargo del sostenimiento económico del hogar, esto altera en seguida la posición relativa que cada uno ocupa en el cuadro doméstico. La estructura matrimonial sufre un sacudimiento fuerte que de ordinario afecta la armonía entre marido y mujer.

Por esta razón seguramente, Miss Littell aconseja que la mujer, de novia, y aun después de casada, no le quite de todo al marido las responsabilidades económicas del hogar. Es él el piloto de la familia y a él le corresponde hacerle frente a los problemas financieros. Arrebatarle esta obligación equivale a negarle voluntad e inteligencia, a herir su amor propio.

Pero estas responsabilidades económicas que pesan



Hay que compartir las satisfacciones e interesarse por las predilecciones del compañero.

sobre los hombros del marido son precisamente el fardo terrible que puede hundirlo en la desgracia, a menos que él sepa usar la cabeza y se cuide de meterse en deudas y gravámenes demasiado fuertes. La mujer avisada sabrá evitar que su novio o marido se enreden en compromisos difíciles de cumplir, sin tratar de imponerles su criterio en una forma dictatorial. Más prudente es interesarlo en la plenitud de la vida y del amor; mantenerse siempre tan atractiva como pueda; halagarlo, complaciéndolo y acompañándolo en sus diversiones, para así compartir con él la gloria de la dicha, y alejarlo de las tentaciones que le puedan perjudicar.



# DIARIO DE LA MARINA

HABANA, DOMINGO 22 DE MAYO DE 1938



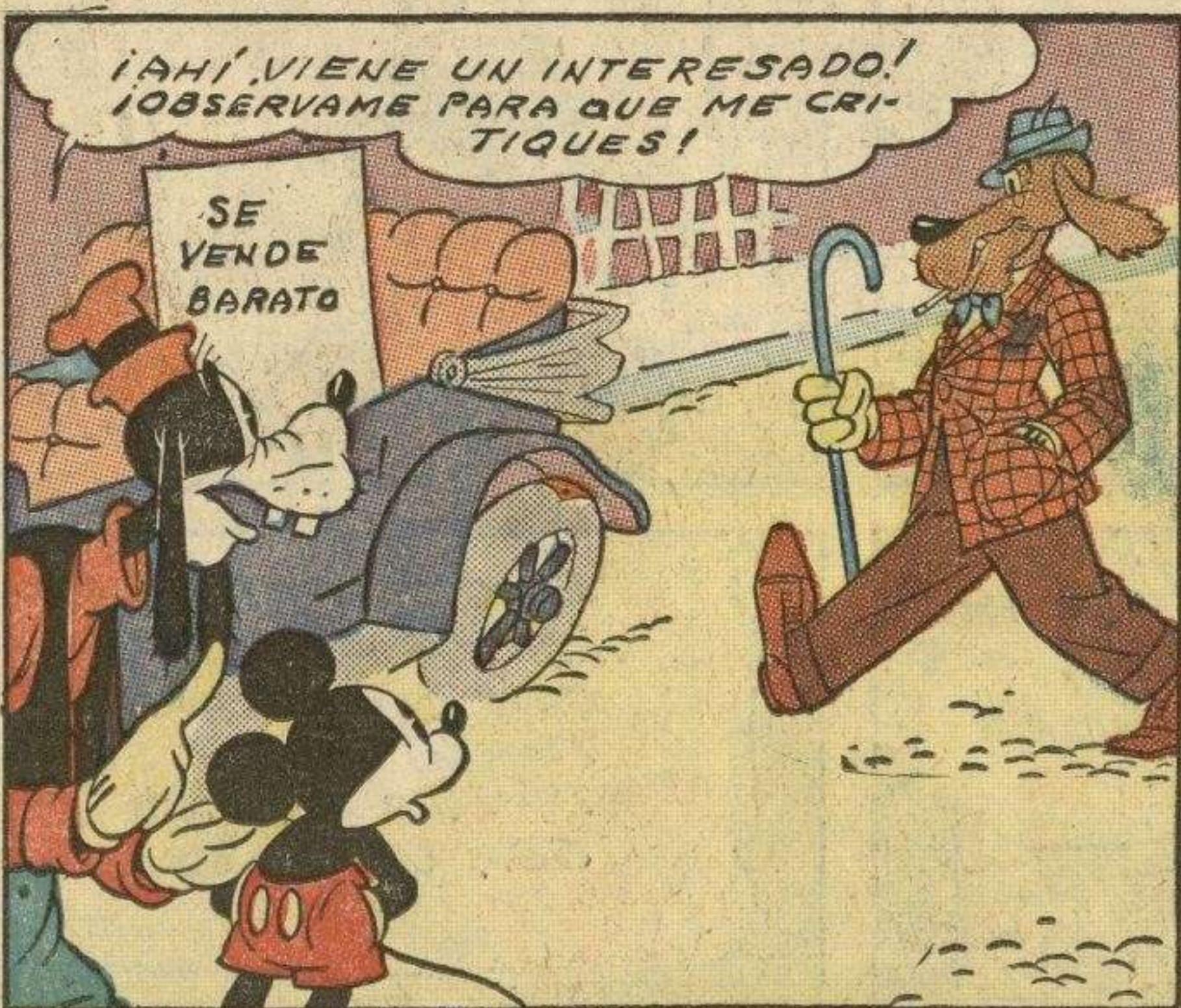
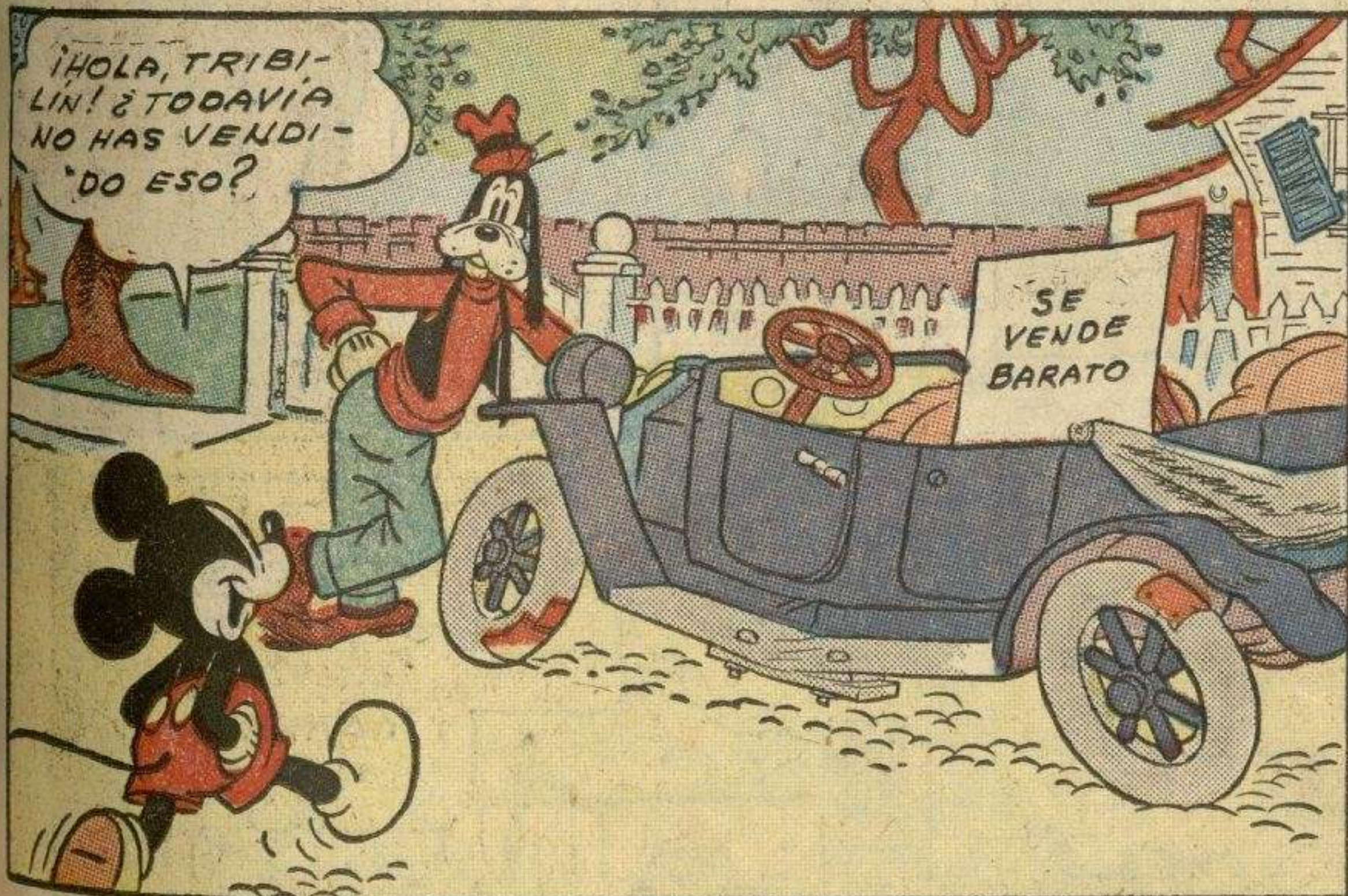
NUEVAS  
AVENTURAS  
DE LOS  
3 COCHINITOS  
POR  
WALT DISNEY  
WALT DISNEY



## EL RATON MIGUELITO

REGISTERED

U.S. PATENT OFFICE





# WONG LO

por

by BRANDON WALSH

Registered U. S. Patent Office

NO OBSTANTE LAS AFIRMACIONES DE TOMÁS, WONG Y CARLITOS, EL GOBERNADOR SIGUE DUBANDO DE LA EXISTENCIA DE LA "HERMANDAD DEL HIERRO" Y LES EXIGE PRUEBAS CONCRETAS DE QUE HAN CONOCIDO A TAL BANDA DE ASESINOS!



¡ESCÚCHENME, CANALLAS!... NO OLVIDEN QUE MIENTRAS VIVAN ESOS TRES ENEMIGOS, ESTÁN A DOS PASOS DEL PATIBULO! ¡AMPARADOS POR EL MISTERIO, NO CORREN PELIGRO; PERO UNA VEZ DESCUBIERTOS, ESTARÁN PERDIDOS!



¿ME DAIS PERMISO PARA HABLAR? ¡EL COBARDE DE WONG LO ES MÁS ASTUTO QUE UN ZORRO, Y...!

¡SILENCIO, IDIOTA, O...!



¡PERDÓN, SUBLIME CAPITÁN!

¡SALGAN Y NO VUELVAN SIN NUESTROS TRES ENEMIGOS! ¡TRAIGANMELOS VIVOS, PARA QUE PUEDAN CONTESTAR MIS PREGUNTAS!



¡VAYA UNA TROPA DE IMBÉCILES!... ¡SI NO TRAEN VIVO A WONG LO, FRACASARÁN MIS PLANES!



¡ESTA ES CLITO: CUANDO EL LEÓN LUELME HAY QUE ANLAR EN PUNTILLAS!



¡SOY UN GALOPÍN! ¡WONG TENÍA RAZÓN! ¡EL CAPITÁN NO ES MÁS QUE UNA MAQUINA MANEJADA POR UN HOMBRE DESDE ADENTRO!

¿PERO DÓNDE ESTÁ EL HOMBRE?



¡ESTA MELIOCRE PERSONA NO LEVA LE CLEEL, QUE LO QUE LE NOCHE PALECE UNA MONTAÑA, EL DÍA LEVELA SEL, UNA CHOZA!

5-15  
Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.



## ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office

Brandon Walsh



¡NO COMASTAN APRISA, ANITA QUERIDA Y TEN CUIDADO CON EL CAFÉ, QUE ESTÁ HIRVIENDO!

¡AY! ¡PERDÓNEME, SEÑORA!



¡LA MAESTRA QUE ES MUY ORDINARIO COMER CON APURO, COMO SI UNO ESTUVIERA MURIÉNDOSE DE HAMBRE! ¡PALABRA QUE SE ME OLVIDABA!



ES QUE TENÍA PRISA POR IR A CASA DE MARGARITA... ¡VAMOS A JUGAR Y NOS DIVERTIREMOS MUCHO... ¿VE CÓMO ME MIRA HUESITO?... ¡A EL TAMBIÉN LE GUSTA JUGAR!



¡OH! ¿QUE TE PASA, MARGARITA?

¡JUANITO PROMETIO AYUDARNOS Y AHORA NO QUIERE!

¡NO ME GUSTAN LOS JUEGOS DE NIÑITOS, RECOGIENDO BASURA Y TODO ESO! ¡MI PANDILLA VA A JUGAR A LA PELOTA!



NO TE APURES, MARGARITA... JUANITO ES YA DEMASIADO HOMBRE PARA HACER COSAS FÁCILES... A EL LE GUSTARÍA LUCIR SUS FUERZAS LEVANTANDO COSAS PESADAS... ¡DEBE SER UN SANSÓN!



JUANITO TIENE QUE TRABAJAR TODA LA SEMANA, COMO UN HOMBRE, POR ESO JUGAMOS ASÍ LOS DOMINGOS.

¡JUANITO ES ADMIRABLE! ¡OJALA TUVIERA YO UN HERMANO COMO EL... O CUALQUIER HERMANO!



¡PUES SI QUE EL PATIO HA QUEDADO MEJOR! ¡GRACIAS, ANITA POR...!

¡CARAMBA! ¡TENGO QUE CORRER, YA ES TARDE!



¡QUE ESCÁNDALO! ¡MIREN COMO VA DE SUCIA Y TIZNADA! ¡Y POR LA CALLE PRINCIPAL, EN DÍA DOMINGO! ¡HABRASE VISTO!



¡AY! ¡ME SIENTO MORTIFICADÍSIMA DE SER TAN BORRICA! ¡VINE DE CASA DE MARGARITA CON LAS MANOS Y LA CARA COMO UN TIZÓN! ¡A LO MEJOR LA GENTE CULPARÁ A LA SEÑORA DE MARTÍN POR DEJARME ANDAR TAN SUCIA!

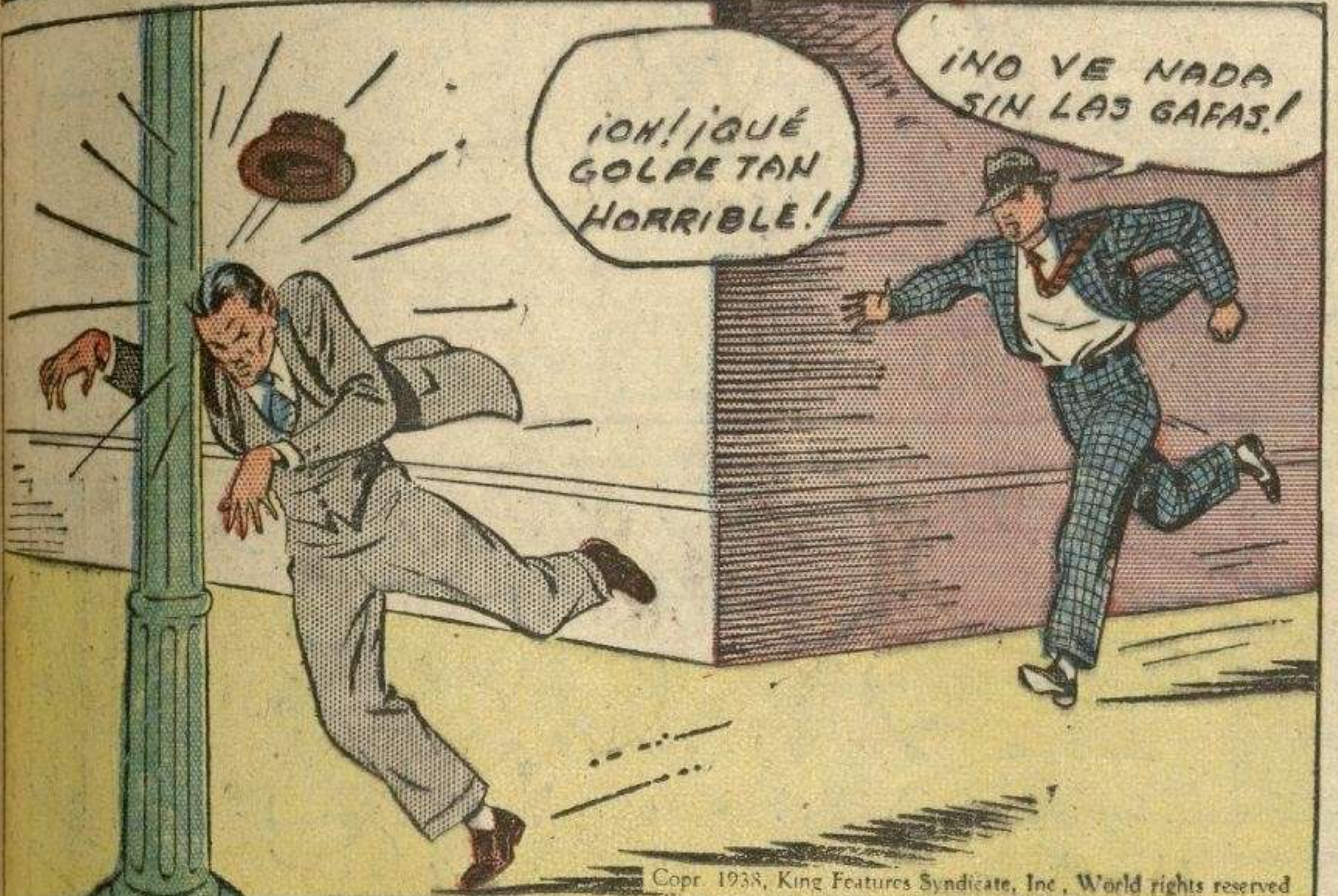
5-15  
Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

5-15



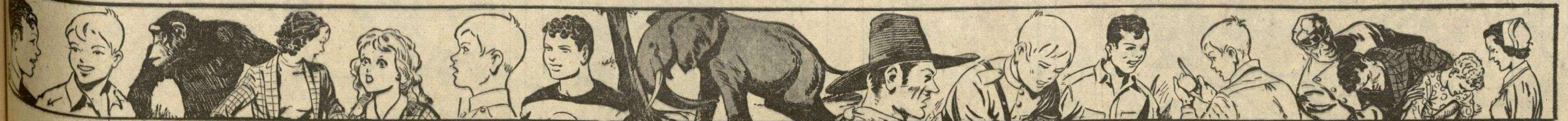
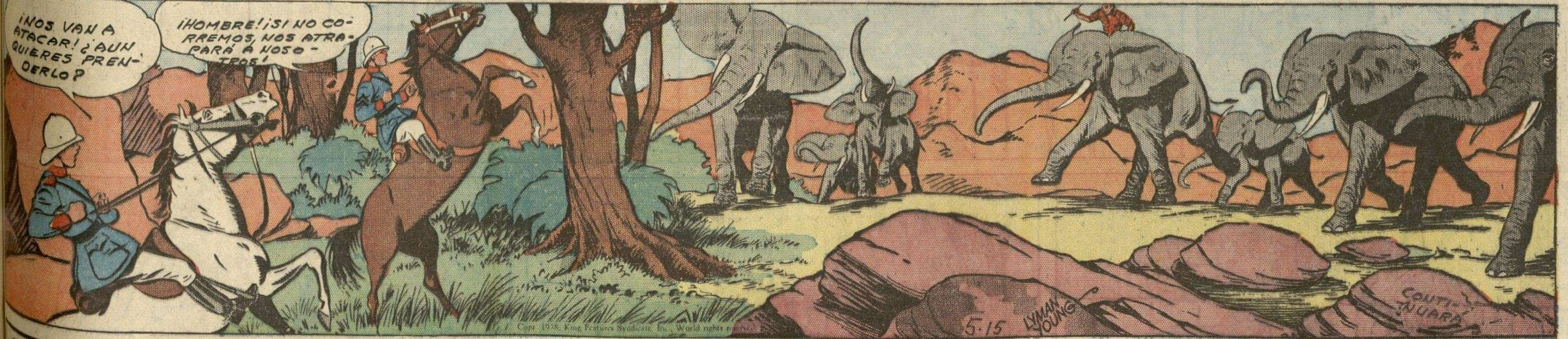
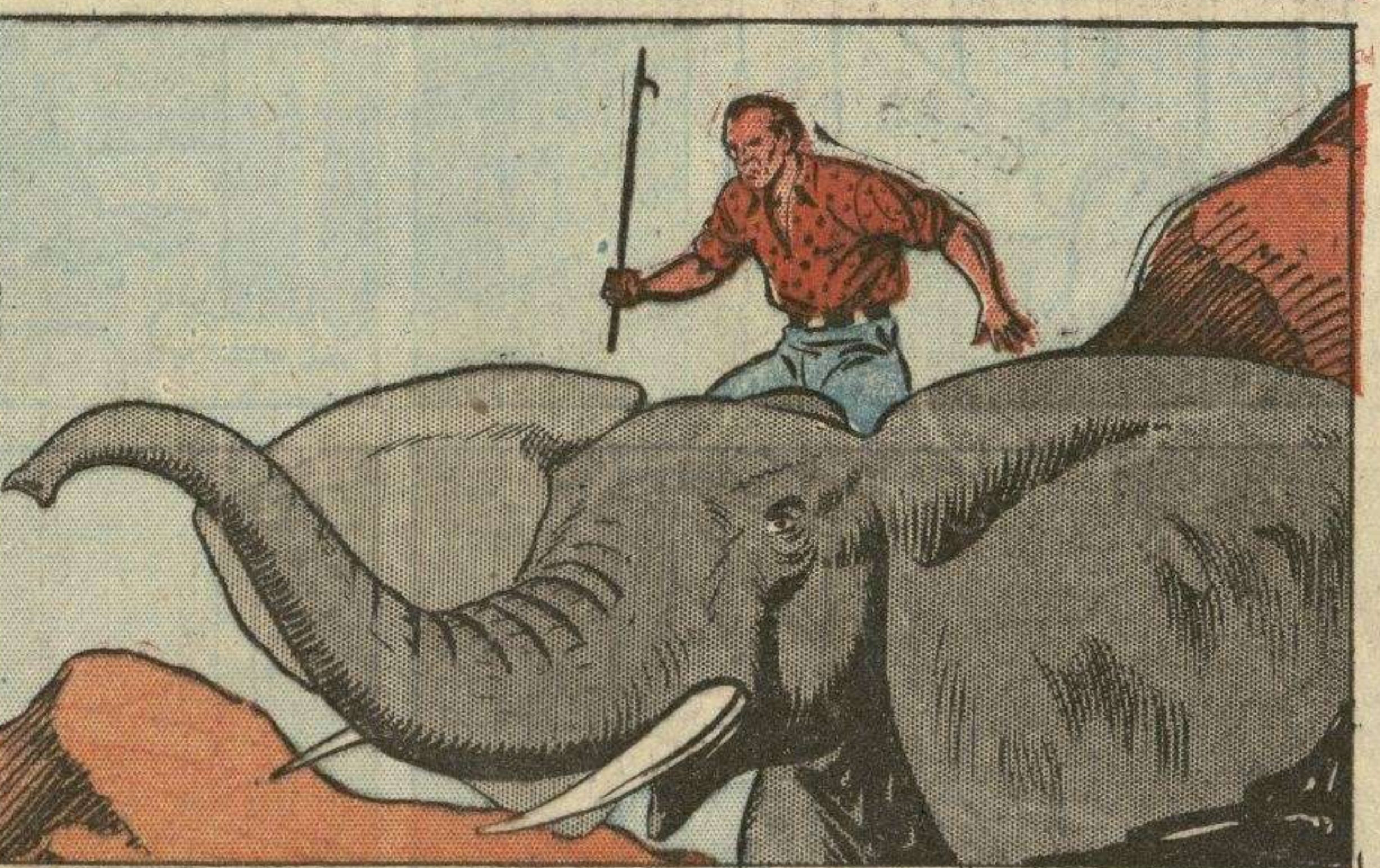
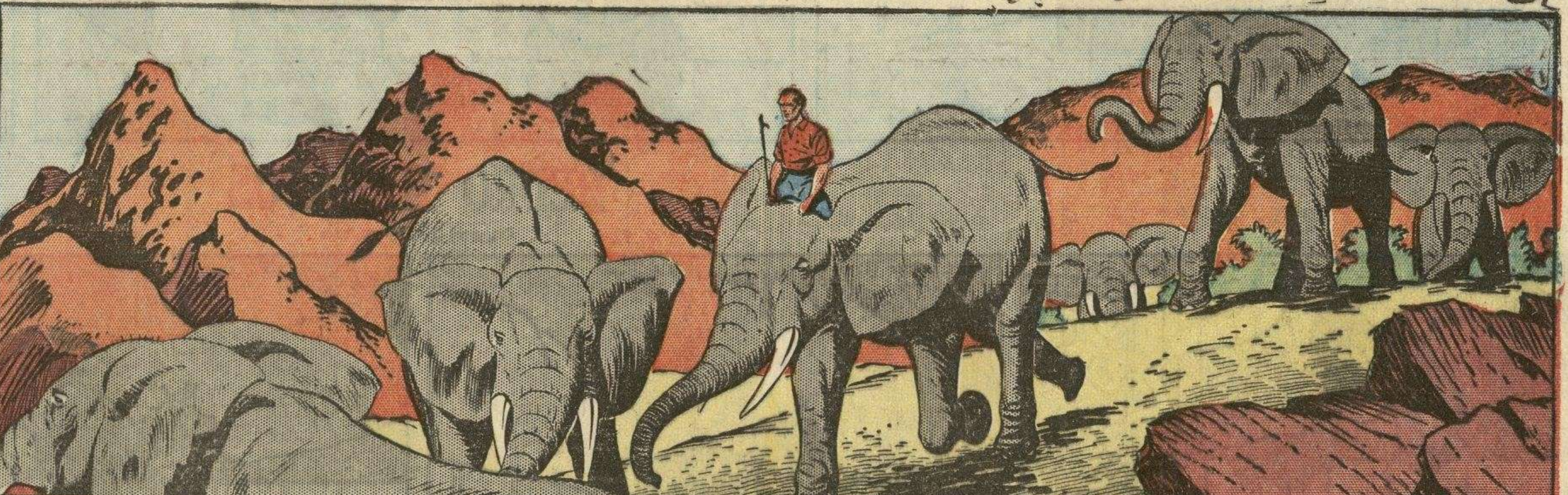


# MODESTO RIZOS

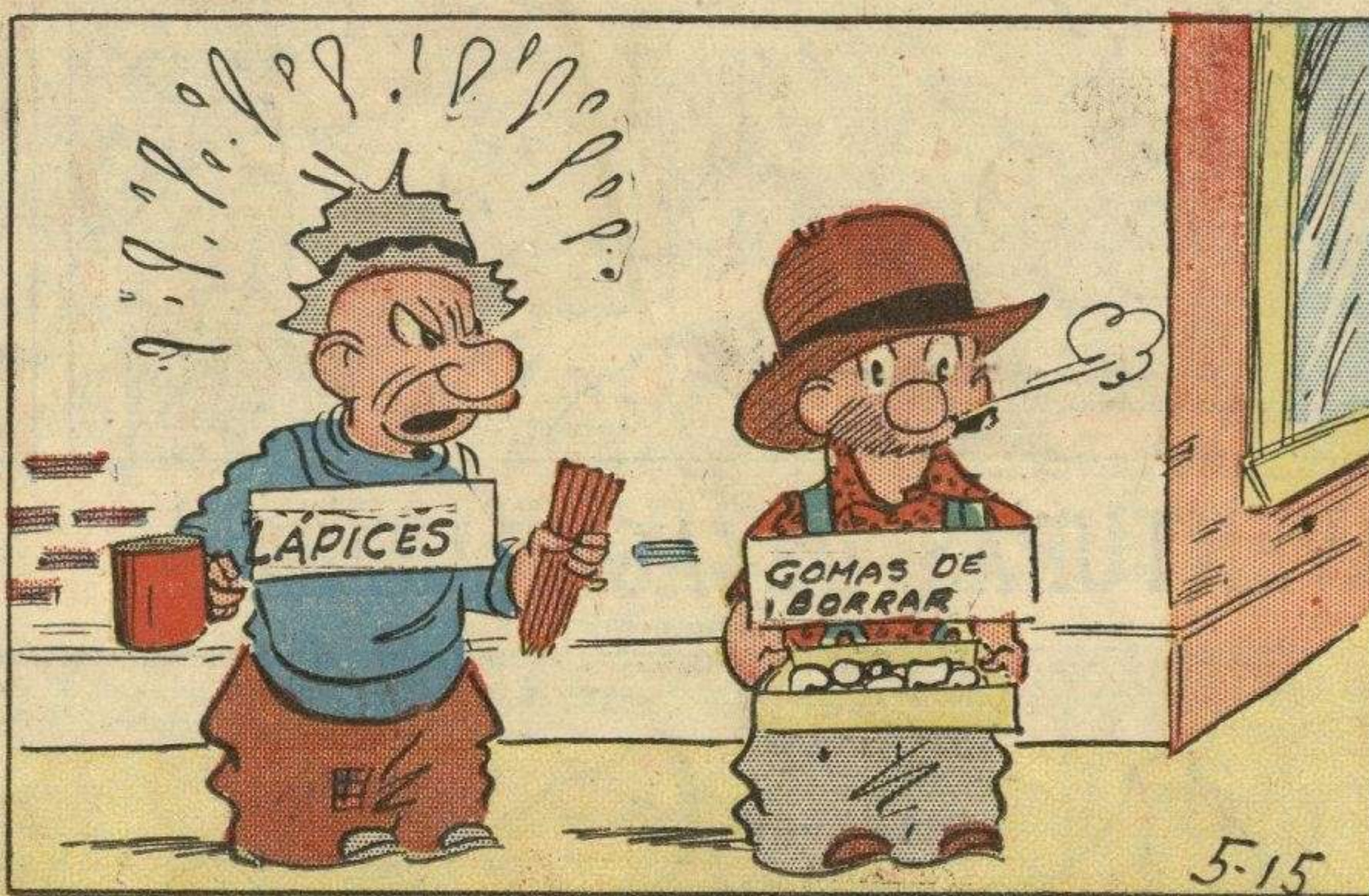
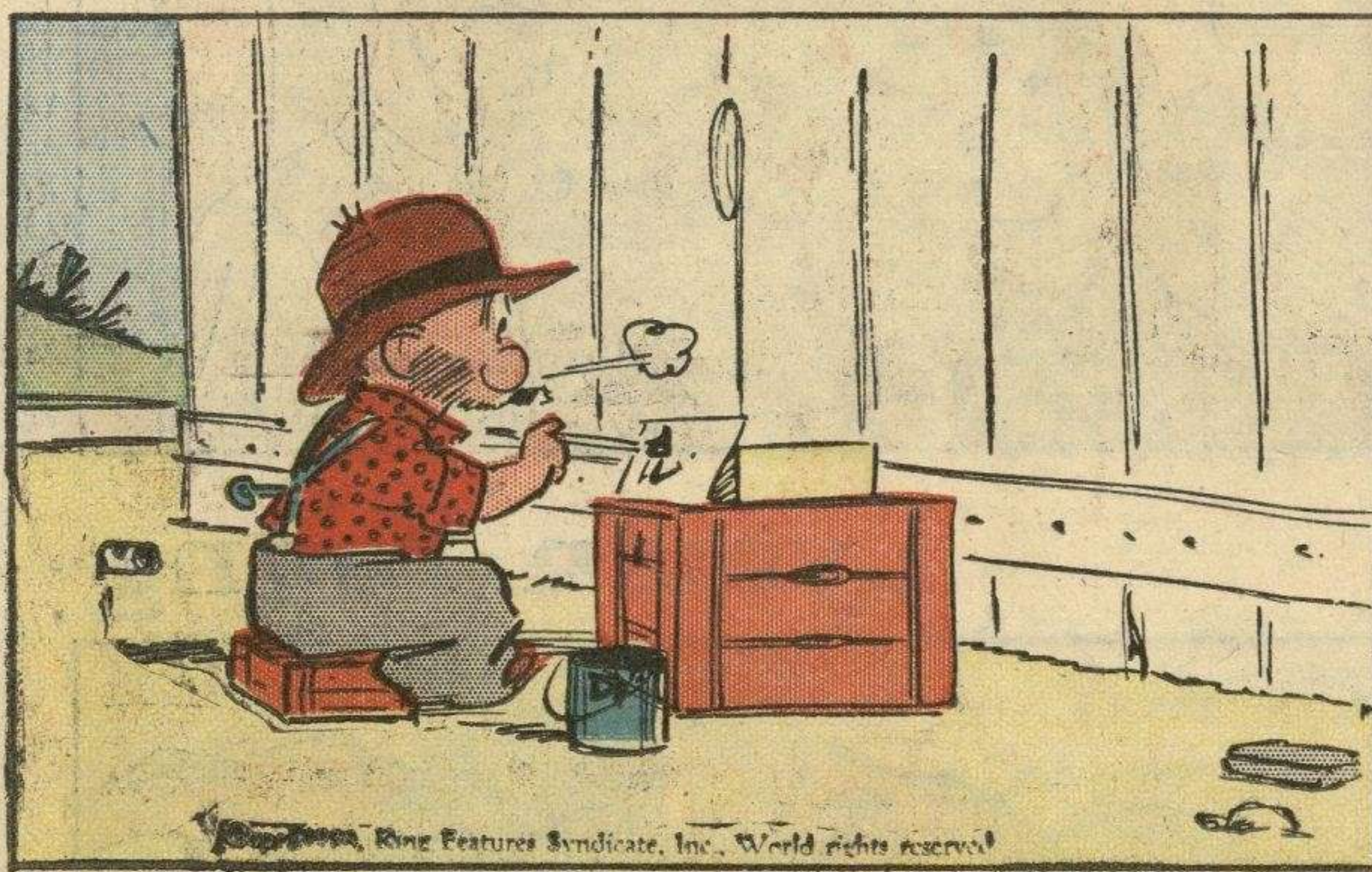
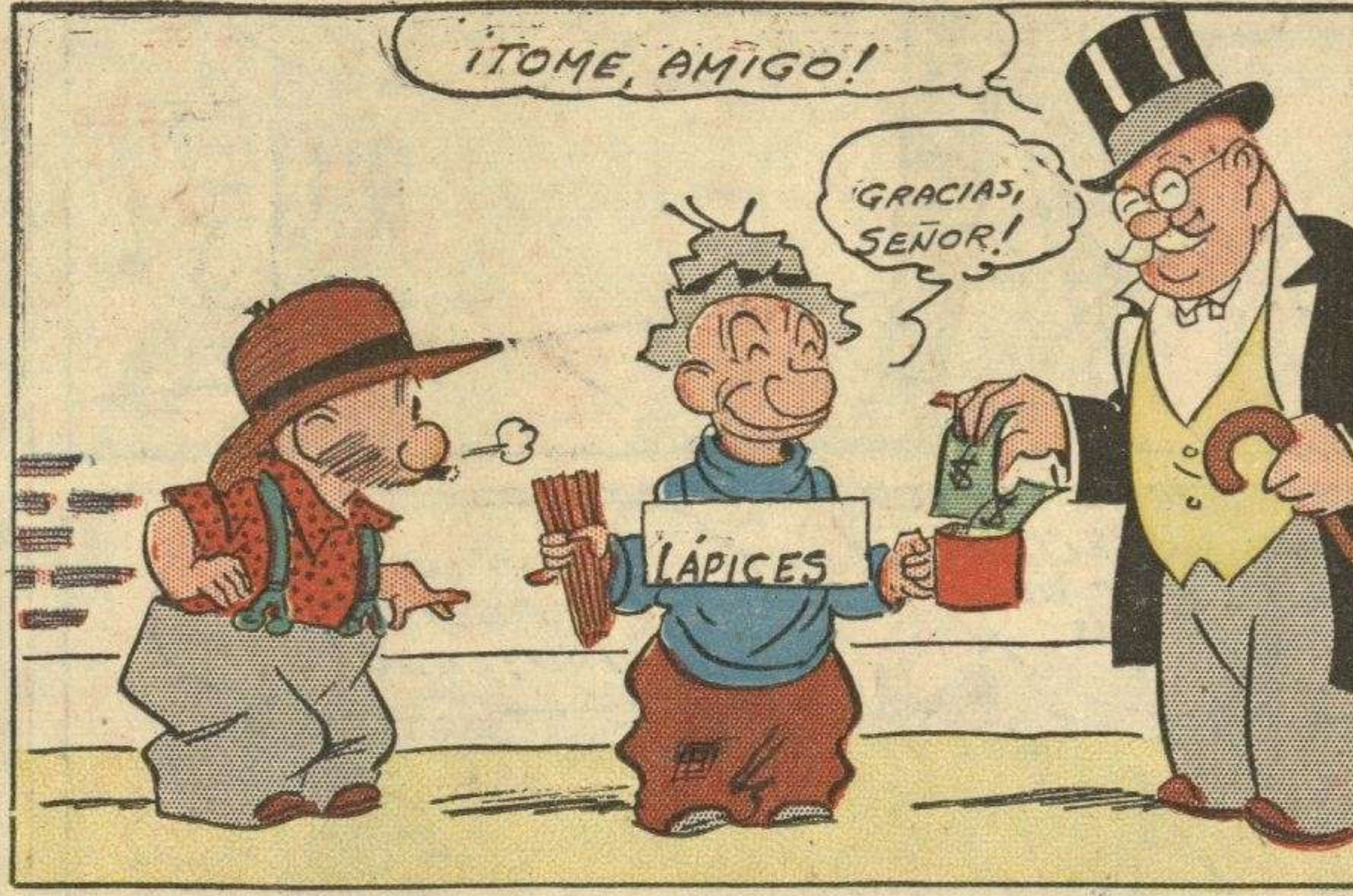
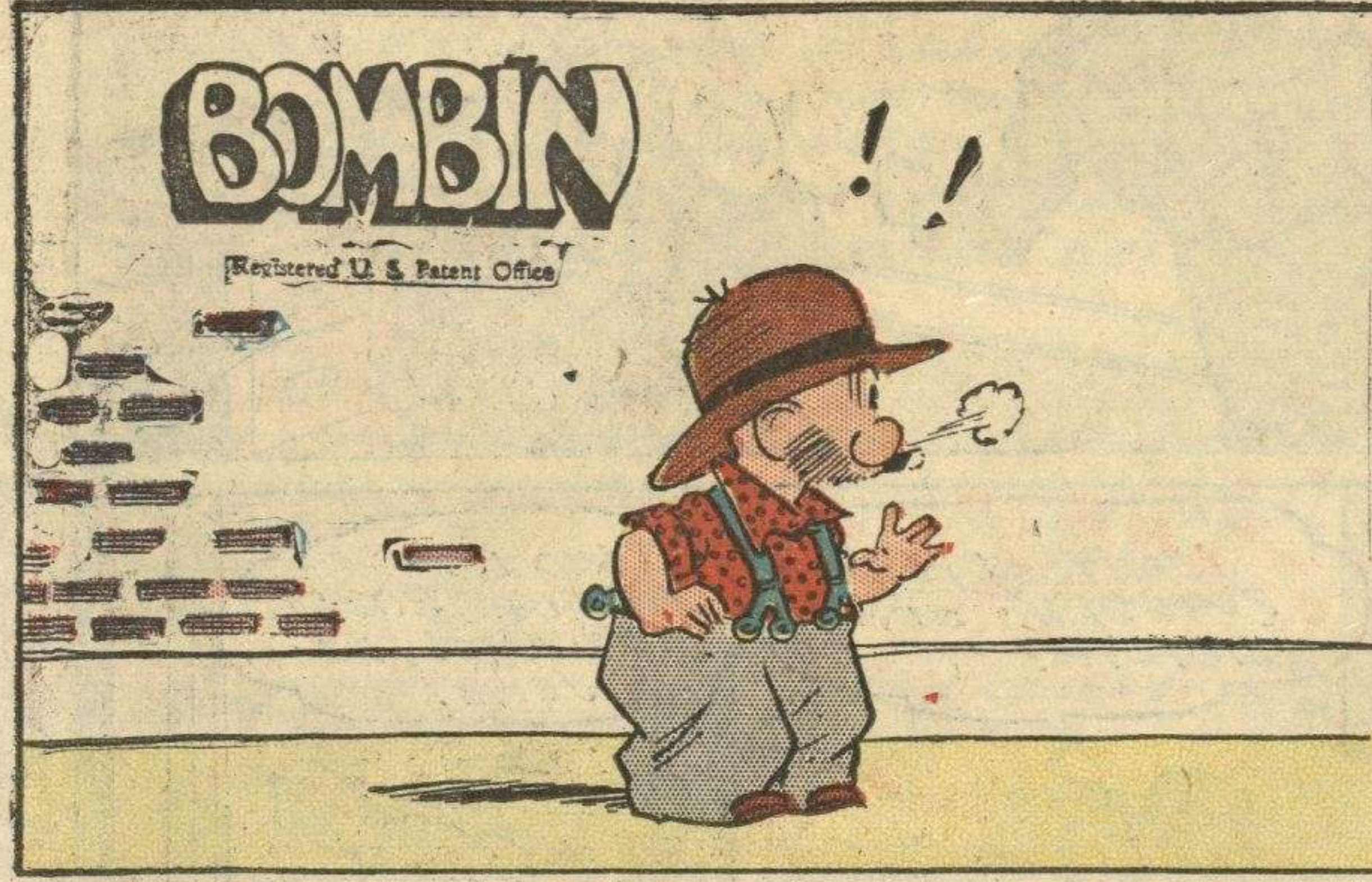


## AVENTURAS DE AGUILUCHO

Lyman Young







PEDRO HARAJOS

